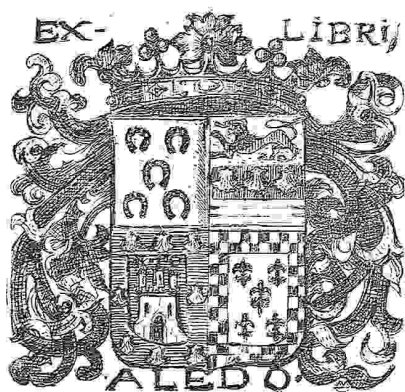
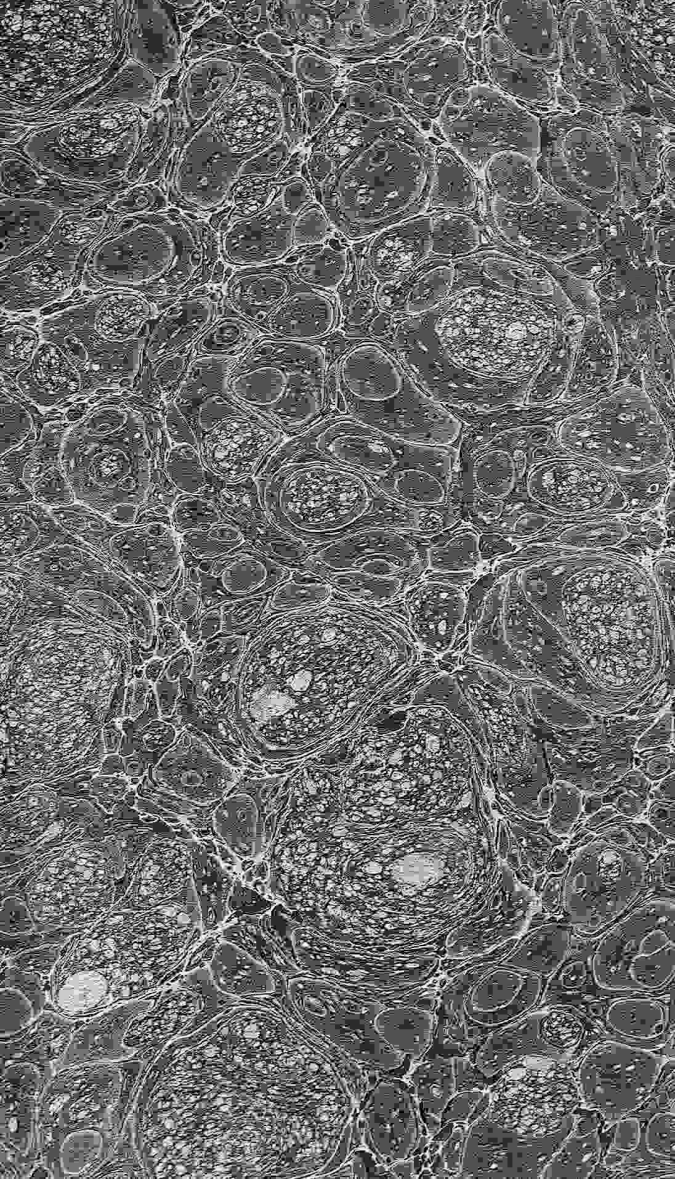


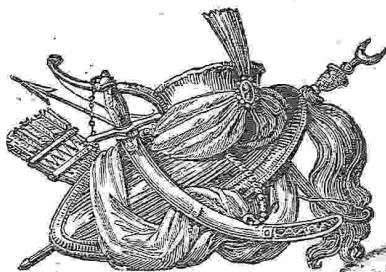




25910
TRADICIONES

GRANADINAS.

Por José I. Soler de la Fuente,



GRANADA:

Imprenta y librería de D. Manuel Sanz.

Calle de la Montería núm. 3.

1849.



R-106805



Es propiedad de su editor D. José Maria Zamora.



Tradiciones Granadinas.

AL SEÑOR

Don Manuel Ovilo y Otero,

del Consejo de S. M.,

*Su Secretario Honorario, Miembro correspondiente del Ateneo
Mejicano y de la Real Sociedad de Ciencias Médicas de Lisboa,
Corresponsal de la Real Sociedad Económica Mallerquina,
de la de Valencia, de la Academia de Esculapio de Madrid,
Autor de varias Obras Literarias etc. etc.*

Como

inequívoca aunque débil prueba del aprecio que le merece

á su apasionado amigo

el Autor-



Introduccion.

No hay un monumento, un sitio, una piedra en esta hechicera ciudad, que no traiga su origen de algun hecho, que no tenga su tradicion mas ó menos interesante. Recorre el viajero sus calles, sus bosques, sus alamedas, sus montes; ve aqui un torreón derruido, mas allá una cruz, al otro lado un aljibe, cerca un ciprés..... y pasa junto á estos y otros innumerables objetos sin parar siquiera la atencion, ó dirigiendo cuando mas una mirada sin pensamiento ; porque ignora que cada uno de ellos encierra una historia; que han sido testigos de

acontecimientos en que nuestros primeros guerreros, esos valientes paladines, flor de los ejércitos españoles, han tenido una no pequeña parte; porque ignora que esos monumentos, esas estatuas, esas esculturas que nada dicen á la simple vista, son las huellas que ha dejado tras sí el genio del artista español, honra y prez de la Europa entera; que esos bosquecillos, esas gigantescas torres, esas escarpadas cuevas, han visto sucederse cien reyes, y han servido para los fines que plugo á cada uno de sus dueños.

¡Oh Alhambra encantadora! ¡Cuántas misteriosas tradiciones encubren tus carcomidos muros! ¡Cuántos mágicos recuerdos se esconden bajo tus bóvedas de esmeralda! ¡Albaicín! ¡Alcazaba! ¡Risueñas corrientes de Genil y Dauro! ¡cuánta inspiracion prestais á las almas que os admiran....!

Algunos sucesos tradicionales se han dado á luz por prosistas y poetas de conocido mérito; nosotros que no blasonamos de lo uno ni de lo otro, nos proponemos en lo que alcancen nuestras débiles fuerzas, descorrer el velo de todas las tradiciones mas notables que existen, solo con el objeto de proporcionar un rato de distraccion á nuestros lectores. Si nuestra tosca pluma no ha sabido delinear cumplidamente el pensamiento, sírvale de disculpa los buenos deseos, y el interés y aficion con que se consagra á narrar las glorias de su pais.

El Palacio del Emperador.



VAMONOS á la Alhambra; vamonos á buscar en ese recinto de amores y delicias, recuerdos que disipen nuestra melancolia¹.

Pasemos por la *Puerta de las Granadas*, que en lo antiguo fué de *Bib-el-Leujar*, y sin detenernos en examinar su arquitectura, ni la del pilar de Carlos V, bonita obra construida por el marqués de Mondejar, que se halla al fin de la cuesta de la izquierda, ni la *Puerta Judiciaria*, con sus misteriosos signos de la mano estendida y la llave, en cuyo lugar administraba

¹ Hemos prescindido en estas *Tradiciones* del orden cronológico que parece debía seguirse, en obsequio de la variedad y porque en nada altera su objeto.

un cadí justicia á los musulmanes, llegaremos á la esplanada conocida con el nombre de *Plaza de los Aljibes*, por los que hay en este sitio, y de cuyas abundantes, sabrosas y frescas aguas llenan sus cántaros la multitud de aguadores que circulan por la poblacion. Lo primero que se presenta á nuestra vista es la *Puerta del Vino*, mirab¹ que fué de los moros, y los torreones de la *Alcazaba* casi derruidos unos y en muy mal estado los demas, pero todos majestuosos y graves haciendo recordar la fuerza y poder de sus muros en otros tiempos.

Volvamos ahora la vista hácia el lado opuesto, y ved aquel regio edificio grandioso é imponente, con su difícil y caprichosa portada de dos órdenes dórico y jónico, y la multitud de ventanas adornadas con molduras y fajas de órden dórico que nòs presenta su elegante fachada de Poniente. Es el *Palacio del Emperador Don Carlos de Austria*.

Contemplad sus esquisitos relieves, los frontones de sus puertas, el cornisamento y columnas de sus portadas, las esculturas de los netos, y todo este conjunto en fin, y decidnos si no hubiera llegado á ser una obra maestra del arte este edificio concluido, que aun en sus principios es la admiracion de cuantos extranjeros lo visitan.

La obra fué trazada y empezada en 1527 por Pedro Machuca, pintor, escultor y arquitecto,

y despues de haberle ido sucediendo en el trascurso de cerca de cien años (pues se trabajaba con suma lentitud por las cortas cantidades que señalaban al efecto), varios artífices célebres, el último que la dirigió fué Francisco de Potes, que en 1623 marchó á Madrid para hacer presente la necesidad de cubrir las habitaciones interiores; y obtenido el correspondiente permiso, volvió á Granada á continuar los trabajos; pero habiendo quebrado los empresarios del azucar, cuyas rentas estaban destinadas para la continuacion del edificio, se suspendió la obra en 1633, quedando en el estado en que hoy la vemos. Parece que la augusta Reina madre Doña Maria Cristina de Borbon tenia proyectado la conclusion de este palacio: Dios la mantenga en tan buen propósito, para que llevándolo á cabo adquiriera esta joya de las artes el renombre que se merece, saliendo del triste abandono en que por nuestro mal se halla.

Y en tanto que damos una vuelta en derredor de este edificio para examinar con mas detencion sus primorosos relieves y elegantes ángulos, escuchad la historia de su origen que va á procurar demostraros nuestra pluma, dedicada hace algun tiempo á investigar las tradiciones del pais.





A las diez de la mañana del día 5 de abril de 1526, atravesaba la calle de Elvira con dirección á la Plaza Nueva, una comision de la justicia, escoltada por un piquete de guardias del rey. Era un pregon de la autoridad de Granada. Al oír sus habitantes el toque de las trompetas, corrian presurosos á enterarse de la causa de semejante alarma, y asegurados del pregon marchaban á tomar sitio en el que debia efectuarse. Los moriscos convertidos, animados de la misma curiosidad, corrian tambien con-

fundándose entre los cristianos, á saber el mandato de la autoridad, no sin cierto temor, esperando alguna nueva ley ó impuesto contra su raza.

Llegada la pequeña comitiva al centro de la plaza hizo alto; toda la muchedumbre se agolpó hácia allí, envolviendo al grupo de guardias en una triple barrera humana. Volvieron las trompetas á dar al viento sus claros sonos por espacio de cinco minutos y callaron al fin. Todos los oídos esperaban con afán. Una voz salió fuerte y penetrante en medio de los soldados.

Las personas allí reunidas escucharon.

Era una orden de la justicia de Granada que mandaba á todos sus habitantes el adorno de las fachadas de sus casas y la iluminacion en sus balcones aquella noche, anunciando ademas las brillantes fiestas que iban á darse con motivo de la venida á esta muy noble ciudad del emperador Don Carlos de Austria y su augusta esposa Doña Isabel de Portugal. Se ordenaba tambien á todos los moros, á quienes despues de la conquista se les habia permitido vivir en el Albaicín, se abstuviesen de presentarse en público durante el tiempo que permaneciera el monarca en Granada, á menos que no vistiesen trajes españoles, incurriendo en la pena, el que quebrantase este precepto, de ser arrojado ignominiosamente de la provincia y confiscados todos sus bienes.

Tornaron á oirse los clarines concluido el

pregon, disemináronse las personas por toda la plaza, y el bando siguió su ruta, desapareciendo por el Zacatin.

—La mejor parte de la *cantinela* ha sido la última, decía un cortador á un corrillo de hombres de repugnante aspecto, formado en un ángulo de la plaza.

—Tienes razon, Tomás, contestó uno de ellos, con eso nos veremos por algunos dias libres del disgusto de encontrar á esos perros confundidos á cada paso entre nosotros.

—No sabe el gobierno lo que se pesca, continuó otro de los circunstantes. Esos moros son la polilla de Granada. No debiera tolerarse por mas tiempo el insulto que se hace á la cristiandad con la presencia de semejantes caribes.

—Si yo fuera oidor tan solo por una hora, ya sabria lo que hubiera de mandar. Lo primero de todo, plantaba un decreto mas fogoso que la fragua del tio Candelas, declarando pena de muerte al moro que no se encontrase fuera de Granada en el término de cuatro horas.

—No tengas cuidado, contestó el tio Candelas que á la sazon se hallaba presente, poco á poco se ablanda el hierro, como dice mi oficial. ¿Te parece que son flojas las trabas que les ponen? ¡Caramba! no quisiera hallarme en su pellejo. No pasa dia sin que los sacrifiquen á multas, despues de haberles prohibido qué se yo cuántas cosas. ¿Y sabes para

qué hacen eso? Para que se disgusten ellos mismos y nos dejen el campo libre huyendo al África ó donde mejor les acomode.

—¡Y sin duda, creerá el tío Candelas, que les tienen muy tirante la cuerda! ¡Ave María! Si á pesar de todo eso, no pasa semana sin que maten algun cristiano promoviendo grescas de consideracion, si les aflojasen un poquito tan solo, ya podriais encomendaros á María Santísima, pues el mejor dia del año, patapuf! os pasaban á degüello y á todos vuestros oficiales. ¡Bonitos son los nenes! Fuego en ellos. Y sino, mirad mirad.

—¿Qué ha sucedido? exclamaron á un tiempo todos los del grupo.

Un confuso y grande vocerio que gritaba ¡muera! muera! y una porcion de hombres y mujeres que corrian á todo escape detras de dos moros por en medio de la plaza, era lo que habia llamado la atencion de los del corrillo; un lance poco mas ó menos igual á los que con frecuencia sucedian, acababa de tener efecto alli mismo. Disgustados en extremo los moros que habian acudido al pregon, al enterarse de que no podian salir los dias que permaneciese el monarca en Granada, desataron su impotente cólera en denuestos é invectivas contra justicia que tal mandaba, jurando por Mahoma, que alguna vez tomarian la revancha. Un muchacho que los habia estado oyendo, bajóse con disimulo, recogió una piedra del suelo, y

apuntando á la frente de uno de ellos, le descargó tal pedrada, que dió en tierra con su cuerpo. Frenético otro de los moros que habia observado con el rabo del ojo la accion del pilluelo, precipitóse hácia él y antes de que tuviera tiempo para ver este movimiento, se encontró con la acerada hoja de un puñal damasquino que le atravesó de parte á parte el corazon.

Aun no se habia despejado la plaza de la gente que acudiera al bando, y algunos que vieron el atentado del moro, gritaron: ¡*Al asesino!* y corrieron á él enarbolando gruesos garrotes: otros se dirigieron á los demas moriscos, que asustados de la accion de su compañero, abandonaron el caido á la furia de la muchedumbre que lo hizo mil pedazos, y procuraron ponerse en salvo con la fuga, seguidos de una multitud de hombres y mujeres que daba grandes alaridos de furor.

—¿Qué tal? dijo al tio Candelas, el que antes habia hablado despues de haberse impuesto del suceso, ¿merecen esos perros compasion?

—¡Corramos hácia ellos! exclamó uno de los del corrillo.

—¡A ellos! gritaron todos y siguieron á la turba.

Una de las privaciones que impusieron á los moros á poco de la toma de Granada, fué la de las armas; pero ninguno salia de su casa sin llevar oculta en el seno una afilada gumia. Cor-

rió la voz de alarma en el barrio del Albaicín, y pronto salieron en socorro de sus compañeros cuantos moros estaban allí domiciliados. Por todas las calles del barrio del Hajariz salían gruesas masas de musulmanes con el puñal en la mano y con dirección á la Plaza Nueva. No tardó el paisanaje en dar alcance á los moros que perseguía, y en la Carrera de Darro cayeron á los golpes de mil palos, siendo al momento acribillados á puñaladas. A este tiempo llegó á aquel sitio bastante número de moros que engrosándose á cada segundo, presentaron una fuerza respetable. Trabóse entre ellos y el pueblo una encarnizada riña, de la que resultó gran número de muertos.

Sabedor el marqués de Mondejar de estos desagradables sucesos, envió prontamente al lugar de la batalla crecidos tercios castellanos, que pusieron término á tan desastroso lance, haciendo huir á los moriscos á su barrio donde se encerraron en sus casas.

Tal estado tenían las cosas el día 5 de abril de 1526, víspera de la entrada del grande emperador.



En el lindo salon de Comares del palacio árabe de la Alhambra, donde tuvieron lugar tantas veces las festivas zambras que ejecutaban los moriscos en otros mas felices tiempos, estaban una tarde el emperador Don Carlos de Austria y su esposa Doña Isabel de Portugal, rodeados de gran número de caballeros, damas, donceles y pajes.

Efectuadas las bodas de este monarca en Sevilla, y fatigado del escesivo calor de aquella ciudad, quiso visitar á Granada cuya hermosura tanto le habian encomiado, y poco tiempo despues de su enlace, dispuso la mar-

cha para este punto, á donde llegó el día siguiente al de los sucesos referidos en el párrafo anterior. Encantado el rey de la belleza del morisco vergel arrancado á los musulmanes, fijó su residencia en el alcázar de los reyes árabes, donde pasaba los días embelesado, admirando sus preciosidades. Un pensamiento desde luego concibió su mente que no le era posible desechar y que por entonces no podía poner en ejecución. Deseaba fabricar un palacio en el centro de la Alhambra, que dejase muy atrás al en que vivía; pero le faltaban medios para tan colosal empresa.

Cada día que miraba el alegre cielo azul y encantador que cobija á Granada; cada vez que desde los hechiceros puntos de vista de la Alhambra veía la vega, que estendiendo sus verdes tapices á los piés de Sierra Nevada, prestaba vida á los lindos pueblecillos que descuellan en sus llanuras y colinas, entre cuyos contornos se desliza el Genil bañando con sus plateadas ondas los vecinos campos que florecen con tanta abundancia, como cual otra tierra de promision y semejante aquel lisonjero cuadro al prometido paraíso que en noches de insomnio crea la imaginacion volcánica de un árabe, viendo allí realizados esos paisajes deliciosos que el Génesis describe con tan halagüeño colorido, á cuya contemplacion el alma se dilata y se remonta la fantasia á sueños de ventura que solo pueden concebir la mente del poe-

ta.... el emperador, estasiado con tan hechicero espectáculo, exclamaba con frenesí:

—Mi vida, mi muerte en Granada, quiero gozar de Granada, pues solo hay una en el universo, y esta me pertenece. Quiero hacer un palacio tan coloso, que desde sus torrecillas pueda disfrutar de todos los contornos que cercan á Granada, como ciñe una corona de flores las sienes de una hermosa; y aun quiero mas: he de subir tanto sus torres, que sentado en la mas elevada azotea, me contemple mas alto aun que el elevado pico de Mulahacen.... y entonces.... entonces....!

Una triste idea venia siempre á turbar tan lisonjero porvenir. La falta de recursos. Podia imponer una corta contribucion en su reino y satisfacer asi su deseo; pero semejante proceder repugnaba á su alma, y preferia esperar sufriendo.

Pensativo se hallaba el monarca la tarde de que hemos hablado, en el salon de Comares, y asaz mal humorado. Casi tendido en un elegante sillón, se daba golpecitos en su bota de cuero negro, con el puño de un latiguillo que tenia en la mano. Llevaba una ropilla de raso de color de ceniza galoneada de listas negras, y un sombrero de fieltro blanco, sin que ninguna pluma adornase su baja copa.

Viéndole Doña Isabel tan distraído, interrumpió su meditacion, diciendo con cariñoso acento:

—¿Qué sentís Carlos? Parece que algun pesar os abruma: ¿no quereis salir esta tarde á dar vuestro acostumbrado paseo?

—He andado bastante esta mañana y me siento fatigado, contestó el emperador sin dejar de darse golpecitos.

--Mucho lo extraño, y no hay duda que me ocultais alguna pena; vos que erais incansable cuando se trataba de visitar la Alhambra, que habeis pasado noches de luna fuera del palacio respirando el aroma de sus bosques, ¿rehusais ahora el salir....? No os creo, es imposible; explicadme vuestro sentimiento.

—Señora, vos misma decís que he corrido tanto por Granada, y os extraña que ahora no quiera salir, ¿por ventura he de estar siempre admirando sus encantos? ¿No ha de llegar un momento en que me hastien? ¿Es acaso la belleza de Granada diferente á la de las cosas de este mundo? ¿Todo ha de cansar y Granada no? Verdad que son hechiceros sus jardines, puro el ambiente de sus auras, brillante su cielo azul.... pero tambien no dejareis de conocer, que la cosa mas hermosa deja de serlo cuando se tiene presente á cada momento.

—Muy cierto es cuanto acabais de expresar; pero os lo confieso francamente, no me convence. Hablais de hastio como pudiera hacerlo el mas indolente sultan, y no hace muchos dias que oí deciros: «¡Dichoso el monarca que tuviera su corte en un tan divino pais!» Pron-

to ha pasado ese entusiasmo, Carlos, y nunca os creyera tan inconsecuente.... Además, ¿y ese palacio, que si mal no recuerdo, teniais tanta ansia de levantar en la Alhambra?

Al pronunciar Doña Isabel la voz de *palacio*, cambiaron todos los airados pensamientos del monarca, á quien la arenga de su esposa aumentaba considerablemente su disgusto. Todo lo olvidó en el instante, no viendo ya otra cosa que el magnífico palacio cuya idea tanto le poseia, presentándosele ahora, rodeado de todos los encantos que soñaba. Dilatáronse sus facciones adquiriendo sus ojos una alegría febril, y respondió á la pregunta de su esposa con un tono tan afectuoso que contrastaba notablemente con el brusco acento que usara en la anterior plática.

—¡Un palacio en la Alhambra! dijo, ¿no es verdad, Isabel, que eso sería muy lisonjero?

Admirada la reina de tan repentina mudanza, comprendió al momento con su esquisita penetracion, la causa de la tristeza de su esposo, y resolvió seguirle la idea.

—Sí, Carlos, contestó, os aseguro que recibiria un placer estremado, inmenso, si pudiera realizarse proyecto tan escelente. Entonces trasladariamos la corte á Granada.

—¡Oh! entonces, si Granada es ahora la primera ciudad del mundo por su vega y posicion, lo sería tambien por su caserio y monumentos. ¡Si supiérais, Isabel, cuán deliciosos

son los instantes en que mi imaginacion se recrea pensando en las bellezas con que enriqueceria la Alhambra! La naturaleza no ha podido hacer mas que formarla como la ha hecho. Ahora falta la mano del hombre que la adorne de cuanto es susceptible el divino arte.

—Seguid, seguid, esposo mio, exclamó la emperatriz, conociendo el placer que sentia Don Carlos en aquella conversacion; no hablemos mas que de Granada.

—Sí, querida esposa, hablemos de ella solamente, y de lo felices que seriamos viviendo siempre aquí. Levantaríamos un palacio que dejase muy atras al de los *Aljares*, á esa maravilla del mundo labrada por el rey Muley Hacén. Haria venir á los mas famosos arquitectos, escultores y pintores de España, y les diria: «Remontaos á los cuentos de hadas de nuestros antepasados, poned en prensa vuestra imaginacion, y diseñad un palacio que sobrepuje á cuantas maravillas han nacido en el universo. Si no llenase mi deseo, diseñad otro, ciento, mil; y cuando háyais sacado uno que iguale al que tengo aquí (y señalaba á su frente), ese pondreis por obra al momento: ese será mi palacio de la Alhambra.»

—Sí, y nuestros hijos, cuando puedan tener reflexion para conocer tan grandiosa obra, cuando se penetren de que todo les pertenece, si no nos bendicen por haberles dejado un reino que tanto pesar puede causarles, nos ben-

decirán por ese palacio que solo alegría y ventura puede ofrecerles.

—Y la fama, que no es tarda cuando la impele objeto merecido, llevará por do quier la noticia de esta maravilla, y reyes y pecheros, y moros y prelados vendrán en caravanas á Granada á admirar tanta hermosura reunida, y progresarán las artes y la industria; y al cabo de algunos años, Granada, ese diamante de la antigua Bética, no solo será la mas preciosa, sino la mas rica ciudad del orbe entero.

—Y Dios nos bendecirá por la felicidad que proporcionaremos á nuestros vasallos.

—Y todo por ese divino palacio.

—El marqués de Mondejar, alcaide de la Alhambra y jefe de los tercios de Granada, pide licencia para entrar, dijo presentándose un paje que cortó de improviso plática tan halagüena.

Una sombría nube oscureció la radiante expresion de júbilo que resplandecía en el rostro del emperador. Lo habian despertado de su divino sueño, haciéndole caer de las mas altas regiones del idealismo, á una completa y fastidiosa realidad. Tornó el descontento á pintarse en su semblante, mandó le alargasen el látigo que en los momentos de su entusiasmo habia tirado al suelo, comenzó á darse otra vez golpecitos en su bien construida bota, y preguntó con avinagrado acento:

—¿Qué me quiere ese señor?

—Dice que os tiene que comunicar asuntos

graves y de suma urgencia, contestó el paje.
—¡Diablo! y á qué mal hora viene el alcaide! Decid que pase. Ni aun aqui podré disfrutar de sosiego.

No tardó en presentarse el marqués. Quitóse su gorra negra con pluma, y esperó á la entrada de la sala.

—Acércaos, dijo el emperador, y sed breve en lo que tengais que comunicarme.

—Señor, exclamó el de Mondejar, cuando las fuerzas depositadas por un soberano en su servidor no son bastantes á contener las riendas del gobierno, deber es de todo vasallo reclamar el apoyo de su rey.

—Esplicaos.

—Cada dia los moros, mas insolentes y ensoberbecidos á pesar de las rigurosas leyes que tienen impuestas, promueven sin cesar disturbios, que si bien en los principios nada tenian de imponentes, pueden irse haciendo serios y de consideracion. Si antes solo molestaban con voces y algazara, ha dado caso ahora de poner las manos en vuestros fieles súbditos, llegando su audacia hasta tal punto, que á pesar de estarles prohibido el uso de las armas, llevan escondidas afiladas gumias, con las que á cada momento se ve comprometida la seguridad individual de vuestro pueblo. Además, aunque en la apariencia profesan la fe católica, sus detestables ritos son los que observan secretamente, y usan de baños, tienen

zambros y hacen sus *alajás* ¹ como si no hubiesen recibido el santo sacramento del bautismo.

—Chócame, buen alcaide, respondió Don Carlos, que os vengais con esas, teniendo amplios poderes para hacer lo que mas convenga á la seguridad del gobierno que os está confiado; pero una vez que venis á reclamar de mí una medida que contenga esos alborotos que tanto os cosquillean, vive Dios que habeis de quedar satisfecho. Venid, sentaos á esa mesa y escribid lo que os dictare.

Obedeció el alcaide las órdenes del emperador sentándose en el sitio que le señalara: trajeron recado de escribir, y con la pluma levantada esperó.

Callaron Doña Isabel y las damas quienes conversaban entre sí mientras la declaracion del alcaide, y Don Carlos despues de haber dado algunos paseos por la sala como reuniendo sus ideas, comenzó á notar al alcaide en estos términos:

«Habiendo llegado á nuestra noticia que los moriscos de Granada, á quienes por efecto de la esquisita bondad de nuestros antecesores se les concedió habitar en la ciudad de su naturaleza despues de su gloriosa conquista, en vez de mostrarse agradecidos y sumisos como debiera esperarse á tan singular favor, promueven á cada paso motines, sembrando el

¹ Oraciones.

disgusto y terror en los ánimos de nuestros muy fieles vasallos, pues no contentos con las tropelías que continuamente cometen, propagan su desacato hasta el ominoso extremo de poner sus manos en las personas de los buenos cristianos, nuestros servidores, y deseando castigar cual se merece semejante falta, dando al mismo tiempo una prueba de amor á nuestro pueblo, declaramos y mandamos:

1.º Queda prohibido desde luego á todos los moriscos de Granada el uso de su traje árabe, sin distincion de personas. En lo sucesivo solo podrán vestir ropa española como todos los demas habitantes de esta capital.

2.º Ni de dia ni de noche estarán cerradas las puertas de sus casas, para que en cualquier tiempo y hora puedan penetrar en ellas los visitantes que se nombren, y conocer los culpables, que á pesar de haberse convertido á nuestra santa religion, la profanan con la observancia de sus primitivos ritos.

3.º A efecto de que se impongan los castigos á que se hagan merecedores los moros que infrinjan los antedichos preceptos ó cometan nuevas tropelias á favor de su traje, disponemos que al momento se traslade á Granada el tribunal de la Santa Inquisicion que reside ahora en Jaen, á quien queda encargado el juicio de los desmanes que cometan."

—¿Acabásteis? preguntó el monarca despues que hubo notado la anterior providencia.

—En este momento, señor, contestó el marqués.

—Habeis puesto al principio la fórmula de encabezamiento?

—Si señor.

—Pues venga la pluma y despachemos.

Entregó el alcaide al monarca la pluma con que habia escrito. Luego que hubo firmado, dobló el pergamino, y poniéndolo en manos del alcaide,

—Tomad, le dijo, id y ordenad que al momento se publique por toda la capital este mi edicto al son de clarines y trompetas. Concluido el acto vendreis á darme noticia del cumplimiento de vuestra comision, y cuidad de que os acompañe un oficial de mis guardias que esté dispuesto á partir al instante para Jaen á llevar mis órdenes al Santo Tribunal para su venida á Granada. Yo entretanto redactaré de mi puño esta disposicion.

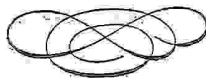
Inclinóse el alcaide y salió á cumplir lo ordenado por su monarca.

—Veremos si puedo hacer entrar por buen camino á esa gentecilla, dijo Don Carlos sentándose á escribir. Palacio..... sueño dorado.... ¡cuán pronto te desvaneces!

Aquí dió un profundo suspiro que llegó hasta los oídos de Doña Isabel, quien acercándose á su esposo procuró volver á entablar la interrumpida conversacion del palacio que tanto le habia distraido.

Pronto fué ejecutada su órden, y supo todo el pueblo de Granada el edicto del monarca contra los moros, que dió márgen tambien á algunas hablillas entre el tio Candelas y comparsa que acudieron igualmente á la Plaza Nueva á enterarse de aquel pregon, como habian hecho pocos dias antes con el que anunciaba la llegada del grande emperador.

Dos horas despues de la promulgacion de la nueva ley, salia por el Triunfo un oficial de guardias en un caballo á todo escape. Llevaba la órden al Santo Oficio para su venida á Granada.



IV

SERIAN cerca de las oraciones de uno de los calurosos días del estio. Los brillantes rayos del sol próximo á hundirse en Occidente, penetraban en una bonita pieza de una casa en el barrio que hoy llaman de San Luis, adornada con el gusto y lujo de los orientales. Un ambiente delicioso se aspiraba en su centro impregnado de la aroma de multitud de flores colocadas en elegantes búcaros. Ricos almohadones de Persia aparecían sobre un suelo tapizado de pintorescas alcatifas, sobre el que frescas y en-

carnadas rosas formaban otra muelle alfombra. Esquisitos pebeteros despedían una suave y delicada fragancia, que unida á la de las flores arrebatava su aspiracion.

Una jóven linda como la clara aurora tras borrascosa noche, víase reclinada sobre una ventana en forma de ajimez, cubierta de una blanca túnica de lino, sosteniendo al parecer sabrosa plática con un venerable musulman, que sentado en un almohadon, con las piernas y brazos cruzados, casi le llegaba al suelo su blanca y prolongada barba. Estaban pintados en sus facciones el desaliento y el dolor.

—Sí, decia con melancólico acento, Haraxa, hija del corazon, ¡en qué infortunio nacimos! Cenizas deberíamos haber sido antes que sobrevivir á la pérdida de nuestro reino. ¿Qué se hicieron los capítulos que firmó en Santafé el rey Fernando V, y bajo cuyas condiciones entregó Boabdil su corona y su ciudad? Las han violado, han destruido cuanto se pactó en aquellos contratos, y nos arrollan como á brutos peligrosos, cuando debieran dejarnos en completo sosiego. Nos humillan continuamente despues de habernos forzado á abrazar distinta religion; nos privan de las armas para nuestra seguridad y defensa; y hoy, por último, hija mia, á consecuencia de un alboroto que produjo la impaciencia de un hermano que no tuvo la suficiente calma para dejarse insultar, nos hacen tener abiertas de dia y de noche las

puertas de nuestras casas para que seamos víctimas de los rateros y rufianes, y lo que es mas doloroso aun, ordenan la total estincion de nuestros trajes sustituyéndolos con los españoles. ¡Maldicion eterna contra los tiranos que así abusan de su poder! Desventurado destino, ¡cuándo será la voluntad del Profeta volver á sus protegidos la dulce tranquilidad que antes disfrutaban!

Dió aqui un gemido el viejo Abul-Aswad, é inclinó su cabeza sobre el pecho.

—¡Padre mio! exclamó la jóven con una voz mas apacible que el lejano sonido del arpa. Verdad es que nuestra tribu está sumida en el mas negro infortunio, pero consuélate, amado de mi alma; por lo mismo que está abatida, mas esperanza tiene de un pronto alivio. Quanto mas avanzada está la noche, mas cerca viene la aurora. Acuérdate de estas palabras del moravito Kaid-el-Abi, y da treguas á tu afliccion.

—¡Ay Haraxa mia, cuánto te engaña tu corazon de jóven! Si es cierto que vendrá esa aurora, no será para nosotros, infelices creyentes despreciados y aborrecidos. Nuestro porvenir es oscuro como noche tormentosa.... pero no es eso todo, no, tórtola pura de los bosques, aun no he vertido en tu corazon mas que una parte de la amargura que destroza el mio.... A costa de mi sangre quisiera ahorrarte la pena que te voy á causar depositando en tí todo el peso del secreto que me abruma, mas no hallo

otro remedio. Escucha y tiembla, desgraciada morisca.

Acercóse la jóven á su padre, y echóle ambos brazos al cuello.

—Habla, padre mio, habla sin cuidado, tal vez tu pecho halle algun consuelo de esa suerte.

—Estrella que iluminas mis impotentes dias, ¡bendita seas! ¡cuánto bien me haces....! Y gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Abul-Aswad al decir estas palabras. Oye, continuó con voz mas sosegada. Acabo de ver á Abd-el-Meleck.

Un ligero carmin tiñó las mejillas de la jóven al oir este nombre.

—¡Abd-el-Meleck! repitió, ¿y qué te ha dicho?

—¡Ay! el desgraciado se halla en el mismo caso que nosotros, le privan del último recurso y quedará pobre, ¡pobre como tú, infeliz hija mia!

—¡Santo Alá! ¿pero como es eso? ¿Qué te ha dicho Meleck?

—Vendrá á hacernos su última visita, vendrá á despedirse de nosotros.

—¡Qué espresan tus labios! ¡será posible! Sigue, sigue, padre mio, tus palabras son como el viento precursor de la tempestad.

—Mañana iré á ofrecer al emperador Carlos de Austria ochenta mil ducados que los jefes de tribu en el divan¹ que hemos celebrado

¹ Junta,

hoy, han resuelto se le entreguen por mi mano, para levantar la prohibicion del uso de nuestros trajes. ¿Y no sabes que para completar la suma que entre los pocos que podemos contribuir, me ha correspondido facilitar, es necesario vender nuestras perlas, nuestros vestidos, nuestros adornos, y quedarnos reducidos á la mas espantosa miseria? ¡Ay! el alma se me desgarrá al pensar en nuestra desgracia.

—Pero....

—Aun hay mas; tu prometido Meleck se queda en el mismo estado, y como no puede sostenerte le es imposible su union contigo. Las leyes lo prohiben, y no entregaria yo mi hija á quien no le pudiese presentar el diario sustento.

Una estremada palidez cubrió las mejillas de Haraxa. Le fué preciso sentarse al lado de su padre para soportar su emocion.

—Y yo, pobre anciano, continuó Abul-Aswad, ¿á qué trabajo podré dedicarme? ¿á dónde iré? ¿qué será de mí?

Un torrente de lágrimas que inundó sus ropas, fué la respuesta de la jóven.

—Tranquilízate, consuelo de mi existencia, repuso el viejo. Alá es grande y no nos dejará desamparados.

Abrióse en este momento de golpe la puerta de la habitacion, y un gallardo moro lujosamente vestido se presentó en ella. Era Abdel-Meleck. Sobre sus ropas moriscas llevaba

una larga capa española de tafetan negro forrada de grana. Adelantóse dos pasos y quedó parado contemplando al padre y la hija.

—Alá te guarde, buen Meleck, exclamó el anciano; ¿vienes á traerme la suma que te se exige?

—Ahí la tienes, contestó el jóven poniendo en la mano de Aswad un bolso lleno de oro; llevas el precio de mi ventura, de mi sangre... No dirás que dejo de ser buen creyente; mi sacrificio por el Islam está consumado. ¿Puede pedírseme algo mas?

—El Profeta te recompensará, hijo mio,

—¿Qué recompensa puede bastar al bien que pierdo? contestó con fuego Meleck. Anciano, tu hija era mi prometida y yo la adoraba con el fuego de una pasión primera y con el ardor de un hijo del Oriente. Ella también me amaba, y el cielo á donde iban á fijarse nuestros pensamientos, el porvenir que soñábamos en esta vida miserable y congojosa, era tan solo nuestra unión..... Y ahora todo ha desaparecido como la huella del tigre en las arenas del Sahara: esos maldecidos cristianos han quitado la primera piedra al edificio de mi felicidad y vosotros acabais de destruirlo. Sí, vosotros digo; el sacrificio que hago para que consientan el uso de nuestras vestiduras, lo reprueba mi corazón; con Haraxa no solo aboliría para siempre mi traje, sino mis creencias. ¿Qué me importaría el culto que hubiese de rendir,

si en todos me siguiera Haraxa? Dirás, anciano, que blasfemo..... y dirás bien. Una tenebrosa nube cubre mis ojos, y solo la desesperacion tiene cabida en mi pecho; soy debil, de naturaleza mezquina, doliente, y no puedo ganar con mis manos como el esportillero el pan que hubiera de sustentarme. No tengo á nadie en el mundo, á nadie mas que á vosotros; pero ¡ay! vosotros como yo habeis reducido á dinero la mayor parte de vuestras prendas para reunir la suma que os corresponde pagar. Tal vez.... dentro de una semana..... ni aun fuerzas tendré para llorar mi desventura..... Poderoso Alá..... un poco de valor..... mas ¡ah! me falta, me falta; mis ideas se estravian, se ofuscan..... Ir á implorar de los musulimes compasion para que me dejen lo que debo entregar y con lo que bastaba á mi sostenimiento..... jamás! La sangre Abencerraje que circula por mis venas repugna semejante humillacion, y no les dirá mi lengua..... «¡Dejadme por piedad ese puñado de oro y buscad como podais el modo de reemplazarlo.” ¡Oh! nunca..... nunca..... Tú mismo, anciano, tú mismo me escupirias al rostro si supieras tamaña accion de mi parte. Detúvose aqui el desconsolado moro como para calmar la agitacion que sentia. Despues brillaron sus ojos con un fuego extraordinario, y añadió con firmeza: ¡Ah! no hay medio, mi resolucion está tomada, es irrevocable. ¡Abul-Aswad! ¡Haraxa! recibid mi última despedida y

conservadme un recuerdo en vuestro corazon.

Cubrióse la faz el moro con ambas manos, y marchó resueltamente hácia la puerta, despues de haber dirigido una angustiosa mirada á la jóven, que reclinada sobre su almohadon, contemplaba con asombrada vista á su amante.

—Detente, Meleck, detente, ¿qué pretendes hacer? gritó el anciano Aswad levantándose de pronto y asiendo por el brazo al desesperado árabe.

—Déjame, anciano, no impidas el único placer que me queda en esta vida que detesto.

—Jóven, exclamó Abul-Aswad, oye la voz de un moro que ha resistido sesenta veces el soplo del invierno. Mira sus cabellos blancos como el pico de Xolair ¹ y escucha sus reflexiones. Hijas son de su larga vida.

—¿Podrán acaso tus reflexiones volverme la felicidad que me han robado? ¡Ah! si, mi pena no tiene remedio, ¿de qué servirá alguna efímera esperanza que alumbre mi porvenir cual la llama del rastrojo?

—¡Insensato jóven! ¿acaso está todo perdido? ¿Sabes, por ventura, si el monarca cristiano accederá á nuestro ruego conmutando su decreto por la suma que se le ofrece?

—¡Ay! la aceptará.. el corazon me lo anuncia.

—Tu corazon puede engañarse. Tambien el cazador que á sus tiros vé caer la corza se acerca para recogerla y se engaña: el animal no

¹ Sierra Nevada.

ha muerto y la vé saltar ligera al oír sus pasos, como la pluma que lleva el huracan. ¿Y quién te dice que no ha de sucedernos lo mismo, aunque con distinto resultado? Hace un momento que me acongojaba la suerte que nos espera, porque no creía hallar un alma mas débil que la mía; pero á tu vista una esperanza ha nacido en mi interior, y reprocha el miedo que antes abrigaba. Nada, jóven, cuida no tenga la caña que avergonzar al roble.

—¡Ay padre mio! ¿para qué haces nacer en mí este consuelo? ¿Quién sabe si despues he de tener que llorarlo? Me convencen tus palabras, gratas á mi corazon como el rocío á un campo seco. Habla, ¿qué es necesario practicar?

—Mañana iré á ofrecer al emperador el sacrificio de los moriscos para levantar la nueva ley. Apenas el sol nos alumbre desde el centro del horizonte, subirás á nuestra torrecilla. Desde ella se divisa el mirador de la plaza de las Cisternas ¹ A la salida de mi entrevista con el monarca me asomaré á aquel sitio. Si mi cabeza apareciese sin turbante, erguida é inmovil, baja y abraza á mi hija: asi le indicarás la felicidad que os aguarda. Si mi turbante estuviese en su lugar y ondulase al viento su blanca toca, el monarca ha aceptado. Fija es nuestra desgracia. Eres dueño de tu voluntad.

Calló el anciano. Un prolongado silencio su-

¹ Plaza de los Aljibes.

cedió á sus palabras. Haraxa permanecía en el mismo sitio, y su faz se hallaba tan afligida como hermosa.

—¿Prometes hacer mañana cuanto acabo de espresarte? preguntó Aswad.

—Sí, contestó Meleck, mañana al mediodía estaré en la torrecilla.

—Entre tanto, hijos míos, aprovechad esta única esperanza. Tiempo quedará para llorar, Haraxa, ángel mio, ¿no merece el consuelo que este pobre anciano os proporciona, alguna recompensa?

Levantose prontamente la jóven, y arrojándose al cuello de Abul,

—¡Pobre padre mio! dijo con cariñosa voz, y cubrió de besos su cabeza.

—Ven, Meleck, ven, continuó Aswad con los ojos preñados de lágrimas, participa de este momento de ventura, ¿no es verdad, hija mia, que no lo quieres ver tan triste y solitario?

—¡Meleck....! dijo Haraxa.

—¡El cielo nos proteja! exclamó el moro, corriendo á abrazar al anciano y á la jóven.

Los últimos rayos del sol reflejando en este interesante grupo, iluminó sus rostros en aquel momento radiantes de placer.





Muy temprano se habia levantado la mañana del dia siguiente á la de los sucesos referidos en el párrafo anterior, el emperador Don Carlos de Austria á dar un paseo matinal, por las alamedas de la Alhambra. Durante su vuelta, escogia en su fantástica imaginacion, un sitio á propósito en que edificar el palacio, único objeto sobre el que giraban todas sus ideas. En el momento en que empezamos este capítulo, acababa de tomar un frugal desayuno, y paseábase por el patio de los Arrayanes conversando con su camarero mayor Don Quin-

tin de Quiñones. Hablaban del mensajero que partió para Jaen, quien habia traído la respuesta del Santo oficio, participando al monarca, hallarse dispuesto para trasladarse á Granada. Giró despues la conversacion sobre el efecto que habia producido en los moriscos las últimas disposiciones, y refiriéndole Don Quintin, que en los dias que contaban desde su publicidad, no se habia visto ningun moro en las calles de Granada segun le dijera el alcaide, respondió el emperador con tono satisfecho.

—¡Oh! ya verán esos morillos, y mi pueblo, que no en balde ha venido á Granada Don Carlos de Austria.

—Parece que la prohibicion de sus ropajes les ha causado gran dolor. Todos permanecen dentro de sus casas consternados y en el mayor abatimiento.

—Y yo te aseguro, Quintin, que no será ese mi último decreto si persisten en sus diabólicos alborotos; porque en último resultado, voto al diablo, los echaré á los montes de las Alpujarras; y si esto no es bastante, aseguro por mi corona, que no me ha de quedar un morillo en todo el territorio español.

—¡Maldita raza! respondió Don Quintin, y qué de males ha acarreado á la cristiandad!

Aqui llegaban nuestros interlocutores, cuando se acercó un doncel del emperador diciéndole con profundo respeto.

—Señor, perdonadme que os interrumpa, pero á las puertas de palacio hay un viejo moro que dice ser enviado á nombre de todos los moriscos del Albaicín, y pretende con asaz terquedad el hablaros. Por mas que le he dicho que no dáis audiencia.....

—Basta, condúcelo aqui.

Inclinóse el doncel y marchó.

—Vendrán ahora con súplicas despues de matarme y estropearme los vasallos, continuó el monarca con enfado. En fin, oigamos á ese moro y calcularemos la verdad de sus palabras. ¿Qué te parece, Quintín, hago bien en recibirle?

—Basta que lo háyais resuelto sin el parecer de nadie, para que sea una disposicion muy acertada, respondió dulcemente el cortesano.

—¡Alli viene el embajador! exclamó el monarca mirando hácia el vestibulo del palacio. ¡Por Dios que es venerable el tal moro!

Un anciano con pardo albornoz, cuya capucha echada atras, dejaba libres sus respetables facciones y blanca barba, penetró en el patio de los Arrayanes seguido de cuatro moros que llevaban en sus manos ricas bandejas cubiertas de blancos lienzo.

Adelantose el padre de Haraxá con trémulo paso; su rostro espresaba la mas profunda tristeza. Al llegar ante el emperador, que parado y de pié aguardaba al moro, inclinóse hasta tocar casi con la frente al suelo, y permaneció en esta humilde actitud el tiempo que

tardó en oírse la voz del augusto monarca.

—Alza, le dijo con severo tono. ¿Qué pretendes de mí?

—Poderoso rey de los católicos, exclamó Abul-Aswad, aquí tienes un humilde siervo del Profeta que implora le escuches un solo instante. La infeliz grey á que pertenezco está sumida en el mayor dolor. Nuestras leyes han sido violadas; nuestras hijas.....

—Moro, interrumpió Don Carlos, déjate de preámbulos, que nada hacen al caso; si quieres que te escuche, camina directamente á tu objeto.

—Señor, continuó Aswad sin turbarse, muchos delitos cometen los musulmanes, muchos, pero bien purgados los tienen con las privaciones que sufren cada dia: de hoy en adelante todas las llevarán con resignacion, todas; pero el último decreto que has promulgado, ha vertido la mas negra amargura en todas nuestras tribus, pudiendo engrosarse las corrientes del Genil con las lágrimas que han sido derramadas. ¡Privarnos el vestir nuestro propio traje! ¿Sabes, oh rey, si puede soportar un musulmán humillacion semejante? ¿Sabes lo que es verse despojado de las ropas natales, que todas sus generaciones le han legado? ¡Ah! imposible nos era sobrevivir á semejante ley, y hemos tomado nuestra resolucion. Yo, Abul-Aswad, jefe de tribu, en mi nombre y en el de todos los moriscos que pueblan el Albaicin, te

ofrezco porque levantes esa prohibicion, la cantidad de 80.000 ducados. Esta suma es lo último que poseemos, es el porvenir de muchas familias, es la esperanza de los padres para sus hijas, y todos hacen gustosos este grande sacrificio, si se les permite usar sus vestiduras. Hé aqui ya espuesto el objeto de mi embajada. ¿Qué respuesta he de llevarles?

El rostro del anciano en este momento expresaba una angustiosa ansiedad.

El emperador quedó reflexivo. Su bondadoso corazon siempre dispuesto al bien, lo inclinaba en favor de aquella aislada gente mas infeliz que culpable, odiada y maldecida de todos, que se desprendia de lo que mas amaba en el mundo, del oro, para que les dejasen usar sus ropas, y luchaba en su interior con acceder á su demanda ó hacer inflexible su mandato.

Mientras tanto, el moro, fijos sus ojos en el monarca, parecia querer penetrar sus mas recónditos pensamientos: su respiracion era fatigosa, comprimida. Pensaba en Haraxa; pensaba en Meleck. Iba á escuchar su sentencia.

Por último, Don Carlos, resolvióse á permitir la anulacion de la cláusula, conociendo que bastante castigo era para los moros el aceptar su mismo ofrecimiento, y contestó de esta suerte al enviado.

—Muéveme á lástima, anciano, tu cuita y la de tus compañeros. Aceptando la suma que me ofreces, impongo por ahora un severo cas-

tigo á vuestros desmanes y rebajo el rigor de mi ley. Podeis usar libremente vuestros trajes; ¡pero guay de vosotros si en adelante no reprimis esa escandalosa conducta! = Al hacer el emperador un bien á los musulimes, causaba la pérdida de tres personas.

Un ¡ay! imperceptible se escapó de los labios de Aswad; era el grito de agonía que exhalaba su corazón al penetrarse de su desgracia.

—¡Aceptais! dijo con desfallecida y fúnebre voz; y volviéndose á los moros que le acompañaban les hizo una seña. Estos se adelantaron hácia el rey, y el anciano continuó: dignate admitir.....

—Entrégala á mi tesorero, contestó el monarca; dentro de dos horas se comunicará la orden que apeteceis.

Inclinóse Abul-Aswad y salió sin pronunciar una palabra. El dolor le ahogaba. La débil caña á que se habia asido en su naufragio acababa de troncharse; iba á perecer.

Cumplió las órdenes del emperador entregando la suma al tesorero. Después dirigióse con lento paso al mirador de la plaza de las Cisternas. El sol estaba en la mitad de su carrera. Hizo un esfuerzo y se asomó al antepecho.

Cruzó los brazos y permaneció cinco minutos fijo en esta actitud. El delicioso paisaje que se presentaba ante su vista parecíale un cementerio adornado de mustias tumbas.....

Cuando Aswad llegó á su casa salió á recibirle Haraxa. Estaba sin turbante y sus negros cabellos caidos sobre la blanca túnica que la cubria, ondulaban á merced de la brisa.

—Venid, padre mio, venid, le dijo sonriendo y tomándole la mano, presenciareis nuestra felicidad..... ¡ Oh! somos tan dichosos....! Hemos visto desde la torrecilla vuestra señal, y Meleck va á desposarse conmigo: el *alhamí*¹ nos espera sembrado de flores rojas..... venid y lo vereis..... ¡ qué hermoso está!

Miró el anciano á su hija como dudando de sus palabras. Una estraña espresion tenian sus ojos. Brillaban..... pero con un brillo siniestro.... horrible. Asidos de la mano subieron á la torrecilla. Un moro tendido en el suelo, bañado en sangre, abierta en el pecho una ancha herida, por la que salia á borbotones aquella, y un largo puñal que apretaba su diestra mano, fué el espectáculo que se presentó á la vista del infortunado padre.

Era Abd-el-Meleck.

—¡Muerto! exclamó Aswad con agonizante voz.

—Mirad, mirad, decia Haraxa señalando con su blanca mano el cuerpo ensangrentado de su amante, y echando atrás sus hermosos cabellos. ¿No es verdad que seremos muy felices...? ¿No veis su boca entreabierta cual sonrie á la inefable dicha que le aguarda.....?

¹ Alcoba.

A Dios, padre mio, el tálamo nos espera.....
sí, tu señal nos salvó..... yo te vi en el mirador,
y mi amante tambien.....: tu blanquísima toca
se mecía á discrecion del viento de la mañana,
¡qué felicidad....!

Una sarcástica carcajada puso fin á sus palabras, y corrió á asomarse á una de las ventanas de la torre, desde la que se veía el mirador. ¡Pobre Haraxa, estaba loca!

—Compasion de mí, Santo Alá! exclamó el anciano retorciendo sus brazos y elevándolos al cielo.

Los ecos de muchas trompetas que sonaban hácia la carrera de Darro llegaron en este instante, atraídos por el viento, á los oídos de Abul-Aswad.

Era el bando del emperador Don Carlos de Austria, anulando la primera cláusula del anterior, y permitiendo el uso de sus ropas á los moriscos del Albaicin.



CONCLUSION.

EL deseo del monarca fué cumplido. De los 80.000 ducados que le entregaron los moriscos, destinó 10.000 para empezar la construcción de su palacio.

El día en que colocaban la primera piedra, lloraba un anciano en una casa del Albaicín, sobre el yerto cadáver de una hermosa joven. Era que Haraxa acababa de morir. Poco tiempo la sobrevivió su padre. El palacio del emperador Carlos V costó muchas lágrimas á la morisma. ¹

¹ Lafuente Alcántara, *El libro del Viajero*.

EL SANTISIMO CRISTO

de la Puerta de los Colegios.





ENTRE la sacristía y la capilla de Santa Ana, en la catedral, hay una puerta que da paso á la calle del Colegio Eclesiástico, donde se halla este edificio.

Esta puerta hecha sin duda para facilitar el paso á los colegiales que deben asistir diariamente á los varios oficios que se celebran en el templo, ni tiene la magnificencia, ni la colosal dimension que las demás; y por dar su exterior á sitio de poco tránsito, es muchas veces desapercibida á los ojos del viajero, y si la ve, pasa de largo, pues no cree hallar objeto de curiosidad en su sencillo aspecto. Sin embargo aconsejamos á quien visite nuestra

famosa basílica, que al llegar á ella, suba los pocos escalones que conducen al cancel, salga á fuera y observe la escultura que hay sobre la portada.

Si el viajero es artista, como conocedor del mérito, no podrá menos de admirar la perfecta delineacion y limpieza del *Ecce Homo* que se presenta á su vista, y si no lo es, ademas de que le gustará tambien, pues lo bueno siempre agrada, no podrá menos de volver á mirar la escultura con detenimiento cuando sepa la tradicion que encierra.

Los *cicerones* de esta ciudad la cuentan de mil modos diversos, pero la que nos merece mas crédito, por ser la que nos han corroborado hombres respetables por su edad é ilustracion, á quienes ademas de los libros hemos consultado en estas tradiciones despues de recibirlas del pueblo, es la que sigue:

Las tres de la tarde serian de uno de los dias frios y nebulosos del mes de febrero de 1539, cuando un hombre, pobremente vestido atravesaba la plaza de Bib-Rambla con direccion á la de Pasiegas. Grande movimiento se notaba en esta última plaza. Multitud de operarios corrian de uno á otro lado por entre miles de sillares y montones de cal y arena, proporcionando materiales y ayuda á los que encaramados en altos andamios añadian una piedra mas á la gigantesca obra que aun en sus principios se destacaba grandiosa é im-

ponente como indicio del coloso monumento que algunos años despues habia de levantar majestuoso sus altas cúpulas sobre la morisca ciudad de Granada. Faltaba una basílica á esta metrópoli, á este risueño jardin de la Europa católica, una catedral símbolo de la grandeza y omnipotencia del culto cristiano, y una catedral era la que estaban edificando.

Á este sitio llegó el hombre de quien hemos hablado, y al golpe de vista que presentó á sus ojos este espectáculo, quedóse parado. Apoyó su hombro contra una casa, cruzó el pié derecho delante del izquierdo, los brazos sobre el pecho, y quedó absorto contemplando aquella masa sólida é informe y aquel hormiguero humano.

Mas de media hora permaneció como figura de estuco, siguiendo con la vista los movimientos de los obreros.

Á poco, como herido de súbita inspiracion, tuvo un arranque espontáneo y echó á andar. No habia dado seis pasos cuando volvió á pararse, dió un paso despues, volviendo luego á detenerse. Parecia que una inclinacion violenta lo arrastraba hácia la obra viniendo á hacerle retraer algun agorero pensamiento. Por último, dió una fuerte patada en la tierra y marchó resueltamente hácia un monton de cal y arena donde varios trabajadores sacaban espuertas de este material cerniéndolo sobre cribas de madera.

—Amigo, preguntó á uno de ellos, ¿sabeis quién dirige esta construccion?

Volvió el interpelado la cabeza, miró de arriba abajo al recién llegado, y viendo su haraposos traje, siguió su trabajo interrumpido un momento, sin dar otra respuesta que encojerse de hombros.

—¿No me habeis entendido? prosiguió humildemente el otro, preguntaba quién es el arquitecto que dirige esta obra.

—No sé, contestó secamente el peon, tardando en su respuesta cinco minutos.

Separóse nuestro hombre de aquel sitio: una languidez creciente sucedió á su decision repentina; con los brazos caidos y la cabeza baja erró algunos instantes por entre aquellos esparcidos materiales. Miraba y no veia, tal era el desaliento que se habia apoderado de su alma. Andando á la aventura y sin cuidado, no vió una escavacion un poco honda que tenia ante sus piés, sentó uno en vago y cayó de bruces en el hoyo. Por fortuna algunas leves contusiones solo le produjo su caida. Asiéndose de los bordes de la zanja y procuró salir. Mas sus intentos hubieran sido vanos á no haberlo protegido una forzada mano, que asiéndolo del cuello de su chaqueta lo puso fuera de peligro.

—¿Vais ciego, buen hombre? dijo el que le ayudaba. ¿Á quién buscais en este sitio? ¿Qué quereis?

—Buscaba al director, respondió confusamente el caído.—¿A *Diego de Siloe*?

—Si ese es el nombre del arquitecto, á ese busco, sí señor.

—Aquí lo teneis, yo soy, ¿qué se os ofrece?

—Señor.....

—Os encargo seais breve en lo que vayais á decirme, porque hago falta en otra parte.

—Pues bien, soy escultor, vengo de muy lejos, y acabo en este instante de llegar á Granada. Me hallo bastante tiempo sin trabajo, y busco un pedazo de pan. Ya sabeis el objeto de mi venida. ¿Quereis darme trabajo?

—¡Trabajo! ¡todos buscan trabajo cuando precisamente eso es lo que falta!

—Os estamos aguardando, maestro, dijo á este tiempo un oficial que se presentó en aquel sitio. Ya está subida la piedra de la que ha de arrancar el arco de la izquierda, y queremos saber si es de vuestro gusto su colocacion.

—Al momento voy.....

—¡Y bien! ¿qué decidís? preguntó el escultor.

—¡Qué decido! vamos, tomad esa piedra (supongo que tendreis útiles) y trabajad en ella; veremos vuestros conocimientos en el arte.

—¿Y qué quereis que haga?

—Maestro, que estamos parados hasta vuestra llegada, repuso el oficial.

—Pues vamos, vamos allá, contestó Siloe, disponiéndose á marchar.

—¡Pero, señor!

—¡Hay mas! vaya, decid.

—¿Qué quereis que esculpa aqui?

—¡Toma! cualquier cosa.

—Mas, decidme.....

—Lo que os diere la gana.

—No quisiera.....

—¡Maestro! volvió á repetir el albañil.

—¿Por fin qué saco?

—*Un demonio!* contestó mal humorado el director alejándose precipitadamente.

Sentóse el escultor junto á la piedra que Siloe le habia señalado, sacó martillo y cincel, y dió principio á su trabajo.

Pasaron algunos dias. Concluyó el escultor la obra que debia servir como muestra de su alcance en el arte, y esperaba un momento oportuno para presentarla. Al cabo de la semana, Diego de Siloe, que en toda ella no habia parecido por aquel sitio, vino entonces á enterarse de los trabajos del pobre artista.

—¿Cómo va eso? dijo acercándose.

—Concluido, señor; os estaba esperando.

—¿Á ver....? ¡Pero qué habeis hecho aqui!

—Lo que me dijisteis, señor.

—¡Un demonio!!

—Esa fué vuestra última palabra al dejarme el otro dia.

Examinó Siloe detenidamente la escultura, y la encontró superior á cuanto pudiera imaginarse.

—Bien, muchacho, bien, dijo dándole golpecitos en el hombro; habeis hecho una obra maestra, y aseguro por quien soy, que se ha de colocar en la catedral.

—¡Cómo, un demonio!

—Volved esa piedra donde lo habeis esculpido, pues quiero trabajar en ella por el lado opuesto. Es un capricho que he tenido al mirar lo perfecto de vuestro diablo. Desde hoy trabajais para la catedral; vuestro sueldo será proporcionado á vuestra ciencia.

Despues de algun tiempo trabajó Siloe en aquella misma piedra, y esculpió un *Ecce Homo* que á sus espaldas tiene el demonio. Esta efigie es la que hoy existe sobre la puerta de la catedral ya referida.

El artista que sacó el retrato de Satanás, se llamaba Juan de Maeda, y fué uno de los muchos que en union con Diego de Siloe, Juan de Orea, Francisco y Miguel Gerónimo y Alonso Cano, pusieron la catedral en el brillante estado en que hoy la vemos.





La Cuesta del Rey Chico.

EL crepúsculo de la tarde tiñe de rojas tintas las cúpulas de las mezquitas. La estrella vespertina luce en el ciclo, y el *muezín* desde el alminar da *la azalá de almagrib*.¹ Un céfiro suave mueve las hojas de los árboles de la Alhambra y agita las flores de los jardines del palacio del rey. Empero, ¿qué música es la que se escucha bajo sus galerías? ¿Qué armoniosos ecos difunde la brisa con el sordo rumor de las cascadas? ¿Es por ventura la Alhambra el paraíso de huries prometido por el Profe-

¹ La oracion de la tarde.

ta? ¿Es acaso que los magos de la noche celebran alguna fiesta al dios que los preside....? No..... Esa música que suena arrobando los sentidos, mas lisonjera que el susurro de las auras en noche de calurosa calma, es que Muley Hacen divierte á Zoraya, es que el viejo amante del Oriente agrada á su querida mora.

La *Sala de las Ninfas* del real palacio aparece aquel dia en todo su esplendor. Grandes jarrones de oro sostienen esbeltas y matizadas flores; forman figuras cabalísticas y estrañas, el nardo y el alelí, el mirto y la rosa, la azucena y el arrayan: una corona de rosas pende en el medio y salen de ella cadenas de guirnaldas que van á enlazarse con los floreros en los ángulos de la sala. Multitud de jilgueros y canarios vuelan de flor en flor dando al viento sus trinos deliciosos. Del centro de la corona caen vaporosas gasas de diferentes colores, que dando mil caprichosas vueltas forman una nube trasparente y voluptuosa, como multiplicados arco iris en cuyo fondo se envuelven los jilgueros.

Sobre un lecho de elegantes almohadones de damasco, á los lados del cual las flores que salen de los macetones, entrelazadas arriba, forman una gruta entretejida de acacias y amapolas, aparece recostada una jóven fresca como las rosas que pisa, y hermosa cual las flores que la cercan. Una leve túnica de lino apenas cubre sus delicados contornos, dejando al aire

sus hombros nítidos como la azucena de los bosques. No tiene turbante, y los negros cabellos que en ondulantes bucles besan sus espaldas, hacen resaltar la blancura diáfana de sus facciones, y unos rasgados ojos negros como el color de su melena. Es Zoraya, es la renegada, mas bella que todas las moriscas de la ciudad. Es la gala de Granada, la sonrisa del placer, la alegría de la ventura.

Un viejo de rostro siniestro y ajado, de entrecano bigote y cubierta su cabeza con ancho y lujoso turbante rojo igual al albornoze que con desden le cae sobre los hombros, está á sus piés, sentado en un almohadon y fumando opio en una pipa de ébano. Es Muley Hacen, el rey de Granada y amante de Zoraya.

En medio de la sala, ocho moriscas vestidas con voluptuosos trajes celestes y blancos, y llevando guirnaldas de rosas en sus cabezas, ejecutan alegres danzas al compas de una música hechicera que suena como por encanto. Son egipcias que divierten á la reina de las flores, á Zoraya, la *Estrella de la Mañana*; se halla triste como la pasionaria al declinar el dia, y su dueño, que en ella tiene el corazon, ha dispuesto aquella fiesta por si consigue mitigar sus melancolias.

Pero es en vano. Zoraya se fastidia, vuelve la cabeza por no presenciar la danza, y el rey que lo advierte, pues la admira como el girasol al astro del dia, hace una seña, á cuya ac-

cion paran las bailarinas y cesa la música de improviso.

—Zoraya, dice el viejo Hacen con dulce acento y dirigiendo á un lado con la mano el humo que sale de su pipa, vida de mi corazon, ¿no disipan tus tristezas la danza de esas esclavas....? ¡Ah! dímelo, dime tambien qué puedo hacer para aliviarlas; ver tu semblante melancólico, es á mi alma lo que al alelí la falta de rocío, lo que á las plantas la ausencia del sol. ¿No quieres mas zambros? Habla, y tus deseos serán cumplidos como los preceptos del Koram.

Derrama la jóven una mirada de desprecio sobre las odaliscas, vuelve en seguida á tomar su mustia actitud y esconde su rostro entre las flores que la circundan.

Levántase el rey; estiende su brazo hácia las esclavas que tienen su vista en él, y salen cabizbajas de la estancia.

Acércase el viejo á su amada y le toma una mano. Incorpórase la jóven y mira lánguidamente á Hacen plegando detras de sus orejas los flexibles cabellos que osan tocar sus mejillas. De pronto hace un gesto, repele con su mano al rey y comienza á toser.

—¿Qué tienes, ángel mio? esclama con ternura el rey. ¡Ah! continúa mirando la seguida columna de humo que sale del tubo de su pipa... me olvidaba.... y al decir esto arroja la pipa al suelo que salta en mil pedazos.

—¡Hacen! esclama Zoraya echándole al cuello los brazos y reclinando su cabeza en el pecho del viejo.

—¿Qué tienes, hermosa? replica el rey con entusiasmo, tu acento espresa alguna queja... Dila, bien mio, oiga por algun tiempo esa voz mas armoniosa que el arrullo del jilguero.

—¡Hacen! ¡estrella donde se fijan mis ojos! contesta la mora acariciando la blanca barba de su amante, ya ves cuan triste estoy.... todo me cansa.... nada anhelo....una cosa tan sola....

—Dila, y verás cuan presto me dispongo á satisfacerla; soy rey, interrumpe Hacen con vehemencia.

—Pero, ¡loca de mí....! eso no puede ser, continúa melancólicamente la jóven como hablando consigo misma, no puede ser, porque ¿quién presumiria que ese que dice «Soy rey y haré tu voluntad....»

Detiénese la mora. El rey que espera con ansia la conclusion de estas frases:

—¿Qué? esclama con viveza.

—Sería el primero en oponerse á ella.

Cúbrese de afliccion el semblante de Hacen.

—¡Será posible! dice con ternura y dolor, ¿será posible que dudes de mi pasion? Dime, ingrata, ¿qué apeteces que no lo veas cumplido? ¿No tienes los esclavos á millares, que se arrastran á tus piés cual inmundos reptiles por servirte y adorarte como á su Dios? ¿No eres dueña de este palacio, de la Alhambra, de Gra-

nada entera? ¿No reinas en mi corazón, pues eres la sangre que en él circula? He repudiado á la reina Ayxa por colocarte en su puesto. Me indicaste la muerte de sus hijos y los mandé degollar. ¿Qué has querido, dime, qué cosa has deseado en que no haya sido ley tu capricho? Sí, ley, porque te adoro con el fuego que aun se oculta bajo este aspecto gastado y frío, porque eres el encanto de mi vida, mi ser, mi ventura, mi Dios; porque te amo con tan ciego frenesí, con tan ardiente entusiasmo, que por satisfacer el menor de tus deseos sería capaz.....

—¿De matar á tu hijo Boabdil....? interrumpe con dulce sonrisa la mora.

Detiénese el viejo Hacen y mira con estupor á Zoraya. Permanece largo tiempo sin contestar, reflexiona.

—¡Ah! culpame ahora de ingrata, exclama medio llorosa la jóven. Bien conocia tu alma; Hacen, es mentira ese amor, no lo creo, soy muy desgraciada, muy desgraciada.

Despréndese con aflicción del cuello del rey y vuelve á recostarse en su lecho.

—¿Quiéres otra víctima, mujer? grita Hacen con desesperación.

—¡Y eres tú el que me acusaba de falsa! repone de repente Zoraya enjugándose las lágrimas con un blanco lienzo. ¡Pobre de mí! creia en las promesas de tu cariño y halagada por su recuerdo, dormia tranquila y feliz; porque ese recuerdo era la esperanza de mis hi-

jos..... y todo se ha disipado como la niebla en el valle. ¡Pobres niños....! ¿qué será de vosotros mientras exista Boabdil? Escúchame, viejo insano; cuando mueras ¿no se alzaré con el reino el hijo de tu primera mujer, ejerciendo la tiranía de que da muestras en sus primeros años? ¡Infelices hijos míos! sí..... ¡desgraciados....! ¡porque entonces la cuchilla del verdugo segará sus cuellos como la podadera los hijuelos del sarmiento! Y todo..... ¿por qué? responde.... Porque un padre débil é insensato no ha mirado á sus últimos hijos con el interés que reclama su desventura. Qué, ¿te admiran mis palabras? ¡Pretendes acaso volverme á imputar la muerte de los menores! ¡Estraña razon por cierto! ¿De qué sirve arrancar el cespel de entre los trigos si se dejan crecer las robustas ortigas?

—¡Zoraya....! ¡Zoraya....! esclama con desgarrador acento el viejo, no destroces mi corazon de esa manera: tus palabras son agudos dardos que me llenan de ponzoña..... ¿Quieres esa última prueba de lo intenso de mi amor? Habla..... habla por compasion..... mira que tu silencio me asesina.....

Una dulce y penetrante mirada que embargó de placer el alma del anciano, es la respuesta de su querida.

—¡Ah! mírame siempre así, ángel mio, siempre, y dice el moro estas palabras inclinándose hácia Zoraya.

—¿Hablaste con verdad? esclama ésta volviendo poco á poco á enlazar con sus brazos el cuello de Hacen. ¿Me darás esa última prueba de tu amor que lloraba perdido?

—Sí, sí, te adoro tanto, que....

—¿Ordenarás la muerte de Boabdil?

—Sí, ¿habias de pensar cosa alguna que no te se cumpliera?

—Y.... ¿cuándo?

—¿Deseas que sea ahora mismo?

—Has dicho bien, querido mio, y acompaña Zoraya estas palabras con un beso en la mejilla del rey.

Embriagado de amor y casi demente en aquel momento, Muley Hacen, el mismo que mandó dar la muerte á sus hijos menores por satisfacer las exigencias de su querida, no titubea en sacrificar su primogénito á los deseos de ésta.

Despréndese de los brazos de Zoraya, y marcha hácia un extremo de la estancia. Un golpe metálico llena los aires, y un negro se presenta.

—Atar-lik, pronuncia el rey, acércate.

Obedece el negro y se prosterna ante su señor.

Inclínase el rey al oído del esclavo y le habla en voz baja por algunos instantes.

—Vé, le dice despues, y que esta noche se ejecute mi mandato.

Desaparece en seguida el negro.

—Ya estás obedecida, luz de mi alma, con-

tinúa Hacen acercándose á Zoraya.

—Aun no, contesta con espresiva sonrisa.

—¿Dudas....?

—¡Oh! no, gracias, Hacen..... gracias..... y otro beso acompaña estas espresiones que rejuvenecen al torpe rey. Alma de mi alma, continúa, me devuelves la salud, la vida..... estoy mejor, y quisiera oir de nuevo los acentos que resonaban no hace mucho en esta estancia. Esa melodía que aumentaba antes mi tristeza, escitará ahora mi alegría. ¿Se fueron las egipcias?

Á una señal del rey torna á poblarse el recinto de odaliscas y vuelven á resonar las voces de cien instrumentos; comienza de nuevo la zambra, y un resplandor brillante y misterioso anuncia la llegada de la noche para el mundo. Por festejar á Zoraya, reemplaza el rey de Granada la luz del sol con otra claridad no menos deslumbrante. La Sala de las Ninfas es un palacio de magos, una region de encantos. No hay noche para Zoraya.



¿Por qué reina tanto silencio en las demas habitaciones del palacio real? ¿Es solo la Sala de las Ninfas el único centro de los bailes y de los placeres? ¿Por qué alli se respiran las auras de la primavera, mientras que en lo demas aterra el aspecto sombrío del invierno? ¿No alcanzan hasta aquellos sitios los ecos de la lira de los nigromantes? Los repele el viento de desolacion que circula en aquel paraje. ¿Por qué tantaagonia? ¿Es acaso la última mansion de los creyentes del Profeta? No.....

Es que la estrella de la mañana, Zoraya la hechicera, no alumbra aquellos sitios con los destellos de sus ojos, y arrastra en pos de sí los encantos del placer. Zoraya ha sembrado allí la tristeza, porque es una flor engañosa, que aparece pura y sencilla y oculta dentro de su caliz desgarradoras espinas que causan la muerte, y Zoraya ha derramado sus espinas en aquellos sitios y ha levantado tumbas. Porque es como un lago terso y cristalino que se presenta á los ojos del viajero, semejante á un recinto iluminado por la luna, y al poner en él su pié se precipita en las profundidades que encierra. Su apariencia es la salud, por eso la siguen las delicias; su interior, un veneno, por eso siembra la muerte.....

Es una estancia cuadrilonga. Un rico tapiz de Persia cubre el suelo. Respirase un aromático perfume que exhala un rico pebetero colocado en el centro. Es de noche. Una lamparilla de plata alumbra tibiamente el aposento, y derrama de lleno su luz sobre el rostro macilento de una mora en el otoño de su vida. Es Ayxa la mujer del rey Muley Hacen, la madre de Boabdil.

Está sentada cerca del pebetero, apoyados los codos en sus rodillas, y en sus manos la cabeza.

Asomado á un ancho ajimez está Boabdil fijos sus ojos en el estrellado firmamento, y vuelve algunas veces su jóven rostro para contem-

plar á su madre, que no lo vé absorta en sus meditaciones.

Una de estas veces deja Boabdil la ventana, acércase lentamente á la reina, le pasa su brazo al rededor de la cintura, y le dice con cariñosa voz:

—¿Qué tienes, madre mia?

Estremécese Ayxa al oir tan cerca el acento de su hijo: no lo ha visto llegar. Repónese un poco de su sorpresa, y mirándole tiernamente:

—Nada, contesta, hijo mio, las penas de siempre.

—¿Me parece que te hallo esta noche mas triste?

—Sí, tienes razon, Boabdil; voy á confesártelo todo, á tí, el único hijo que me ha quedado. ¡Oh! ¡padre cruel....!

Los sollozos y las lágrimas le impiden continuar.

Boabdil la estrecha contra su pecho.

—Madre mia, le dice, mitiga por Alá esa afliccion, te lo pide tu hijo á quien haces padecer bárbaramente.

—¡Oh! hijo del infortunio, ¡cuánto te adoro! esclama con delirio Ayxa; tú eres la fuente que el sediento viajero encuentra en las arenas del Sahara. Eres el cielo de mi alma..... escucha. Un negro presentimiento abrumba mi corazon; algo va á sucedernos; me lo dice la angustia que siento esta noche; quisiera llo-

rar, mucho, mucho, tal vez de ese modo hallaría el alivio que deseo.

—Desecha, madre mia, esas melancólicas ideas; ahuyéntalas de tu imaginacion, como repele el viento de otoño las hojas secas del álamo. ¿No me ves á mí cuál nuestro faz serena y recibo con calma los golpes del destino?

—¡Ah! Boabdil! no compares el delicado vástago que abriga cuidadosamente la mano del jardinero, con la añosa encina encorvada por el rigor de los huracanes. He sufrido mucho; y la corza que ha sido constantemente perseguida por los tiros del cazador, fácilmente percibe sus pasos. Acuérdate de lo que te digo, alguna desgracia va á sucedernos.

—¿Pero por qué, madre mia?

—Escucha: una tarde, no hace muchos meses, me hallaba en este mismo sitio. Ya me había tu padre repudiado por esa renegada Zoraya, causa de nuestros males, y lloraba en silencio mi suerte. Esa tarde estaba asomada á ese ajimez en que tú lo has estado ahora. El cielo aparecía puro y diáfano. El céfiro que besaba mis ardientes mejillas, era fresco y oloroso. La naturaleza entera respiraba vida, placer.... y yo sufría mas que nunca. Estaba como poseida de un vértigo. Todo lo miraba á través de un prisma tenebroso y sangriento. ¿Por qué mi corazón latía con tanta violencia como si fuera á salirse del pecho? ¿Por qué mi cuerpo se doblaba sin poder sostenerme? Si igual era mi

desgracia á la del dia anterior, ¿por qué entonces tanto padecer....? Un grito horrible llega de pronto á mis oídos, retrocedo del ajímez..... escucho..... repítense los lamentos..... vuelo hacia el pasadizo donde sonaban..... y veo á tus hermanos menores en los brazos de un verdugo..... Precipito mis pasos para alcanzarlos pidiendo socorro, pero las guardias me lo impiden y caigo al suelo sin conocimiento. Cuando volví en mí supe que habian sido degollados por orden de tu padre. ¿Comprendes ahora la causa de mi dolor?

Vuelve Ayxa á prorumpir en amargos sollozos. Grande impresion han hecho en el ánimo del jóven las palabras de su madre. Permanece un rato silencioso con la vista fija en el tapiz. Hace luego un esfuerzo, y dice con una calma ficticia:

—Tambien á veces engañan los presentimientos. Si entonces te fueron fieles, pueden en la actualidad fallar, y todo eso que piensas va á suceder.....

—No prosigas, le interrumpe Ayxa con penetrante mirada; no me nombres lo que ibas á decir, que hartó lo siente mi corazón sin que se toque á su herida emponzoñada.

Boabdil calla, no se atreve á decir mas y queda triste y cabizbajo. Ayxa llora.

Una sombra penetra en la estancia sin pisar apenas el tapiz. Leve en su ida como el vuelo de la mariposa, aproxímase á la reina y

pone su mano sobre el hombro opuesto al en que se apoya su hijo. Vuélvese Ayxa como sacudida por electricidad y exhala un grito de miedo.

Un horrible rostro negro y mutilado han visto sus ojos, el mismo que habia llevado en los brazos sus hijos menores al degüello.

Pónese Boabdil de pié al grito de su madre, y brilla en sus manos un puntiagudo puñal.

El negro se postra de hinojos y cruza sus manos sobre el pecho en señal de paz.

Repuesta la mora de su terror,

—Habla, esclavo, le dice con desprecio: ¿por qué me insultas con tu presencia? ¿Es acaso por mandato de tu bárbaro amo?

—Perdona, responde el negro en su tosco lenguaje, perdona á un miserable esclavo, que si antes cometió una falta, viene á lavarla ahora á costa de su sangre. Atar-lik no quiere mas crímenes, su alma está manchada y desea arrepentido tu perdon.

—¿Y es á eso á lo que has venido? pregunta con indignacion la mora: por solo libertarme de tu vista..... te perdono..... vete.

—¡Oh! Atar-lik te da gracias, sí, te está muy reconocido, pero no se irá sin hacerte ver que no ha venido solamente á pedir perdon: ha venido á salvar á tu hijo.

—¡Mi hijo! Negro, ¿qué mal le amenaza?

Y la reina ase con furor las manos del esclavo sacudiéndolas violentamente.

—Escucha. El amo está con Zoraya, responde Atar-lik; no hace mucho que oyó el esclavo el sonido que lo llamaba, y acudió. Entonces lo atrae á sí, y le dice en voz baja: «Atar-lik, dentro de una hora has de presentarme en este sitio la cabeza de Boabdil.»

Un grito terrible que exhala la reina interrumpe al esclavo. Suelta las manos de éste, corre hácia su hijo, y lo estrecha entre sus brazos diciéndole:

—¿Acusarás ahora á mi corazon? Bien te lo decia, una desgracia nos amenaza..... Pero no quiero que mueras..... es imposible..... ¡Oh! no seguirás la suerte de tus hermanos..... Has de ser rey..... para derribar á ese tirano..... Sí, tambien una voz desde el interior de mi alma me dice que has de serlo..... Yo te salvaré..... Atar-lik..... salva á mi hijo..... ¿dónde estás?

Atar-lik, temiendo que las voces de la reina descubrieran su traicion, ha desaparecido.

—Ven, hijo mio, salgamos, dice Ayxa enlazando su brazo en el de Boabdil, que cede al impulso maternal; ven, salgamos de este horrible palacio..... Pero Alá.....! ¿qué es esto?

La puerta de la estancia está cerrada y no cede á los esfuerzos de la reina.

Muley Hacén ha tenido aviso de la conducta del esclavo, y ha estado oyendo á Atar-lik. Llama á sus guardias, y á la salida de aquel, es preso por el rey: manda despues encerrar á la reina y á su hijo, y corre á dar sus ór-

denes para el logro de los fines de Zoraya.

—¡Somos perdidos, madre mia! esclama Boab-dil al reconocerse encerrado.

—¡Perdidos! ¡Oh! no.... Alá me ha iluminado..... Boabdil, ¡serás rey! Y se precipita al centro de la estancia.





LA noche es serena. No hay luna, pero las refulgentes estrellas del cielo difunden una mística claridad: Granada está entregada al reposo; aun faltan tres horas para que el muezin dé la oracion de *azohibi*.¹

Un poético silencio reina en las alamedas de la Alhambra; los pájaros duermen en los bosques, los insectos han desaparecido en sus cóncavos agujeros. Nada se oye..... Solo unas lentas pisadas suelen turbar la tranquilidad de la morisca fortaleza. Son los centinelas del pa-

¹ El alba.

lacio árabe que velan por la seguridad de Muley Hacén. Todos los ajimeces del alcázar están cerrados; solo uno parece abierto por la claridad que se muestra en su interior. Luce el ajimez como estrella perdida en noche tempestuosa.

Una sombra se dibuja en él. Es un hombre. Es Boabdil. Ásese de la columnita que lo divide, y echa el cuerpo hácia fuera. Otra sombra aparece en seguida: es su madre.

Asegúrase Boabdil de la pared, y va poco á poco descendiendo por el muro, clavando sus uñas en los puntos salientes que encuentra.

Un grueso cordon rodea su cintura, subiendo su cabo hasta las apretadas manos de Ayxa que sostiene con todas sus fuerzas á su hijo.

La pobre madre ha hecho trizas sus almai-zares y tocas, para formar aquella cuerda de que pende la salvacion de su hijo.

Boabdil desciende lentamente. Ayxa apenas respira. Tiene el resto del cordon atado á su cuerpo que va desliando pausadamente segun el tiro que hace Boabdil.

Las fuerzas de la reina se agotan. Es tanto el peso de su hijo, que teme no poderlo sostener.

Un esfuerzo mas, ó cae precipitada del ajimez.

Empero suena una palmada. Boabdil es libre. Sus piés han tocado la tierra.

—¡Gracias, madre mia! dice con cariñoso

acento. Alá te colme de bendiciones; ruégale por mi pronta vuelta.

—Su mirada te acompañe, responde la reina.

Dirige Boabdil por última vez sus ojos hacia su madre, y parte con ligero paso.

Vaga errante por detras del palacio, y toma la direccion de la *Torre de los Picos*.

Las centinelas del alcázar no han sentido su evasion. Nadie lo ha visto; y al hallarse fuera de los muros respira con libertad.

Deja á un lado el camino cubierto que conduce á las torres que circundan su Alhambra; y llegado al pié de la muralla donde hoy está la puerta nombrada de *Hierro*, baja precipitadamente por la escabrosa é intransitable cuesta que ha de ser su via de salvacion¹.

Las malezas y pedrisqueros no detienen su marcha; pronto llega á sus oidos un ligero murmullo. Es el Dauro; su corriente es pequeña y tranquila. Apenas hay espuma.

Pone un pié en el rio y pronto se halla al lado opuesto. Al cuarto de hora llamaba al palacio de *Darla-Horra*².

¹ Desde entonces tomó esta cuesta el nombre de *Cuesta del Rey Chico*, llamado asi Boabdil porque despues reinó al mismo tiempo que su padre.

² En el mismo sitio en que se hallaba este palacio fundado por la madre de Boabdil, de quien tomó el nombre de *Horra*, como apellidaban á la reina, que quiere decir *Honesta*, construyó D. Fernando de Zafra, caballero de la corte de los reyes Católicos, el convento de religiosas de Sta. Isabel que hoy existe en el Albaicin.

—No tarda en aparecer un árabe.

—¡Acchar! dice Boabdil.

—¡Señor! contesta aquel inclinándose.

—Vengo á refugiarme en esta casa: he huido del palacio de Muley Hacen, para sustraerme de la muerte que me amenazaba, y estoy resuelto á ponerme á la cabeza de las tribus descontentas. Declaro desde este momento guerra á mi perseguidor. Declaro guerra á mi padre.

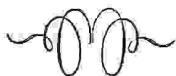
—¿El cachorro quiere alzar su noble frente contra el león que lo tiraniza? pregunta sentenciosamente Acchar.

—Sí, responde Boabdil.

—¡Señor! repone el moro. Mañana sabrán las tribus de los nobles abencerrajes vuestra resolución, y contareis desde luego con su aguerrido y numeroso ejército: dentro de pocos dias será Boabdil rey de Granada.

—Así lo espero, contesta el fugitivo.

Y ambos entran en el palacio.





¿Qué voces se escuchan en el alcázar de los reyes? Los moravides de la guardia están mudos de espanto..... Los esclavos quedan inmóviles en las salas y jardines. El terror se pinta en todas las facciones. ¿Á quién temen de ese modo? ¿Acaso el ángel exterminador ha vibrado sobre ellos su sanguinaria espada? ¿Han visto el rojo resplandor de su hoja?

Muley Hacen ha presentido la huida de Boabdil, y por él pregunta á Ayxa. Teme desagradar á Zoraya, y el furor que lo domina hace temblar á los moradores de su palacio.

Zoraya acude á las voces de Hacen y se encuentra en la estancia de la reina. Su corazon adivina lo que pasa, y palidece de rabia á este presentimiento, que quiere sofocar apretándose el pecho con violencia.

La reina permanece en el ajimez ocultando entre su ropaje la cuerda que ha salvado á Boabdil. Sus ojos brillan de alegria como el lucero de la alborada.

—¡Mi hijo! ¡dónde está mi hijo! dice con estentórea voz Hacen.

—Lo ignoro, contesta tranquilamente Ayxa.

—Mientes, repone el rey. Contigo estaba hace un momento. ¿Qué has hecho de él? ¡Infeliz de tí, si no me lo presentas!

Y sacando un puñal amenaza el pecho de Ayxa. Sube ésta los hombros con marcado desden.

—Búscalo, es su contestacion.

Dirige Hacen una escudriñadora mirada por la estancia, su vista tropieza con unos fulminantes ojos.

Entonces vé á Zoraya, vé su mano estendida con direccion al ajimez.

La favorita ha penetrado el misterio. Su sospecha la comunica al rey por medio de la accion.

—¡Ah! ya comprendo, dice éste, y se precipita como un leon al ajimez.

Ayxa es impelida brutalmente hácia un lado. El rey descubre el cordon.

—¡Miserable! me has vendido; sospecho

tus planes..... Boabdil se pondrá á la cabeza de esos descontentadizos y pérfidos musulmanes... Va á hacerme la guerra..... Granada será presa de la civil discordia..... destruida..... y tú eres la causa.... ¡maldita mujer....! ¡Oh! ¡muere, hidra venenosa..... y ojalá con tu sangre conjures el inmenso mal que veo caer sobre mí!

Levanta Hacen su armado brazo contra la reina. ¡Pobre Ayxa! su amor maternal le atrae la muerte.

Hiere el puñal el espacio con direccion á su pecho, pero ¿por qué se ha detenido?

Una fuerte mano ha sujetado por detras el brazo del rey.

Vuélvese Hacen furioso y vé á Atar-lik.

El esclavo ha logrado escaparse de entre los guardias. El corazon le anunciaba algun mal para los que queria favorecer, en espiacion de su delito, y llega á tiempo.

Ayxa vive, pero él la ha salvado.

—¡Esclavo! dice Hacen rechinando de rabia los dientes, ¿osas tocar á tu amo?

—Atar-lik hace lo que su inclinacion le manda.

El rey tiembla, la sed de sangre lo ahoga. Recuerda que el esclavo es la causa de su daño, que ha salvado á la reina..... que lo ha vendido, y se precipita hácia él apretándole el cuello con sus manos.

Córtase la respiracion de Atar-lik. Unos sonidos secos y estertorosos, semejantes al hipo

de un moribundo, salen de su garganta, y Hacen continúa prensándola horriblemente.

Los huesos crugen; la boca de Atar-lik se abre, y Hacen aprieta cada vez mas. Las pupilas del negro se enrojecen, se erizan sus cabellos, se crispan sus dedos, y el rey lo oprime sin cesar.

Los ojos del esclavo brotan sangre, sus piernas se doblan. Hacen lo suelta. El cuerpo del negro cae al suelo con estruendo.

Era un cadáver, estaba estrangulado.

Durante su asesinato, Ayxa ha querido correr á su socorro, pero es detenida por la linda mano de Zoraya.

Conociendo que le era imposible libertarlo, quiere aprovechar aquellos momentos para salvarse, y sale de la sala.

Pocos momentos despues seguia el camino que su hijo tomara horas antes.

Muley Hacen se hartó de sangre.

Al ver al esclavo muerto, es acometido de un espantoso delirio, y corre como un demente por la estancia preguntando por Ayxa.

Zoraya, que se recreaba en la agonía del esclavo, no ha visto la huida de la reina, y pregunta tambien á algunos guardias que estaban á la puerta.

—Ha salido, contestan éstos.

Oprímese Hacen las sienes, y esclama con dolor:

—¡Soy perdido....! ¡Zoraya! Boabdil reinará.

Nada contesta la favorita. Lúgubres pensamientos la dominan, sus recelos van á ser realidades, sus hijos no tendrán corona.

—Pero no, grita de improviso el rey, aun es tiempo. ¡Guardias! á caballo, recorred toda la Alhambra, toda Granada si es preciso, y traedme á mi hijo Boabdil..... muerto ó vivo, ¿entendeis? Cumplid mis órdenes al punto.

Los soldados salen apresuradamente.

—Zoraya, no te desanimes, repone el libertino rey con dulzura, nos queda todavia esperanza.

La esclava no contesta, el golpe ha herido mortalmente su corazon y el dolor la ahoga.

.....
Cuando los soldados salieron del palacio á cumplir las órdenes de Hacen, Ayxa abrazaba á su hijo en el palacio de *Darla-Horra*.



CONCLUSION.

Pocos dias despues es destronado Muley Hacén por su hijo Boabdil, que favorecido por los descontentos ciñe á sus sienes la corona de Granada.

El viejo rey se retira á la *Alcazaba Cadima* donde se mantiene fuerte con los suyos.

Cuando Boabdil y su madre Ayxa vuelven al palacio real, buscan con ansia á su mortal enemiga, pero son inútiles sus afanes.

La completa pérdida de sus esperanzas es un mortifero dardo que atraviesa el corazon de Zoraya.

Al considerar que sus hijos serian esclavos del sucesor de Hacén, es tanta la melancolia que se apodera de su alma, que cae en un mortal abatimiento. Las fiestas le repugnan. Nada la distrae, hasta su amante le cansa.

El dia antes de la victoria de Boabdil, una triste comitiva acompaña un cadaver á la *Rauda*.¹ Es Zoraya.

¹ Panteon de los reyes moros.

La Puerta de las Orejas.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
FONDO ANGEL FERRARI





EN una estancia de mezquina apariencia, en la que dos sillas de madera blancas y una cama de tablas, componian todo el adorno; estaba sentado un hombre como hasta de cuarenta y cinco años, con una pierna tendida sobre la otra silla, vendada con un lienzo, por cuya superficie aparecian algunas manchas de sangre. Una jóven, linda como una flor y fresca como su tallo, apoyada contra la cama, hacia media á la luz de un velon, que atado en el lazo de una cuerda que pendia del techo, difundia una claridad tenue sobre el aposento.

Serian las doce de la noche. El hombre se mostraba al parecer bastante impaciente, escuchando con avidez el mas leve rumor que oia; y cuando el ruido era ocasionado por los pasos de alguna persona que atravesaba la calle tan á deshora, brillaban sus ojos de alegría preguntando con entrecortada voz:

—¿Será él?

La jóven, paraba su trabajo alargando la cabeza, la movia con amargura al sentir que los pasos se alejaban, y volvía á su tarea.

El reloj de la Chancilleria marcó las doce y media. Á poco se oyó el violento caminar de una persona que marchaba casi corriendo, y dieron con la mano dos golpes en la puerta.

—¡Él es! exclamaron á un tiempo el hombre y la jóven.

Dejó ésta su labor, y salió de la habitacion, volviendo á entrar á poco acompañada de un muchacho de diez y seis á diez y siete años, pobremente vestido, quien dirigiéndose al de la pierna tendida, dijo con balbuciente voz por la agitacion de la marcha:

—Buenas noches, tio Marcelo, ¿qué ocurre para llamarme..... pero, ¿qué veo? ¿estais herido?

—Sí, Luis, trabajando esta noche despues que vinimos de la plaza, se me fué la azuela de la mano y me di en esta pierna..... pero no se trata de eso; hace poco que he recibido una terminante órden del arquitecto, por la que

se me manda que en esta misma noche construya otro tablado para la música, junto á la puerta de Bib-Rambla ¹, á fin de que mañana aparezca puesto, y no se detengan las fiestas que van á ejecutarse.

—Y cómo podreis....

—A eso voy. No aceptar, sería degradarme, pues no habiendo intervenido en los trabajos de la plaza mas carpintero que yo, sería un golpe fatal para mí, se ejercitasen otras manos que las mías, ó las de personas de mi confianza en ese final de obra.

—¿Y á quién pensais encargarlo?

—Á tí.

—¡Á mí! vaya, ¡sin duda os chanceais! ¿CÓ-

¹ En la plaza de este nombre, célebre por las fiestas de torneos y zambras que en ella hicieron los árabes, hay un arco al fin del ángulo que mira á Levante, que aun conserva la traza de obra morisca á pesar de las restauraciones que ha sufrido. Este arco, que en lo antiguo se llamaba Puerta de Bib-Rambla tomando el nombre de la plaza, vino despues á ser nombrado de *los Cuchillos*, porque en ella fijaba el gobierno municipal los puñales que aprehendia á los malhechores, y por último como en el día se llama á consecuencia de los infaustos hechos que tuvieron lugar en ella y que narramos en esta tradicion. Encima de esta puerta, se fundó despues de la conquista una capilla á Nuestra Señora de la Rosa que aun existe, y para su culto estaba destinada la renta de una capellania. No se debe confundir este arco con el de las *Cucharas*, de obra moderna, que se halla en el mismo ángulo debajo de la casa nombrada *los Miradores*, desde cuyos balcones asiste el ayuntamiento á las funciones públicas que las mas de las veces tienen lugar en dicha plaza.

mo quereis con ocho meses escasos que llevo de estar á vuestro lado, que dirija nada menos que un solar portatil, donde han de sostenerse qué sé yo cuántas personas?

Un hondo suspiro fué la contestacion de Marcelo. El reloj de la Chancilleria dió la una.

—Luis, ya he empeñado mi palabra; mi palabra que no ha faltado durante mi vida ni una sola vez.....No serías capaz..... ¡un esfuerzo....! ¿Tanto es necesario saber para levantar un tablado?

—Bien, probaré.....

—Anda, Luis, anda; si á las seis estás de vuelta y me noticias la conclusion de la obra, tuya será la mano de mi hija que tanto anhelas, tuyo mi establecimiento.

—¡Ah! ¿qué decis, tio Marcelo? Me escitais de tal manera con esas esperanzas, que me voy sintiendo con impulsos para levantar no digo un tablado, un palacio con su torre y su mirador. Vamos..... ¿pero y los palos?

—En el sitio hallarás todos los materiales.

—¿Ha de ser muy grande?

—Me han dicho que como para unas veinte personas.

—Corriente, hasta la vista, tio Marcelo; cuento con vuestra promesa, pues ella es la que me anima. Antonia, pide á Dios salga con bien de mi empresa.

—No olvides que á las seis has de estar de vuelta. —Hasta las seis.

—HE ganado la mano de vuestra hija, tío Marcelo; dijo Luis entrando á las cinco de la mañana en la casa de donde partiera á la una. Marcelo se hallaba en el mismo sitio: Antonia seguía su tarea. Ninguno de los dos había dormido.

—Ven, dame un abrazo, exclamó Marcelo, tendiendo los brazos hácia el aprendiz. Has sostenido mi palabra, tuya es Antonia, tuyo mi establecimiento.

—Gracias, maestro, me haceis el hombre mas dichoso.... Y vaya, ¿cómo os sentis?

—Mucho mejor, acudí con tiempo, y quizás mañana mismo podré usar de mis remos.

Pero dime, ¿ha quedado eso firme? ¿cómo te has compuesto?

—Cabalmente de eso venia tambien á hablaros.

—¡Qué! ¿habrás hecho alguna obra imperfecta? ¿No has tenido materiales?

—Escasillos han estado..... pero en fin, todas las tablas que me trajeron se han colocado, sin que quede una astilla. Clavados se hallan todos los clavos que me presentaron. El tablado ha sido puesto; no he podido hacer mas.

—Luis, esplicate, tus palabras me llenan de confusion; dices eso con un tono.... ¿Podria temerse alguna catástrofe?

—Tio Marcelo, voy á hablaros con franqueza lo que siento. Aunque novicio en el arte, hago bajo vuestra direccion mi aprendizaje, y de algo me ha de servir trabajar al lado de un maestro como vos. El tablado no ha quedado á mi satisfaccion. Hubiera querido mas clavos, mas maderaje, pedí y se me contestó que no habia tiempo para entretenerse en muchos requilorios; que no iba á sostener el templo de Salomon, ni la catedral, y que para cuatro músicos que tocasen la sinfonia, bastaba y sobraba con aquello. Callé, concluí mi obra y aqui me teneis.

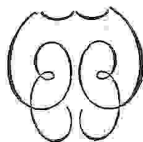
—Bien, hijo, bien, no será tuya la culpa si por algun acaso.....

—Os diré: si no pasan de veinte las personas que hayan de subir, respondo de su firmeza; si cargan mas..... En fin, el tablado ha sido hecho; vuestra palabra no ha sufrido menoscabo y yo he alcanzado la mano de mi querida Antonia, ¿no es eso todo? Pues bien; ¡viva el tablado! ¡viva Don Felipe IV, pues á su proclamacion debo la felicidad que disfruto!

—Gracias, Luis, gracias, eres un hombre.

—Una cosa tengo que pedir. Hoy es dia de diversiones en Granada, Antonia querrá disfrutar de ellas, vuestro estado no os permite salir; toda vez que os sentis mejor, quisiera me concediéseis la gracia de acompañar á mi futura. ¿Qué respondeis....?

—Sí, hijos míos, id y que el cielo vaya con vosotros.





ERA la noche del 17 de mayo de 1621, víspera del día de la proclamación en Granada del rey Don Felipe IV. La plaza de Bib-Rambla, centro de las fiestas que se hicieran durante el día, relumbraba cual viva ascua, por el sin número de luces que aparecían en ella. El Zacatín y demás calles que desembocan en la plaza, vomitaban millares de personas, las que no pudiendo entrar con desembarazo por las que se les oponían queriendo salir, se formaban complicados nudos que daban lugar á blas-

femantes dicterios y á provocativos insultos, mezclados de doloridos ayes, por los que sufrían robustos pisotones ó desmesurados codazos. *Los Miradores* se hallaban magníficamente iluminados, como todas las ventanas de la plaza que ostentaban en ellas sus interesantes trajes y sus mas interesantes rostros las garri-das y apuestas doncellas del poético Genil.

El sordo murmullo de la multitud circulaba por toda la plaza como lejano zumbido, dejando apenas percibir los armoniosos sonos de cuatro músicas, que colocadas sobre tablados en los ángulos de la plaza, marcaban la danza que algunas parejas de egipcios ejecutaban en el centro.

Un mozuelo y una jóven de modesto traje y asidos del brazo, pugnaban entre el gentio por ganar la puerta de Bib-Rambla, cansados sin duda de la bulla y confusion. Eran Luis el constructor del tablado, cerca del cual pasaba, y Antonia la hija del tio Marcelo, su futura.

—Vámonos, Antonia, decia el aprendiz, vámonos, no puedo mirar al tablado sin que se me ericen los cabellos..... Mira, mira, dijeron que solo para unas veinte personas... y... ves..?

—¡Ave María! bien habrá cuarenta.

Y era cierto, mas de cuarenta hombres, entre músicos y espectadores, ocupaban el tablado. No pudo éste resistir por mucho tiempo peso tan crecido, y apenas acababa Antonia de mirarlo santiguándose, cuando crugió el ar-

mazon, y vino á tierra con toda la gente que sostenia. Una exclamacion de angustia resonó entre la muchedumbre arremolinada en torno del lugar de la catástrofe. Á este grito de horror siguióse un desórden terrible. Todos se precipitaban sin saber la causa, y solo porque vieron correr, hácia la puerta cercana que era la de Bib-Rambla, buscando el peligro que no tenían donde se hallaban. No pudiendo la puerta dar salida de una vez á la multitud agolpada y oprimida ésta por los esfuerzos de los de atrás, se chocaban entre sí con espantosa furia, produciendo un impulso retroactivo semejante al reflujo de furiosa ola estrellada contra las rocas. En aquel espantoso desórden, vieron los rateros un medio de ejercer su oficio; y tanto se engolfaron en la rapiña, que despreciaban los simples pañuelos, escogiendo entre los collares y arracadas. El hilo de aquellos cedía á sus esfuerzos, pero no los pendientes; y llenos de ira al ver escapárseles de entre las manos parte de su presa, tomaron la sangrienta resolucion de cortar las orejas que sostenian brillantes arracadas, como lo hicieron con algunas infelices. ¹ Desde aquella fatal noche la puerta de Bib-Rambla tomó el nombre de *Puerta de las Orejas*.

¹ Lafuente Alcántara, *El libro del viajero*. Gimenez-Serrano, *Manual del viajero*.

IV

—YA estamos de vuelta, maestro, dijo Luís entrando con Antonia en la habitacion de aquel.

—Y á Dios gracias, continuó la jóven; creí no volver á veros, padre.

—Yo tambien me ví ya destrozado por la gente.

—¿Pues qué ha pasado?

—Maestro, lo que me temí.

—¡Qué....! el tablado.....

—Ha venido á tierra con todos los músicos.

—¡Desgraciado! Si nos exigen la responsabilidad, ¿qué vá á ser de nosotros?

—¿Olvidais que exigí mas materiales, y que no se me dieron?

—Sí, pero y si á pesar de todo.....

—Descuidad, tio Marcelo, que no vendrán.
¿Para cuántas personas os pidieron el tablado?

—Para veinte, segun te dije.

—En ese caso hemos hecho un tablado para veinte y no para cuarenta, como estaban encima y es notorio. Con que fuera temores, y vamos á cenar, que quiero acompañaros para celebrar este lance que me pone en posesion de la que amo. ¡Viva mil veces Don Felipe IV!

El suceso del tablado trágico para algunas personas, no tuvo mas resultados para nuestros conocidos, que el pago de su trabajo y el enlace de Antonia y Luis que se verificó pocos dias despues.



El Padre Piquiñote.



Primera justicia en Granada.



ALGUNOS años despues de la conquista de Granada verificada por los reyes Católicos el 2 de enero de 1492, impusieron á los moriscos mil obligaciones, tales como no permitir la veneracion de sus cultos libremente, ni menos el que sus mujeres fuesen con la faz cubierta. Unos se sometian con resignacion á estas leyes, y disgustados otros se marchaban á las Alpujarras, montuosos pueblos situados no lejos de Granada, donde podian á sus anchas ejercer sus costumbres.

Fueron tantos los descontentos que huyeron hácia las montañas, que unidos á los na-

turales de aquellos sitios, formaron una numerosa falanje, y concibieron el loco y temerario empeño de volver á recobrar su rica y adorada ciudad. Con este fin, promovian á cada paso pequeños alborotos y revueltas, prontamente apagados por las fuerzas castellanas.

Hácia este tiempo, dos moros que habian renegado de sus creencias, por seguir la religion católica, subian una tarde la escabrosa cuesta que conduce al *Monte Illipulitano*, llevando puestos sus trajes moriscos, pues la escasez de recursos no les habia permitido comprar ropas españolas, siendo ademas muy reciente su conversion.

No eran de Granada, procedian de Córdoba, cuya ciudad abandonaron para buscar trabajo en parte donde no los conocieran, y el acaso los condujo aqui, donde se ejercitaban en el oficio de carpinteros.

No habian sido aun descubiertas las reliquias que dieron á este monte el nombre de *Sacro*, y solo existia la pelada cúspide en que se hallaban las Cuevas. Pero ignorando éstos el santo recuerdo de los martirios alli sufridos, pararon muy poca la atencion en este recinto y se dispusieron á bajar; pues habiéndose entretenido demasiado en contemplar el sombrío panorama que se ofrecia á sus ojos, avanzaba la noche á pasos ajigantados.

Desgraciadamente equivocaron el camino, y cuando se apercibieron de ello era ya de

noche. Dando vueltas y mas vueltas, y ya subiendo y bajando cuestecillas, con la esperanza de llegar á sitio conocido, al doblar la esquina de una roca, vieron á lo lejos los trémulos rayos de una luz. Apresuraron su marcha creyendo encontrar alguna persona que les indicase el camino de la ciudad y quedaron al llegar estáticos de asombro y de miedo, al ver la escena que ante su vista se presentaba.

En un oscuro recinto, rodeado de áridas rocas, se hallaba la entrada de una profunda y tenebrosa cueva. Una lámpara de hierro pendia del medio del arco. Á la boca de ella y sentado en una piedra blanca, se miraba un anciano, vestido con hábitos pardos, ceñidos á la cintura por un grueso cordon de cáñamo, y oculta la cabeza en una enorme capucha. De su rostro lívido y descarnado y en el que unos ojos negros brillaban como encendidos carbones, pendia una barba que le pasaba del pecho.

Grande silencio reinaba en aquel sitio, turbado de vez en cuando por el continuo y monótono sonido de una gota de agua que saliendo de un manantial á corta distancia de la cueva, caia de lleno en la poza que habia formado debajo. Aquel ruido aumentaba el terror de semejante espectáculo.

Por un simultáneo movimiento, retrocedieron al punto los dos nuevos cristianos huyendo hácia el camino que allí los condujera, pero detuviéronse al oír la voz del solitario que gra-

ve y sonora les dijo: —Hermanos, ¿por qué huís de mí?

A vergonzáronse los cordobeses del miedo que habían sentido, y volviendo allí, se aproximaron no sin alguna repugnancia al extraño personaje.

Poco tiempo despues de la conquista de esta ciudad, se habia aparecido en ella un ente misterioso cuya procedencia ignoraban todos, y no se le veia sin cierta especie de terror. Durante el dia se estaba oculto, pero al toque de oraciones salia del lugar que escogiera para residir, vagaba por las calles pidiendo con agonizante voz una limosna que se apresuraba á dar el transeunte á quien se dirigiera, y apenas brillaba en el horizonte el lucero de la mañana, volvía á su morada, donde permanecia hasta la siguiente noche. Nadie se acercaba á hablarle; huían á su vista los vecinos del Albaicin, y era el pavor de los muchachos y comadres.

El *Padre Piquiñote*, pues así apellidó el vulgo á este hombre misterioso sin que hasta ahora se haya sabido el origen de este nombre, era el personaje que vieron nuestros cordobeses á la entrada de la cueva.

—Buenos moros, volvió á decir con trémula voz el solitario al ver que se acercaban, dad una limosna á este débil anciano, y vuestro Dios os lo premiará.

—Decidnos antes, pobre viejo, contestó uno de los árabes, ¿por dónde encontraremos el

camino de la ciudad? Somos extranjeros y nos hemos perdido á la bajada de ese monte.

—Yo os guiaré, respondió el padre Piquiñote levantándose y echando á andar apoyado en un largo báculo, seguidme.

Y ambos siguieron al padre.

Pero en el mismo momento sonó un penetrante silbido, y aparecieron en el recinto una veintena de moros con sus alfanjes desnudos, que precipitándose sobre los extranjeros y el guía, no tardaron en aprisionarlos, pues aquellos no opusieron la mas leve resistencia.

Ataron al padre Piquiñote al pico de una roca á pesar de las quejas que exhalaba. Sujetaron con gruesos cordeles las manos de los otros dos y cubriéronles los ojos con vendas de lienzo ajustándoselas fuertemente.

—Adelante, exclamó uno de los agresores.

Sintieron al instante los prisioneros una mano que asiéndolos del brazo, los condujo por multiplicadas revueltas, tropezando á cada paso por las sinuosidades del camino que atravesaban.

Un ligero murmullo como de muchas voces llegó á sus oídos al tiempo de bajar unos escalones, y no tardaron en percibir las distintamente.

—Quitadles las vendas, dijo el mismo acento que les mandara andar, y al momento se aflojaron los nudos, y los lienzos cayeron sobre sus hombros.



UNA espaciosa caverna iluminada por quince antorchas que sostenian otros tantos musulmanes de fieros semblantes y las afiladas y relucientes hojas de gran número de gumias que empuñaban otros, de no menos torva catadura, fué lo primero que se presentó á la vista de los cordobeses. Casi todos los moros que alli se veian llevaban echada la capucha de sus blancos albornoces, y sus rostros iluminados por las rojizas luces de las humeantes teas, daban á aquella escena una apariencia siniestra é infernal.

—Paso, paso, exclamaron á este tiempo un sin número de voces. Hiciéronse á un lado algunos grupos, y penetró en aquel recinto un moro de atléticas formas. También llevaba blanco el albornoz, pero caida hácia atras la capucha dejando descubierta enteramente la cabeza ceñida por un turbante blanco y azul. Cubría la parte inferior de su rostro larga y espesa barba negra, pero no tanto como sus grandes ojos que brillaban cual flamígeras centellas. Un ancho y desmesurado alfanje pendia con gran soltura de su airoso talle, sobre cuya empuñadura apoyaba con gracia la siniestra mano.

Absortos quedaron los extranjeros mirando aquel moro cuya faz no les era desconocida, pero sin acertar donde la habian visto, el cual marchó resueltamente hácia ellos.

—Alá sea con vosotros, dignos musulmanes, les dijo con grato y sonoro acento; la hora de la total derrota de la morisma no ha sonado aun, ni el cielo permitirá que suene. Si sois dignos secuaces de la ley de nuestro Profeta Mahoma, secundareis los designios que por nuestro medio quiere se cumplan. Este es el objeto con que hasta aqui se os ha conducido. Deponed el temor que hayais podido abrigar. No apresan las águilas á las inocentes tórtolas. Estad tranquilos como las flores en el desierto..... Oid lo que mi labio va á espresaros, y dueños sois despues de hacer lo que os plazca. Pero

de todos modos tened entendido, que ni aun vosotros mismos podreis hablar palabra alguna entre sí que revele la mas mínima especie de esta reunion..... Si tal hiciéreis..... ¡ay de vosotros...! ¡ay de vosotros, aun cuando buscáseis un asilo contra nuestra venganza en las escabrosas montañas del África! No se liberta la liebre de la caza del podenco, aunque se finja muerta entre matojos.

Mas asombrados aun con este discurso los cordobeses, no respondieron cosa alguna, permaneciendo con los ojos fijos en el rostro de aquel moro, que cuanto mas lo miraban, con mas ahinco querian recordar donde lo habian visto.

—Vuestra fisionomia me es estraña, prosiguió el moro, que segun todas las apariencias podia calificarse de jefe de aquella tenebrosa asociacion, ¿de dónde sois?

—De Córdoba, contestó uno de los interrogados.

—¿Á qué habeis venido á Granada?

—Á buscar trabajo.

—¿No lo teniais allí?

—Claro está.

—¿Qué oficio teneis?

—Carpinteros.

—¿Sois hermanos?

—Amigos desde la infancia.

Calló el interrogador; dirigió una majestuosa mirada sobre toda la asamblea, y viendo en-

tonces los puñales que algunos tenían en la mano, hizo una imperiosa seña, á la cual se en-
vainaron prontamente; y volviendo en seguida
á los prisioneros:

—Moros, les dijo, Granada, esa perla del
Oriente, ese jardin de encantos, semejante al
palacio de huries que tiene ofrecido el Pro-
feta á los buenos musulmanes, esa fuente de
cristalinas perlas, ese palacio de amores, ver-
gel de hechizos y centro de las auras misterio-
sas, ese huerto tapizado de mirtos y arrayanes,
cuyas cascadas torna la luna en otros tantos
rios de plata, esa gruta de los pensiles de Te-
salia, nos ha sido robada, ha caido en poder
de esos miserables cristianos, y los que antes
estaban orgullosos de poseer semejante joya,
miran con humildes ojos cual disfrutan de sus
encantos sus nuevos señores. ¡Baldon! ¡pro-
bio eterno á ese miserable rey Boabdil, que
no supo á costa de su sangre toda defender
tan inestimable ciudad....! *Llora, llora cual co-
barde niño* (le dijo su madre), *ya que como
hombre no hiciste tu deber; pero era su madre....*
y merece disculpa. Un verdadero creyente le
hubiera atravesado el corazon diciéndole: *muere
cual infame rey, ya que te dejas arrebatar el bien y
la ventura de tus súbditos....* Pero vuelvo á repe-
tiros, la hora de la total pérdida de Granada no
hasonado aun. Si un mal monarca supo per-
derla, un buen musulman sabrá conquistarla.
Y no achaqueis á temeridad lo que solo es obli-

gacion. Si, señores cristianos, mandais á nuestras hijas á que vayan con la faz descubierta, nos prohibis seguir nuestro culto precisándonos á convertirnos, faltando á lo pactado en Santafe para la entrega de la ciudad; no hay insulto que dejeis de prodigarnos, ni pasa dia sin que no nos maldigais creyéndoos fuertes en vuestro número, y vivis tranquilos y confiados..... pero temed que el leon adormecido sacuda su melena. ¡Ay de vosotros, pobres niños, que porque veis la postracion de la hiena, os burlais de su impotencia! Llegará un dia en que su mas débil mugido os estremezca como la hoja del roble que agita el huracan. Etranjeros, yo soy el escogido por el Profeta para llevar á cabo la empresa de volver á la morisma su mas rica gala del imperio; soy quien conquistará á Granada ayudado de estos verdaderos creyentes que veis aqui. ¿Quereis secundar nuestros esfuerzos? Hablad, libres sois como el jilguero en el bosque. No se doblegue vuestra voluntad por el temor. Dejad hablar al alma, solo queremos un puro sentimiento. ¿No es verdad, musulmanes?

—Sí, sí, contestaron á coro los conjurados.

—Hablad; esperamos vuestra respuesta.

—Ilustre jefe, respondió uno de los cordobeses, el asombro que nos ha causado cuanto hemos visto, nos ha impedido declarar el estado en que nos vemos. No nos hubieras hecho esa manifestacion si supieses.....

—Antes de todo, interrumpió algo admirado el que hablaba, decidnos vuestros nombres.

—En otro tiempo nos llamábamos Abd-el-Azid y Abul-Khatar.

—¿Y por qué decis en otro tiempo? ¿no llevais ahora ese mismo nombre?

—No, contestó tranquilamente el preguntado.

—Explicaos.

—De esto iba á hablar. Hemos abjurado de nuestras creencias, y hoy nos llamamos Edmundo y Andrés.

Un terremoto que hubiera estremecido el pavimento desencajando las piedras de su sitio, no habria producido el asombro en la asamblea que aquellas palabras.

Pronto una viva agitacion sobrevino á aquel estupor, no tardando en suceder la cólera y esta en estallar. Volvieron á brillar las hojas de cien puñales, y un grito unánime resonó en la caverna.

—¡Mueran los renegados! exclamó aquella turba sanguinaria precipitándose hácia ellos.

—Alto, musulmanes, alto, gritó con terrible voz el jefe, interponiéndose entre los suyos y los extranjeros. Envainad esos puñales, yo lo mando. Si en cuanto acaba de pasar ha habido alguna imprudencia, mia es la culpa tan solo. Con el fin de engrosar nuestro partido, aprisionásteis esos moros al parecer, juzgándolos verdaderos, y yo en esa misma creencia

me he apresurado á iniciarlos en los secretos de nuestra asamblea. Ellos son inocentes, dejadlos en paz, nadie se atreva á proferir la mas ligera amenaza.

Todos los conjurados obedecieron al mandato de su jefe, á escepcion de un moro que adelantándose hácia aquel, dijo con resuelta voz:

—¿Ignoras que si dejamos con vida á estos malandrines, estaremos tan seguros como el elefante que se recuesta sobre el árbol segado por el pié?

—No se me oculta ese peligro, contestó tranquilamente el jefe; pero he prometido no causarles el menor daño, y mi palabra no ha faltado nunca como la ola en el mar. ¡Desgraciados de ellos, si no olvidan cuanto aqui ha sucedido! Marchaos, extranjeros; no quiero que jureis el secreto, porque hombres que han renegado de su fe, fácilmente quebrantarían lo jurado; pero tened muy presentes mis palabras: *«No se libra la liebre de la caza del podenco, aunque se finja muerta entre matojos....»* Idos: y vosotros, prosiguió dirigiéndose á los que los condujeron, vendadles los ojos y llevadlos fuera.

Iban á cumplirse las órdenes del jefe, cuando el moro que se habia opuesto á la salvacion de los cordobeses, tiró del alfanje y se colocó á la entrada de la caverna.

—Sí vosotros teneis en poco la vida, exclamó dirigiéndose á los moriscos, yo la aprecio

como nos lo manda el Profeta. De aquí no saldrán estos renegados mientras tenga un aliento de vida.

—¡Schir-Beckr! gritó pálido de furor el caudillo, acata mis órdenes; paso, paso franco.

—Firme se está el águila en los pinos á pesar de los gritos del cazador.

—Pero le alcanza el tiro de la ballesta; y diciendo esto precipitóse hácia Schir-Beckr. Trabose una encarnizada lucha entre ambos, que fué terminada por un grito de agonía. El morisco rebelde cayó atravesado por el alfanje de su jefe.

—Sacadlo y arrojadlo al barranco. Sirva su inmundo cuerpo de pasto á los gavilanes, dijo el vencedor, limpiando la sangre que manchaba su acero.

Cuatro conjurados levantaron el cuerpo del herido que aun respiraba y lo sacaron fuera de la caverna.

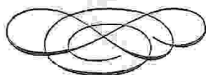
Los demas moriscos presenciaban en silencio estos sucesos, no atreviéndose á pestañear.

Á una seña imperiosa del caudillo, vendaron los ojos á los extranjeros, y tomándoles las manos, guiáronlos por donde vinieran, tardando medio cuarto de hora en mandarles parar. Volvieron á descubrirles los ojos y se hallaron á la boca de la cueva, en el mismo sitio en que fueron sorprendidos por los conspiradores musulmanes. El padre Piquiñote se encontraba atado á la roca donde lo dejaron, el cual les

dijo con plañidero acento, indicándoles el camino que habian de seguir para llegar á la ciudad:

—Huid, hijos míos, huid de este desierto tenebroso donde solo anidan buhos y gaviñanes.

No aguardaron los cordobeses á que les repitieran las señas, y pronto desaparecieron de aquel pavoroso sitio.





—EN un cuarto de una miserable casucha de la calle que hoy se nombra de *Maria la Miel*, estaban sentados tres hombres sobre una pobre tarima de madera. Todos llevaban trajes de moros, y dos de ellos fumaban en largas pipas de hueso. Una mesita blanca, sobre la que ardía una larga vela de sebo, al rededor de la cual se destacaban varias botellas y frascos, era todo el adorno de la habitacion. Serian las nueve de una de las noches del otoño que ya principian á anunciar la prolongacion de sus sucesoras, y los tres hombres estaban silenciosos.

De tiempo en tiempo uno de ellos exhalaba leves quejidos, que iban siendo cada vez mayores, oprimiéndose con ambas manos el pecho que tenia fajado.

—¿Qué es eso? le preguntó al cabo de algun tiempo uno de los fumadores ¿sientes peor la herida?

—Los dolores son cada vez mas fuertes, me traspasan el sentido.

—Perfectamente, exclamó el compañero del de la pipa, la medicina hace su efecto. Pronto cesarán del todo, ánimo, amigo, ánimo.

—¿Tardaré mucho tiempo en restablecerme? preguntó el paciente con afán.

De esperar es que no: estás casi enteramente bueno, y dentro de tres dias podrás andar con seguridad.

—¡Gracias, gracias, queridos hermanos míos! pero no... sois mas que yo... ¿cómo quereis que os llame?

—Tú lo has dicho, llámanos siempre hermanos, y si quieres por nuestros nombres; á éste llama Andrés y á mí Edmundo.

—Pues bien, mis buenos amigos, ¡cuánto os debo! Toda mi sangre no basta á pagar el bien que he recibido de vosotros.

—¡Bah! contestó el que dijo llamarse Edmundo, no hemos hecho mas que lo que nuestra nueva religion nos manda: «Compadece y ama á tus enemigos.»

—¡Santa religion! digna de ser bendecida

y acatada por todo el universo....! Sí, yo quiero también ser cristiano. ¿Lo oís? Quiero en cuanto esté bueno abrazar esa preciosa doctrina á la que debo mi existencia. ¿Pensais que pasa un minuto, un segundo, sin que recuerde que hubiera muerto abandonado como un perro en el barranco donde me arrojaron y en la mas espantosaagonia, si la benéfica mano de unos hombres generosos, no me sacaran de aquel abismo y conducídomé á una casa en la que me cuidaron con el mayor esmero, como haria un hermano..... digo poco, como haria un padre con un hijo? ¿Y quién son estos hombres? ¿qué me deben? ¿qué he hecho para merecer su voluntad....? Sí, he hecho.... ¡triste de mí! quise asesinarlos, me opuse á las órdenes de un jefe que queria salvarlos, y recibí una herida por conseguir su muerte..... Y ellos en venganza.... me sacan de un precipicio, me curan por sus mismas manos la herida..... y me dan la existencia.... ¡Oh! bendita religion que tales doctrinas tienes! ¡Dichosos los cristianos una y mil veces!

Schir-Beckr, pues, era el mismo moro que en la caverna promovió el alboroto por insistir en la muerte de los cordobeses, quienes al dia siguiente á pesar de las palabras del padre Piquiñote, movidos del celo de la nueva religion que con tanto ardor habian abrazado, volvieron á aquel sitio á buscar el cadaver del que á su parecer habia muerto la noche ante-

rior, para darle sepultura; y hallándolo con vida lo condujeron á su casa, donde á fuerza de cuidados lograron ponerlo en el estado en que ahora lo vemos. Schir-Beckr, despues de haber recordado los beneficios de que era deudor á los nuevos católicos, quedó sumido en profunda reflexion.

La voz de Edmundo lo distrajo á pocos instantes.

—Schir-Beckr, le dijo, tú has escrito hoy mismo al presidente de la Chancilleria y con mucho misterio: ¿quieres esplicarnos el motivo que te impulsa á dar semejante paso?

—Dispensadme, amigos mios, que guarde silencio sobre ese punto, á menos que lo exijais, porque entonces nada os ocultaré; vuestro soy, como un esclavo podeis disponer de mí.

—Respetamos tu deseo, pero....

—¡Oh! no se tardará mucho tiempo sin que lo sepais, interrumpió con amarga sonrisa el moro. ¿No os he dicho que deseo por momentos abjurar mi fe por seguir la vuestra?

—Sí, y á eso te alentamos.

—Pues bien, quiero hacerme, si no digno, acreedor al menos con un servicio que me granjee el afecto de los buenos cristianos.

—Adelante: sigue tu proyecto; no te detendremos en tu camino.

Dos golpes que sonaron en este momento en la puerta de la casa, pusieron fin á la plática.

—¿Habeis oído? exclamó Edmundo: ¿llaman aquí?

—Sí, contestó el moro, no me engaño.

—¿Quién podrá ser á estas horas? ¿A quién buscarán?

—El corazon me dice que es á mí, respondió Schir Beckr.

—Ahora lo veremos, dijo Edmundo. Apagó su pipa, tomó la vela y salió del cuarto, dejándolo en tinieblas.

Abrió la puerta de la calle, y se presentó á sus ojos un hombre embozado en una larga capa, con un sombrero cuyas alas le tapaban la parte del rostro que no ocultaba el embozo.

--¿Qué buskais en mi casa? preguntole Edmundo.

--¿No vive en ella un moro llamado Schir Beckr? contestó el desconocido en tono de interrogacion.

—Sí señor.

—Necesito verlo con urgencia.

—Pues subid.

—Perdonad, pero es necesario que baje, pues tiene que acompañarnos.

Entonces distinguió Edmundo un grupo de soldados en medio de la calle, cuyas lanzas brillaban con los destellos de la luz que en la mano tenia.

—Que baje será imposible, contestó Edmundo: anda poco y con mucha dificultad.

—¿Está enfermo?

—Está convaleciendo de una herida.

—En ese caso conducidme á su presencia.

—Venid.

Y ambos subieron la escalera y entraron en la sala.

—Ahí teneis á Schir Beckr, dijo Edmundo mostrándole al herido.

—Moro, dijo el desconocido, soy teniente de guardias de la compañía de Mondejar, cuyo marqués me envia de orden del presidente....

—Deteneos..... interrumpió Schir Beckr. Amigos míos, dijo dirigiéndose á éstos que presenciaban admirados lo que sucedia: os suplico nos dejeis solos.

Los cordobeses salieron y esperaron el resultado de aquella estraña entrevista. Al cabo de media hora se abrió la puerta, y salió el embozado dirigiéndose á la calle, por donde desapareció con su tercio.

Volvieron á entrar los amigos en la sala, y hallaron al moro en el mismo sitio. La vela se hallaba próxima á consumirse. Un brillo estraño despedian los ojos de Schir-Beckr.

—Gracias, amigos, dijo al verlos entrar: gracias, pues me otorgais cuanto os pido.

Detúvose un instante, y fijando la vista en Edmundo, que era su cirujano:

—¿Dentro de dos dias, continuó, podré caminar?

—Así lo espero.

—¿Y sino tuviese fuerzas bastantes, me ayudaréis vosotros?

—¿Pero á qué ese afán?...

—Me habeis prometido....

—Es verdad. Sí, te ayudaremos.

—El cielo os lo premie. Ahora quisiera descansar.

—Vamos: la luz se consume.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y cada cual se retiró á su respectivo aposento.





En un callejón subterráneo, lúgubre y oscuro; en cuyo extremo había una puerta entornada, y en la que estaba abierto un ventanillo, asegurado con espesas barras de hierro, paseaba con tardo paso un centinela con alabarda al hombro y embozado en un burdo capote de paño.

Un mugriento farol, suspendido del techo, alumbraba aquel recinto, pero con luz tan triste y oscilante, que, dibujando apenas en el suelo la gigantesca sombra del soldado, aumentaba el pavor que de suyo tenía el sitio.

Al llegar el centinela en sus paseos á la puerta del ventanillo, dejaba escapar algunas palabras, que eran contestadas por otro soldado que, vestido y armado del mismo modo, aparecía inmovil en aquel puesto.

—Maldito turno nos ha tocado esta noche, dijo una vez el paseante.

—Por Dios, que de buena gana lo trocaria por la centinela de los *Siete Suelos* de doce á una, contestó el que no se movia.

—¡Canastos! eso es otra cosa: vamos á cuento. Para ir de Herodes á Pilatos, bien me estoy en Herodes: cuerno! no sé que será peor.... Estar allí.... ¡fuego de Dios!... no quiero chanzas con almas en pena. Aqui al menos no pasa de custodiar á un preso de mas ó menos consideracion, y á quien van á enviar á dar un mensaje á su profeta Mahoma.... Pero, dime, acá para nosotros: ¿sabes algo del prisionero? Y al decir esto puso el que paseaba su alabarda en el suelo y se recostó contra la pared.

—¡Toma! ¿no he de saber? contestó el de la puerta: esta mañana se lo oí decir al cabo Miguel: parece que el tal moro es un jefe de ellos, que tenia relaciones con los que están en las Alpujarras, y celebraba aqui grandes reuniones con diversos camaradas, los cuales querian nada menos que volver á conquistar la ciudad.

—Ahi es nada lo del ojo! Pues querian

poco esos perros, que Dios confunda para siempre.... Mas oye: ¿cómo han podido descubrir semejante pájaro?

—Dicen que ha sido delatado por uno de los conspiradores, queriendo sin duda vengarse de alguna mala pasada que le jugara el tal morito.

—¡Voto al chápiro, y á qué buen tiempo lo hizo! Esto quiere decir que lo pillarían en el nido?

—Justamente.

—¿Y la demas gentecilla?

—Huyó.

—¿Con que solo tan linda pesca cayó en el anzuelo? ¡Bueno va! ¡Bravo! Esos señores que acaban de irse de aquí le habrán sin duda leído su sentencia de muerte: ¿no es esto?

—Eso mismo ha pasado.

—Y solo espera ya....

—Que le toque al verdugo su vez.

—¡Cómo! ¿No harán la justicia públicamente?

—Segun tengo entendido, aquí mismo lo van á degollar.

—Es lástima privar á la gente de esa diversion. Oye: ¿y qué aguardan? porque á decirte la verdad, tengo unas ganas estremadas de largarme de aquí, y deseo cuanto antes que den fin de ese mochuelo.

—Espera, voy á ver lo que hacen.

Y el centinela que estaba á la puerta vol-

vióse y se puso á mirar por el ventanillo.

—¿Ves algo? le preguntó su camarada.

—Sí: el cura se aparta rechazado por el moro, que no quiere sin duda convertirse.

—Peor para él; con eso irá derechito á verle las pezuñas á Satanás. Mira: ¿quieres dejarme que mire un poco? Tengo unos deseos de ver al moro!....

—Anda, ponte en mi lugar y ve cuanto quieras, respondió quitándose de la reja el centinela.

Púsose prontamente su compañero, y á poco de estar mirando exclamó: ¡Caramba! otra vez rechaza al clérigo! Está visto, no quiere pasar á mejor vida. Él se lo pierde. Pero hombre! ¡qué arrogante mozo es el tal moro! Qué barba tan larga y tan negra tiene! ¡cómo le relucen los ojos! Y el cabo Miguel, ¡qué serio está, con ocho compañeros nuestros con la alabarda en ristre! Allí en aquel rincon veo una cosa.... no sé lo que es.... calla, si es el tajo....! ¡Y cómo brilla el acero del hacha que sostiene en su mano, mas negra que la tinta, ese gitano de verdugo! Oye: ¡qué miedo da de ver esto! tengo el cabello de punta.... Parece que el cura no quiere mas bromas, pues ya no se acerca á él.... Está hablando con un caballero vestido de negro.... quien hace una seña con la mano.... El verdugo se adelanta.... Ea, ahora sí que va á ser ella.... El moro tiene las manos atadas.... y el sayon no parece

contento, pues le pasa una cuerda entre los brazos.... y ¡cómo aprieta el bruto...! ¡Qué alano! Ninguna resistencia opone el condenado... Ahora le hace marchar hácia el tajo... ¡Ave Maria Purísima, y qué sacudimiento le han dado!.... ha caído al suelo.... ya le están atando las piernas... ¡Fuego de Dios, y qué trance!.... Otra vez se le arrima el cura.... dice con la cabeza que no.... Qué veo!.... otra cuerda tiene el ejecutor en la mano, ¿qué irá á hacer con ella? Yaa.... ya estoy.... le pone la cabeza encima del tajo, y le amarra el pescuezo para que no pueda hacer ningun movimiento.... Ea..... ahora se aparta, retrocede dos pasos, toma el hacha, todos vuelven la cara.... ya la tiene levantada.... ¡A Dios...!!

Un golpe sordo y siniestro se oyó en este momento en la habitacion inmediata, cuyo sonido devolvieron los ecos de aquellas bóvedas.

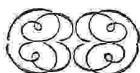
—¡Ya murió! ¡Buen tino! exclamó el que miraba, levantándose prontamente, pálido como la cera y tomando la alabarda: volvamos á nuestro puesto; ahora saldrá toda esa gente, y es necesario aparecer como buen soldado.

Volvió el centinela á sus paseos y el otro quedó junto á la puerta del mismo modo que estaban antes de su conversacion.

Despues de algunos instantes rechinó la puerta, abriéndose de par en par, y salieron por ella un juez acompañado de un clérigo,

y un hombre escoltado por un cabo y ocho soldados, que llevaba asida por los cabellos una ensangrentada cabeza, cuyas arterias iban sembrando de gotas rojas y humeantes el pavimento por donde cruzaba.

Este hombre era el verdugo con los despojos de la víctima que acababa de inmolar.



CLARO y hermoso estaba el día siguiente á la noche de la ejecucion que acabamos de pintar. Un sol brillante despedia sus dorados rayos sobre ese cielo azul y terso, que tan encantador se muestra en Granada en una mañana serena.

Multitud de personas de ambos sexos se veían pulular por las calles con direccion á la Carrera de Genil. Todos anhelaban ver el espectáculo que debía ofrecérseles al llegar al sitio que hoy llaman el *Humilladero*, y donde está colocado el Puente de Genil. Difundierase en-

tre las gentes la noticia de que habiendo sido descubierta una conspiracion de moros, cuyo fin era el apoderarse de Granada, la cabeza del principal estaba puesta en aquel sitio: y era tanta la curiosidad del pueblo, que cual si fuese á disfrutar de un divertido espectáculo, corrian presurosos hombres y mujeres, en tal número, que con dificultad podia penetrarse por entre la apretada masa de personas que ocupaba el Humilladero.

Las gentes que á las once bajaban por la parte del arrecife que hoy se llama *Carrera de la Virgen*¹, veian con grande admiracion tres moros que caminaban lentamente en la misma direccion. El que iba en medio pálido como la muerte se apoyaba en sus compañeros.

—¡Cosa mas rara! decian los transeuntes, ¿si irán á ver la cabeza? ¡No puede ser! ¿Cómo han de querer contemplar los despojos de un camarada?

Y sin embargo los moros, que, como ya se habrán figurado nuestros lectores, no eran otros que los cordobeses Andrés y Edmundo y el que libertaran del barranco, seguian el mismo camino que la muchedumbre.

—¿Podrás llegar hasta allí? decíale Edmundo á Schir-Beckr, mucho me temo que no.

—Sí, contestó el moro, me encuentro algo fatigado, la herida me duele..... pero ya falta poco. Escuchad, continuó, voy á aprovechar

¹ Aun no se habia edificado en aquel tiempo la iglesia.

el tiempo que nos queda para esplicaros la conducta que he seguido desde que me volvísteis á la vida y que tanto os ha asombrado; ¿queréis escucharme, amigos míos?

—No deseamos otra cosa, habla.

Detúvose un momento el moro como para tomar aliento, y despues volvió á emprender su lenta marcha diciendo:

—He guardado silencio con vosotros porque queria tomar sobre mi conciencia solamente el paso que di hace dos dias, y porque confiándolo á vuestro buen corazon, pudiérais haberme obligado á retroceder. Dije que era mi mas ardiente deseo abrazar la Religion Católica, y que queria hacerme acreedor á ella proporcionándola un beneficio.... pues ya he cumplido mi propósito. Vais á ver el resultado.

Á este tiempo llegaron al Humilladero. Un mar de vivientes se agitaba en aquella vasta plaza. Todas las miradas estaban fijas en direccion del *Puente de Genil*. Las mujeres se empinaban sobre las puntas de los piés, apoyándose en los hombros del que tenian delante. Los hombres, á quienes la naturaleza no habia favorecido en estatura, practicaban el mismo movimiento. Los padres de familia empinaban á sus chiquitos. Cuatrocientos pasos antes de llegar á aquel sitio, se percibía el confuso rumor de los muchachos, las invectivas de algunos, las místicas exclamaciones de otros, los reniegos de las viejas, las voces de los vendedores,

que siempre van con la gente, los ayes de los que estrujaban, los sollozos de las beatas y el llanto de los párvulos que se veían pospuestos á sus hermanitos que gozaban del espectáculo en los brazos de su padre. Atravesaron los moros esta compacta multitud, no sin bastante trabajo, consiguiendo llegar al mismo puente.

—Mirad, volvió á decir Schir-Beckr, ese es el resultado de mi obra.

Alzaron la cabeza los amigos, y vieron sobre un poste de ladrillo una cabeza segada por el cuello, con los ojos en blanco, la boca abierta, y los cabellos erizados.

Un grito de horror y de sorpresa salió unánime de los labios de los cordobeses.

—¡El jefe de la conspiracion! dijo Andrés.

—¡El padre Piquiñote! dijo Edmundo.

La cabeza del padre Piquiñote era la que atraía tanta gente á aquel lugar.

—Sí, contestó Schir-Beckr, ese despojo que ahí veis, pertenece al mismo que los dos habeis nombrado. El jefe de la conspiracion y el padre Piquiñote no eran mas que una misma persona. Disfrazándose de este modo alejaba cualquiera sospecha que pudiera en algun tiempo concebirse, y podia trabajar libremente en su objeto, que era, como sabeis, volver á conquistar á Granada. Contaba con numerosos recursos, y para impedirle llevar á cabo su proyecto, yo lo he delatado. Ved aquí la causa de mi conducta misteriosa. El hombre que no ha-

ce muchas noches fué á buscarme, venia para que le acompañase al sitio donde se ocultaba, pero el estado de mi herida me lo impedía.... Le facilité instrucciones... y ved ahí si han servido. ¡Dichosa herida, padre Piquiñote, continuó dirigiéndose á la cabeza, ella me ha hecho abrir los ojos á la luz de la verdadera fe, y puesto en el caso de prestar un gran servicio á la misma! A no ser por eso, os aseguro que jamás hubiera atentado contra vuestros dias, siguiendo la máxima de mis bienhechores: «Haz bien al que te daña.» ¡Pero cómo ha de ser! vuestra muerte imposibilitaba por ahora el triunfo que el Islam queria obtener, y aunque musulman aun, mi corazon era cristiano ya, y solo vió que la Cruz peligraba.

¡El Dios de los mortales os haya dado descanso!

Calló Schir-Beckr, y volvióse hácia sus compañeros. Estos rezaban un Padre nuestro por el alma del padre Piquiñote.

—Vamos, les dijo, me siento débil en extremo y quisiera descansar. Ya os he explicado el misterio de mi conducta. Ya está hecho el servicio á la sagrada fe. Ahora deseo abrazarla con ansia.

Volvieron á atravesar la multitud y marcharon silenciosos á su casa.

La cabeza del padre Piquiñote permaneció espuesta al público por mucho tiempo. Al cabo de algunos dias una multitud de cuervos que

revoloteaban en su derredor, era la única compañía que le quedaba.

Tal fué la primera justicia que tuvo lugar en Granada despues de la conquista.

CONCLUSION.

SCHIR-BECKER se hizo cristiano, bautizándose en la iglesia de San Juan de los Reyes ¹, donde tomó el nombre del santo de su advocacion. Algun tiempo despues, acusándole su conciencia la muerte del padre Piquiñote, á pesar del triunfo que con ella consiguió el estandarte de la fe, se hizo religioso, y marchó en una de las expediciones que se hacian al Nuevo-Mundo descubierto por Colon, agregado á los misioneros apostólicos, desde cuya fecha no volvieron á saber mas de él los cordobeses sus salvadores. Éstos ejercieron en Granada su oficio con notable provecho, y todos los domingos acudian al Humilladero á rezar una oración por el alma del desgraciado *padre Piquiñote*.

¹ A esta iglesia, que era en lo antiguo mezquita de los moros llamada Meschit-el-Teybir, le dió el nombre que tiene la reina Doña Isabel, y fue la primera que se bendijo en Granada.

La Torre de la Cantiva.



EL camino que llaman de *Fuente-Peña*, en la Alhambra, es un barranco que divide á ésta de Generalife, y es de lo mas pintoresco que puede concebirse. Mezquina sería toda descripción, pues las dulces y melancólicas sensaciones que su vista inspira, no es posible hacerlas conocer por una simple narracion. Es necesario admirarlo. Además que poco ó nada pudiéramos añadir á lo que de él han dicho ya hombres célebres, y no hace falta á la corona que los mismos le han dedicado, la mustia flor que habríamos de ofrecerle;

solo llevamos á nuestros lectores á este sitio, con el fin de conducirlos al lugar de la escena que vamos á trazar en el siguiente relato. Sigamos, pues, el camino de *Fuente-Peña* que guia á la *Cuesta del Rey Chico*, cuya tradicion ya conocen. ¿Veis hácia la izquierda esa carcomida muralla, de la que sobresalen tres elevadas y sombrías torres? ¿No os parecen graves gigantes que guardan el mágico silencio de estos contornos? Pues la primera se llama *de las Infantas*; la segunda *de la Cautiva*, y la tercera *del Candil*. No imagineis que vamos á hablaros de las tres torres, ni de la *de los Picos*, que mas allá alza su negra cabeza sobre la *Puerta de Hierro*, no: cada una de ellas debe ocultar su interesante tradicion; pero hasta ahora no hemos podido desgarrar el velo que las aparta de nuestro pensamiento, y solo la *de la Cautiva* es la que va á presentarse ahora con sus misterios á vuestros ojos: mas antes, ya que habeis visto la sencilla forma de la torre por de fuera, con sus cien piés de altura y su moderna fortificacion, penetrad con nosotros en el interior por la pequeña puerta á espaldas del camino, y ved este primer recinto, que no parece sino que el miedo reina en él, húmedo y oscuro, con cuatro pilastras en el centro, sin que tenga otras luces que las tenues que se introducen por una alta claraboya en la azotea de la torre. A pesar de los graciosos

adornos de esta estancia, y de los bonitos ajimeces que dan á ella, infunde tristeza y desaliento. Pero no nos detengamos mucho rato en tan melancólico sitio, y pasemos con afán al segundo departamento. ¡Oh! ya se respira aquí mejor: ya hay claridad: ya hay brisa.

Mirad este lindo retrete, débil sombra de lo que sería en otros tiempos; mísero resto del lujo que lo adornaba, y que aun revela el lindo arco de la puerta, los graciosos calados de sus paredes, y las cenefas de azulejos por el estilo de algunos aposentos del palacio real. ¿Veis esa ventana de la izquierda, precioso ajimez en otros días y hoy restaurado de tan tosca manera? Pues como buenos católicos, descubrámonos al llegar á ella, y recemos una oración por el descanso de un alma cristiana. ¡Fué el camino de un sepulcro! ¡Fué el de la eternidad para un triste ser!

Salgamos, salgamos de esta torre; si antes refrescaba su ambiente, sofoca ahora con este recuerdo: aspiremos el aura de la Alhambra, y bajo sus frescos bosques oíreis, y nosotros podremos referir con mas aliento los trágicos sucesos de la mansion que acabamos de visitar, y que la dieron el nombre de *Torre de la Cautiva*.





— ERA en el año de 1491. Los ejércitos del rey Don Fernando sitiaban á Granada, siendo la vega durante el bloqueo, teatro de continuas y reñidas escaramuzas entre los valerosos caballeros que siguieron al rey, y los no menos valientes moros de la ciudad. Era una noche del invierno. Corria un viento helado y seco, y todo el campamento se hallaba al parecer disfrutando de reposo; solo velaban las centinelas que de tiempo en tiempo repetían sus gritos de *alerta* con voz torpe y confusa.

Sin embargo, en una tienda de campaña, no lejos de la de los reyes, y en cuyo centro algunos enrojecidos tizones indicaban que pocos momentos antes habian dado una llama vivificadora, tres guerreros envueltos en prolongados y negros ferreruelos, sobre los que descollaban relucientes y puntiagudos cascos, se veian sentados sobre pequeños troncos de encina. Á juzgar por lo espresivo de sus movimientos y el calor de sus palabras, trataban sin duda de algun asunto serio é interesante.

—¡Juro por el mismo Santiago, que mañana hemos de rescatarla! decia uno de los caballeros, dándose con su manopla un fuerte golpe en el peto.

—¡Ay, Aguilera! respondió otro exhalando un grande suspiro, nadie es tan interesado como yo en libertar á la hermosa Doña Isabel de la esclavitud que arrastra; pero el amor no me ciega y conozco lo insuperable de la empresa, á menos que un poder sobrenatural no nos ayude.

—¿Quién habla de poder sobrenatural? contestó el llamado Aguilera dando una terrible patada en el suelo. ¡Vive Dios! que solo el nuestro es bastante y sobra.

—Dice bien, dice bien, exclamó el que callara hasta ahora, nosotros y nadie mas que nosotros libertaremos á tu amada, Ponce.

—¡Voto al infierno! continuó Aguilera, ¿no nos la hicieron cautiva esos perros en el impensado rebato de Andujar? ¿Pues por qué

siendo nosotros treinta veces de mayor pujanza que ellos, no hemos de sacársela de entre la uñas? responde, ¡vive Cristo!

—Lo mismo digo, contestó Diego de Baena, soy de tu parecer: pero cuando así hablas, debes de tener formado algun plan; yo tambien lo tengo: espícame y veré si estamos conformes.

—Oíidle, y por quien soy os aseguro que vais á quedar contentos. Ya sabemos, por el negro Osmin, el espia, que se encuentra Doña Isabel prisionera en una de las torres que circundan la Alhambra por la parte de Levante cercana á Generalife. Mañana al anocheecer estamos dispuestos los tres y cuantos nos quieran seguir. Tristan de Montemayor con una gruesa partida marchará al mismo tiempo sobre Granada y promoverá un rebato hácia la *Puerta de Bib-Taubin*.

Los moros asustados correrán á defenderla, y mientras tanto, vivos como la centella, llegamos á la Alhambra, nos dirigimos á la torre, y á mi cargo queda lo demas. ¿Qué os parece? ¿podré llegar á ser un buen estratégico?

—¡Bravo! bravo! contestó Baena, batiendo las palmas, y creo y prometo y aseguro que se dará buena y felicísima cima á esta empresa.

—¡Dios os oiga! respondió tristemente Ponce de Leon. ¡Pobre Doña Isabel, cuánto deberá sufrir!

—Yo me encargo de arreglarlo todo, continuó Aguilera. Mañana pediré permiso á nues-

tro rey, hablaré con el de Bohorques, que será sin duda alguna de los nuestros, y á la noche presentaremos en el campamento nuestra hermosa rescatada. Ahora vamos á dormir. Buenas noches, caballeros.

Y acomodándose cada cual lo mejor que pudo, se dispusieron á pasar la noche. Á los cinco minutos todos dormían profundamente, á escepcion de el de Leon, que como enamorado pensaba en su querida Isabel, á quien pretendia con ansia ver y salvar del yugo de los musulmanes. Iba á emprenderse una peligrosísima acometida que tal vez imposibilitaria para siempre la esperanza de poseerla, y estos pensamientos combatian al apesadumbrado caballero sin dejarle sosegar. Pero era jóven, y á la media hora solo las ateridas centinelas velaban en el campamento.





—HERMOSÍSIMA cristiana, fragante flor de la Andalucía, no desdeñes las súplicas de un moro que tiene en tí su corazón. Ámame, ámame por piedad, dirígeme una mirada cariñosa y me contemplaré el moro mas feliz del Oriente y Mediodía. No ignoras que gozo los favores del rey de Granada, del poderoso Boabdil, por quien soy alcaide de esta torre, que para tí es un palacio, donde te cercan los diamantes, el oro y los esclavos; ¿tienes el mas leve deseo? Dime por favor lo que apeteces, y aun cuando fuera la pérdida de Granada, veriasme gustoso con-

tribuir á ella, como en pago me dieses tu amor, tu amor que es lo único que ambiciono, lo único que me deslumbra. ¡Ah! ¡no sabes el fuego intenso y voraz que concentra un corazón africano! No, no lo puedes saber.... Mira, te ama tanto Muhamad, que es á tu presencia un humilde esclavo. ¡El! ¡Muhamad á quien llaman bárbaro y feroz entre sus gentes! ¡Nazarena, mitiga ese rigor con que me tratas, da treguas á tus desdenes y duelete al fin del tormento que padece esta alma destrozada, concediéndole lo que tanto desea y por lo que tanto suspira!

Estas palabras las decia el moro Aben-Muhamad á Doña Isabel de Lara, su prisionera en la torre de su alcaidia.

En un rebato de los moros de Andujar y en una impensada salida que hicieron contra los cristianos, les ocasionaron muchas pérdidas, siendo una de ellas la prision de la jóven Doña Isabel, hija de uno de los capitanes del ejército de la Cruz y prometida del caballero Don Manuel Ponce de Leon. Enamorose perdidamente Aben-Muhamad el africano de la cautiva, y la compró al moro que la hizo prisionera, trayéndola á Granada y encerrándola en una de las torres que le habia cedido el monarca, quien dispensaba al africano grande favor por la influencia que ejercia sobre la mayor parte de las tribus del reino: sabidas son las disensiones que habia entre los linajes moriscos durante la

época de Boabdil, que hacian vacilar á cada momento el escabel de su trono.

No habia escaseado Muhamad atencion ni lujo alguno con su bella prisionera, para vencer el odio que le profesaba casi tan grande como el amor del moro.

En el segundo departamento de la torre de que se ha hecho ya mencion, adornado con el gusto oriental mas esquisito, estaba Doña Isabel escuchando con angustia las tiernas palabras del amartelado moro. Odoríferos pebetes esparcian su delicado aroma por la morisca estancia, y perfumaban las ricas alcatifas que cubrian el pavimento. Recostada la jóven sobre el antepecho del labrado ajimez del Norte, miraba con distraccion al cielo, apoyando la cabeza en su nacarada mano, que semejante al tallo de la azucena, salia de su ropaje blanco como el alabastro.

El feroz Muhamad, arrastrado por la violencia de su amor, estaba en pié detras de ella, sumiso y débil, como el negro ante su amo.

Al largo discurso del musulman, no contestó Doña Isabel, y se cubrió el rostro con un delicado pañuelo.

Era cerca del anochecer y apenas el crepúsculo iluminaba aquel voluptuoso y lindo recinto.

—Isabel, tornó á repetir el moro, ¿por qué tanta dureza cuando sabes lo que te adoro? ¿No merecen mis desvelos ni una sola mi-

rada que augure una esperanza lisonjera, que arrulle el halagüeño pensamiento de que algún día consentirás en pertenecerme?

La mano de doña Isabel se extendió hacia el moro, crispados sus dedos del horror que la causaba esta idea, y dijo con voz sorda y debil:

—¡Nunca...! ¡Nunca...!

Contrayéronse violentamente las facciones del moro. Una palidez mortal cubrió su rostro, y sus párpados se dilataron estremadamente; el furor lo dominaba: el manso cordero habia vuelto á ser tigre: era Muhamad en su verdadero ser, desnudo de toda apariencia engañadora. Logró sin embargo dominarse, y haciendo un violento esfuerzo, hincó en tierra una rodilla y elevó sus manos en actitud suplicante detrás de Doña Isabel.

—Mírame, le dijo con la voz mas dulce que pudo: mírame á tus piés cual esclavo impotente: ¡Muhamad, terror de su raza y de los estraños, que no dobla la cerviz ante su rey poderoso, se encuentra humillado á tu presencia, como el criminal que implora su perdon del árbitro de su destino...! ¿Y qué es lo que pide el moro?... Un poco de amor para apagar el voraz incendio de su alma.... ¡Él! que pudiera usar de su derecho de amo, solo se ampara de la triste facultad del siervo; gemir y suplicar.... ¡Isabel! no abuses del poderio á que mi pasion te eleva: ven á mis

brazos, que el leon puede acordarse de quién és y despedazar á la cervatilla que enmaraña su melena...! ¡Ven á mí, flor de las flores...! ¡que el genio de la dicha bata sus alas sobre nosotros, y nos envuelva en su ambiente de felicidad!

Y al decir estas palabras estendió tanto sus brazos, que llegó á tocar con sus manos el vestido de Doña Isabel; quien al sentir este contacto replegóse hácia el ajimez gritando:

—No me toqueis, no, no: huid de mí.

—¡Ingrata! prosiguió Muhamad, acometido de un voluptuoso delirio: y arrastrándose hácia su cautiva.

—Teneos, repito, exclamó con entereza Doña Isabel, á quien daba fuerzas lo crítico de su posicion: si os acercais un paso más, me arrojó desde el ajimez: y sacó hácia fuera casi la mitad de su cuerpo. ¿Cuántas veces he de deciros, continuó desde allí, que es inútil lo que hagais para agradarme: que os aborrezco; y todos vuestros obsequios, en vez de halagarme me mortifican tanto como vuestra odiosa presencia: que antes de pertenecerlos prefiero la muerte, pues me será mucho mas dulce que tan infando crimen? Estas mismas palabras son las que siempre habeis escuchado de mi boca: y si tuviérais un poco corazon; si en algo estimárais la dignidad de hombre, hubiérais dejado de perseguirme; porque esa constancia os envilece tan-

to á mis ojos.... que acabareis por trocar mi aborrecimiento en desprecio. Dadme de una vez la muerte, que es mi único deseo, si he de ser siempre vuestra esclava.

El moro, que al oir tan duras palabras se habia ido levantando, fijó luego una terrible mirada sobre la jóven, y le preguntó con irritada voz:

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Esa ha sido mi primera y tambien es mi última. Jamás seré de otro que del de Leon, contestó tranquilamente la cristiana.

—Bien, esclava.... no te quejes de la suerte que te espera: tú lo has querido. ¡Hola, Hakin! dijo llamando con estentórea voz.

Un negro se presentó en la estancia: Doña Isabel permanecia en el ajimez.

—Mas no, exclamó de repente el moro variando de pensamiento: no dirán que una mujer me ha vencido. En este instante has de ser mia.... Y se abalanzó á la pobre cautiva.

—Atrás, dijo ésta con firmeza: atrás digo, ó me precipito.

Pero el moro no la escucha, y su mano ha cogido la de Doña Isabel.

—¡Asesino! ¡no lograrás tu intento! exclamó la jóven. ¡Perdonadme, Dios mio! y al decir estas palabras sacó su mano de entre las del moro y se arrojó por el ajimez.

—¡Alá, qué es esto! dijo asombrado y lle-

no de pavor Muhamad, tirándose sobre el ajimez y estendiendo los brazos: ¡ah! ¡la salvé! se le oyó esclamar de pronto: mas no lo habia acabado aun de decir, cuando se retiró del ajimez exhalando una horrorosa imprecacion, que hizo estremecer al mismo negro. Un pedazo informe de tela blanca traia apretado entre sus crispados dedos. Era un pliegue del vestido de Doña Isabel.

En este momento se oyó un espantoso tumulto al pié de la torre.





Los cristianos habian puesto por obra su plan. Al anocheecer del día siguiente al en que formaron la idea de la acometida, cubierto Aguilera de sus mejores armas, y seguido del amante de doña Isabel, de Bedmar, y de otros varios caballeros que quisieron participar de los peligros de tan descomunal empresa, habian salido de la vega con direccion á la *Silla del Moro*.

Al mismo tiempo una partida de seiscientas lanzas al mando de Tristan de Montemayor, se encaminó á Granada acercándose hostilmen-

te hacía la *Puerta de Bib-Taubin*¹. Pronto corrió la alarma por la ciudad, y las tribus asustadas con esta sorpresa, marcharon en el mas completo desorden á defender el sitio que creían amenazado por las huestes castellanas. Los destacamentos que habia por los contornos de Generalife sin disciplina y sin organizacion, abandonaron sus puestos y corrieron tambien á Bib-Taubin dejando franca y libre entrada al de Aguilera y los suyos que en estos momentos de confusion se acercaban á la Alhambra sin que nadie lo notase, y se dirigian hacía la torre de Muhamad que pronto lograron ver.

Dejaron los caballos á alguna distancia, y fueron aproximándose con sigilo hacía la muralla, donde sujetaron una escala que llevaba Aguilera, á favor de la cual se vieron pronto á la puerta de la torre.

Los pocos moros que la guardaban, viéndose atacados tan de improviso, solo tuvieron tiempo para cerrar la puerta, que no tardó en ser hecha pedazos, merced á los desmesurados golpes de hacha de los caballeros.

Abierta brecha, penetraron osadamente en la fortaleza, sin que los moros acobardados opusieran la mas leve resistencia.

Subieron precipitadamente la escalera, y antes de que Muhamad pudiera saber la causa de tan extraño alboroto, entraron en la es-

¹ Esta puerta se hallaba próxima al sitio en que hoy existe el edificio cuartel ó castillo de este nombre.

tancia Aguilera ; Bedmár y Ponce de Leon.

—Ánimo, nuestra es la empresa, gritó Bedmar al entrar con la espada desenvainada.

—Isabel, ¿dónde estás? Vengo á librarte, serás mia para siempre, exclamó Leon.

—Moro, somos tus amos ahora, dijo Aguilera á Muhamad, que cruzado de brazos miraba con desprecio á los cristianos, de nada te servirá la resistencia; entréganos al momento á la jóven que retienes cautiva.

Una feroz sonrisa asomó á los labios del muslim.

—¿La quereis dijo, venid conmigo, tomadla, ahí la teneis, y al decir estas palabras llevó á los cristianos al ajimez y les señaló hacía fuera.

Un grito penetrante salió de los labios del infortunado Ponce de Leon.

El cuerpo de Doña Isabel se miraba hecho pedazos en un barranco al pié de la torre. La sangre que brotaba de sus tronchados miembros habia teñido de rojo su blanco ropaje.

—¡Miserable ! exclamó con frenesí Ponce: y listo como la corza saltó sobre el moro, atravesándole el pecho con su espada antes de que tuviese aquél tiempo para huir el golpe.

Pero en el momento en que el de Leon sacaba la espada del cuerpo de Muhamad, siente que rasga sus espaldas una acerada guma, que le penetró hasta el corazon.

Era el esclavo Hakin, que al presenciar la muerte de su amo quiso vengarla.

—¡Pobre cristiano! dijo al mismo tiempo: ni muerta ni viva tendrás á esa mujer, destinada á mi dueño y señor.

—Ahora llevarás el pago de tu interés, gritó Aguilera: y tirando un fuerte mandoble al cuerpo del negro, hizo saltar al suelo su cabeza.

Tres cadáveres habian cubierto de sangre en pocos instantes aquel recinto, y otro yacía al pié de la torre.

—¡Pobres muchachos! exclamó tristemente Aguilera, limpiando su enrojecida espada: ¿quién habia de presentir este fin desastroso?

Un guerrero se presentó en este momento á Bedmar.

—Amigo, dijo con precipitacion: uno de los moros que defendian esta torre, logró escaparse y ha corrido al Alcazar á noticiar nuestra venida. Hemos visto desde el terraplen á una turba de Zenetes tomar la direccion de este sitio, y vendrán sin duda á proteger esta guardia. Nuestra permanencia aquí por mas tiempo atraeria serios lances á mi entender.

—Vámonos, Aguilera, dijo Bedmar: y ya que contamos dos víctimas no contemos mas.

—Sí, contestó aquel: volvamos á nuestro campo antes de la llegada de esos moros; pero llevémonos los desgraciados restos de Isabel y Ponce de Leon.

Asi lo hicieron: bajaron de la muralla, y

ambos cadáveres fueron colocados sobre un brioso corcel. En seguida abandonaron los cristianos aquel lugar, volviendo á encumbrarse por el cerro donde vinieran.

Cuando llegaron las fuerzas que el rey enviaba á socorrer á los de la torre, solo hallaron al mutilado Hakin y su dueño rodeados de los moros de la fortaleza, aun no repuestos del susto que la impensada acometida de los cristianos les causara.

A los desgraciados amantes se les dió sepultura en el panteon de la familia de los Ponce de Leon.

Bedmar y Aguilera, apesadumbrados por este fatal suceso, juraron no volver á pisar la ciudad hasta que entrasen como dueños; pero su genio ardiente y emprendedor les hizo quebrantar este juramento para ser de la gloriosa partida que acompañó al valiente y temerario Pulgar en la ardua y azarosa empresa del *Triunfo del Ave Maria*.





La Cerca de Don Gonzalo,

Ultima de Granada.

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
FONDO ANGEL FERRARI





MAGNÍFICA zambra tenía lugar en el famoso *Salon de Comares* de la *Casa Real* de Granada, cuyo trono ocupaba á la sazón Aben-Ismaíl, décimooctavo monarca de esta ciudad, después de haberlo arrancado á Mohamed Abenozin, cognominado *el Cojo*. Los Ábenamares y Mazas, Zegries y Gomeles pululaban por entre el *Patio de los Leones* y el *de los Arrayanes*, vistiendo deslumbrantes y riquísimos alquiceles. Viéranse entre ellos al valiente Abibdar, al jóven y gigantesco Malique Alabez de esclarecida y anti-

quísima prosapia, y á otros moros flor de la corte granadina y prez de los infieles estandar-tes. Paseábanse éstos conversando unos con otros al rededor del estanque, desde cuyo sitio se escuchaba el blando son de las gaitas y chirimias que tocaban en el salon.

Era á fines de una tarde del mes de setiembre.

El sol habia desaparecido del horizonte, dejando teñidas de rojo algunas nubecillas que empañaban el diáfano azul del cielo. Una fresca brisa difundia el perfume que las flores le enviaban en su ida, agitando con dulzura sus tiernos tallos. El susurro de la fuente del *Patio de los Leones*, debilitaba los armoniosos sonidos del salon de la zambra, y por una de las calles formadas de columnas de mármol blanco que adornan aquel recinto, paseaban apartados de los otros grupos dos moros, embebidos al parecer en una interesante plática. Apoyado en un hueco del arco de la *Sala de las dos Hermanas*, se hallaba otro moro, envuelto en un blanco albornoz, cerca del que pasaban con frecuencia los otros dos.

—Sí, Abibdar, decia uno de ellos, es necesario desterrar la molicie y holgura en que nos hallamos sumidos para volver á la antigua vida guerrera; los cristianos estienden considerablemente sus dominios, y no pasa dia sin que cuenten en su reino una plaza mas. Basta de fiestas, basta de torneos: toda esa cuadrilla de valientes que puebla ahora mi palacio, debe de

estar cansada como yo de diversiones, y anhelará aprestarse para el combate.

—Todos son fuertes, Ismail, respondo de ellos, que á la menor señal tuya, pronto los verás dispuestos á la guerra.

—Lo primero, lo mas indispensable que es preciso hacer, y en lo que pienso desde algunos dias, es concluir esa nueva cerca de Granada empezada ya hace tiempo, á fin de ponerla á cubierto de cualquiera tentativa en lo sucesivo. Los restos de la antigua que existen se hallan casi destruidos y para nada nos sirven.

—Pero ¿cuentas con medios para esa obra?

—¡Ay, Abibdar! ese es el dolor que acibara mis placeres hace algun tiempo. Mohamed Abenozin, mi indigno antecesor, ha gastado tanto en sus casas de recreo y en este mismo palacio, que me es imposible en el dia esa construcción.

Callaron ambos interlocutores y siguieron en silencio sus paseos.

—¿No te se ocurre, amigo, algun medio, dijo Ismail al cabo de pocos instantes, un medio que baste á mis designios?

—Sultan, contestó Abibdar, reúne á los jefes de tribu, hazles presente tu situacion, y pídeles.....

—Calla, calla, no prosigas..... ¿Crees que humillaria mi dignidad real hasta el extremo de pedir una limosna á mis súbditos? Nunca, nunca..... ¿Piensas que no me ha ocurrido esa

idea en la tortura que he dado á mi imaginacion para que sacara adelante ese proyecto? Pues sí, te lo confieso; ha sido tan estéril que solo me ha presentado tan humillante recurso: y en este caso ¿qué he de hacer? ¿quién me sacará de esta penosa angustia? Porque esa cerca es indispensable, absolutamente precisa para la seguridad de mi pueblo.

—Pero si desechas mi pensamiento ¿quién te ha de favorecer en tu plan?

—Solamente Alá, contestó Ismail suspirando.

—Y yo despues, exclamó una voz detrás de los musulmanes.

Volviéronse repentinamente, y se encontraron con el moro del blanco albornoz que estaba en la Sala de las Dos Hermanas.

—¡Reduan! espresó Ismail admirado, ¿nos estabas escuchando?

—Perdóname, señor, si el acaso ha hecho llegar á mis oidos vuestra plática.

—¿Dónde te encontrabas?

—A la entrada de esta sala.

—¿Y qué hacias ahí?

—Reflexionar en la palabra que te di un dia, y que justamente es la razon en que me he fundado para interrumpirte.

—Habla.

—Prometí, hallándonos no hace mucho en el recreo del Generalife, que solo en una noche ganaria á Jaen.... Recuerdas?

—Y siendo mio Jaen ¿en qué ha de contribuir al logro de mis planes?

—¿No son cristianos los de aquel reino?

—Bien, despacha.

—Se les exige un impuesto bastante á satisfacer tus intenciones.

—Dices bien, Reduan, eres un buen musulim: dentro de tres dias partiremos para Jaen. Quiero acompañarte. ¿Cuánta gente necesitas?

—Me bastarán mil hombres.

—Abibdar, haz venir á mi presencia todos los jefes de tribu que se hallen en mi palacio.

Salió el mensajero, volviendo á poco á entrar en compañía de los llamados por el Rey.

Entonces, dirigiéndose éste á los recién venidos, exclamó:

—Abencerrajes y Gomeles, Alabeces y Zegries: con todos vosotros cuento para la expedicion que dentro de tres dias ha de salir para Jaen al mando de Reduan. Preparad cada uno de vosotros las lanzas de que podais disponer, y hacedlo de modo que pasado mañana se hallen reunidas ante la Puerta de Elvira. A la tarde revistaré las tropas, y al dia siguiente marcharemos todos á dicha ciudad, pues yo tambien quiero ser de la partida.

Todos inclinaron la cabeza en señal de respeto y obediencia.

—Oye, Reduan, continuó el rey, lleván-

doselo hácia un lado : si logro mi intento y la cerca se construye, á tí lo deberé todo. Serás acreedor á una gracia. El deseo que entonces me manifiestes quedará satisfecho.

—Cuento con tu promesa, señor.

—Musulmanes, la reina y sus damas nos esperan, añadió en voz alta Ismail : id ; divertios esta noche, para pensar mañana en la campaña.

Todos se dirigieron al salon , que estaba espléndidamente iluminado.





MELANCÓLICA y hermosa aparecía la Alhambra la noche anterior al día señalado para la expedición de Jaén. Brillaba la luna sobre un cielo despejado, dibujando en la arena, cual fantásticas sombras, las copas de los árboles de sus frondosas alamedas: el leve ruido que producían al tocar al suelo algunas amarillas hojas desprendidas de ellos, confundíase con el murmullo de los arroyos y el blando susurro de las fuentes, que, reflejando en ellas el astro encantador, las hacía aparecer como otros tantos grupos de espuma y plata. Era

una noche deliciosa; una de esas noches que pinta á su placer la ardiente imaginacion de un poeta; un recuerdo del paraíso, un destello de la grandeza del Omnipotente; era.... una noche en la Alhambra.

Por una de sus calles, en la que apenas la luna podia penetrar, á causa de las entrelazadas copas de sus nogales, que la descarnadá mano del invierno no habia aun deshojado, paseaba lentamente una mujer. Iba cubierta de un tupido velo que nacia de su turbante rojo, bastante encajado sobre la frente. Estaba sola; y un pergamino que arrugaba entre su mano, lo leia de cuando en cuando, parándose en algunos sitios donde la luna, habiendo encontrado un hueco, asomaba un rayo pálido, como ofendida de que la vedasen la entrada en aquel recinto. Despues de leerlo, suspiraba clavando la vista hácia el final de la alameda. Una de estas veces vió dibujarse en el fondo el blanco albornoz de un árabe; corrió hácia aquel sitio, y no tardó en oirse su amoroso coloquio.

—¡Reduan! ¡Luz de mi vida! ¡Con qué impaciencia he esperado la llegada de tus pasos!

—¡Hurí del paraíso! Hácia aquí volaba en busca de la felicidad.

—¡Ah! Reduan, no me abandones; no olvides nunca á esta pobre esclava: tú, el que prestas atractivo á mis cadenas; sin tí moriría la desventurada Jarifa.

—¡Angel mio!

—Pero, dime: ¿por qué me has citado antes del dia de nuestras entrevistas? ¿qué debo esperar de esto? Habla, habla, Reduan: mi vida pende de tus labios.

—Mañana parto, Jarifa.

—¡Alá! ¡qué escucho!

—Tranquilizate, bien mio: tú eres la causa de esta ausencia. Prometí un dia á Ismail ganarle la ciudad de Jaen en una noche, y ha llegado el caso de cumplir mi palabra.

—¡Desdichado, cómo viertes la amargura en mi corazon! ¡Quieres arrostrar esa temeraria empresa por proporcionarle un estado mas á tu rey! ¡y dices que yo soy la causa! ¿Qué he de tener en pro de tan infausta expedicion? ¡Ah! ¡luto, llanto eterno para la vida de Jarifa!

—Mujer, tu imaginacion se alucina. ¿Piensas que todos los monarcas de la tierra me harian separar de tí, si no fueras el móvil que me impulsará? Jarifa, una gracia, á mi arbitrio, me concede el rey si le pongo en posesion de ejecutar el designio que medita: tu libertad, que es mi deseo, será el fruto de mi empresa. ¿Piensas que no corroe mi corazon, cual vibora punzadora, el verte sometida como vil esclava al caprichoso deseo de una mujer? ¿Piensas que no se anegan en lágrimas mis ojos al recordar que tú, hija de reyes, mecida desde la infancia por

el amor y la ventura, halagada por el adulator ambiente de los palacios, eres ahora la esclava que tiene que adivinar el gusto de su ama para servirla con humildad? No, Jarifa: mi corazon revienta en el pecho y clama por volverte á la antigua libertad en que te conoció. Hé ahí mi constante pensamiento: vé ahí la causa de mi loco empeño.

—¡Ah! gracias, gracias, Reduan; pero sigue, háblame de ese modo; ¡me hacen tanto beneficio tus palabras...! encierran tanta ventura....!

—¡Jarifa mia!

—¿Por qué no te fuiste sin decirme nada? Grande hubiera sido mi pena, sí, muy grande; ¿pero qué vale comparada con el dolor que vas á hacerme sentir á nuestra separacion?

—Imposible, mujer, imposible; necesitaba de tu vista para fortalecer mi valor.

—¿Mas no es verdad que tu ausencia durará poco? ¡Ah! dime que sí, Reduan; dímelo, aunque despues haya de cumplirse la voluntad de Alá.

—Será muy breve, así lo espero: ahora abrázame.

—¡Te marchas ya!

—Sí, es tiempo; vuelve al palacio, no apereciban tu falta. Regala al buen Jusef que nos proporciona esta felicidad, y ruega por mí.

Nada respondió Jarifa. Las palabras se ahogaban en su garganta. Apoyada en el tronco

de un árbol, mirando alejarse á su amante, dió rienda á su llanto de amargura. Calmada algun tanto con este bálsamo del corazon, postrose de hinojos sobre la arena, cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y oró.

Á la mañana del dia siguiente, salió por la *Puerta de Elvira* una brillante division compuesta de doce mil hombres entre infantes y ginetes al mando del valiente Reduan. Ismail, Abibdar y otros nobles y bravos moros acompañaban la expedicion.

Desde la *Torre de la Vela* miraba la reina con sus damas y esclavas la salida de este ejército escogido, y entre los pañuelos que ondeaban vióse una blanca mano levantada al cielo. Era Jarifa que pedia en silencio al Profeta le volviese á su amante con vida.





En la espaciosa sala de una casa próxima al *real convento de Santa Clara* en Jaen, adornada con antiquísimos muebles de estilo gótico, estaba sentado don Gonzalo de Stúñiga, obispo de Jaen, jugando al ajedrez con don Iñigo Tablares, su mayordomo mayor; disgustado en extremo se hallaba el obispo, pues perdía aquella tarde contra su costumbre.

Su adversario, caladas las gafas y encasquetado un gorro negro, seguía con minuciosa atención la marcha de las piezas contrarias, sufriendo resignadamente las rabietas de non

Gonzalo cuando le comia alguna, y los dictados de mal jugador con que era apostrofado á cada jaque que llevaba. Un criado entró precipitadamente en el salon.

—¿Qué vienes á hacer aqui sin que te llame? dijo con mal humor don Gonzalo.

—Señor, este pliego que acaba un hombre de traer con mucha prisa para vos: dice que los moros de Granada vienen contra nosotros.

—¿Cómo? ¿qué dices? don Iñigo, esperad un poco, veamos esto.

Rompió el pliego que le acababan de llevar, y comenzó á leer.

—¡Diablo! dijo despues que hubo leído. El rey de Granada viene hácia aqui con un numeroso ejército: están á seis leguas de distancia.

—¡Caramba! exclamó el mayordomo levantándose de su asiento.

—Pronto, pronto, que salgan mensajeros para Baeza, Úbeda y Cazorla, con órden de que apresten las fuerzas que puedan facilitar, á fin de que hoy mismo vengan á Jaen. Que toquen á rebato las campanas de las iglesias, y se reuna el pueblo en masa para hacer una salida, ayudado de los refuerzos de los pueblos comarcanos. ¡Vivo, don Iñigo, vivo! disponed se cumplimenten mis disposiciones.

En la tarde de aquel dia una hueste numerosa, á cuya cabeza iba don Gonzalo, quien á pesar de su avanzada edad trocara sus há-

bitos religiosos por una armadura bien templada, salió de Jaen para hacer frente á los moros. Esta salida asombró extraordinariamente á los infieles, y sobre todo á Reduan que creia tomar á Jaen por sorpresa, y lleno de rabia no pudo menos de esclamar:

—¡Nos han vendido!

Esta voz, que cual plomo mortífero atravesara de unos en otros los corazones de la morisma, infundió el desaliento y el temor. No obstante, empenóse una lucha encarnizada y cruel. Reduan hizo prodigios; Ismail no se quedó atrás; los demas caudillos secundaron estos esfuerzos, mas en vano. Eran los cristianos muy fuertes y en mayor número; el estandarte agareno se rindió al de la cruz: los moros huyeron derrotados, pero llevando algunos cristianos, que el heroico arrojó de Reduan habia hecho prisioneros.

La tropa, que tan alegre y brillante salió de Granada, entró mustia y silenciosa como fúnebre comitiva.





TRES dias eran pasados de estos sucesos. Estando la mañana del cuarto el rey Ismail en su palacio real de la Alhambra, rodeado de toda su corte, lamentaba con su favorito Abibdar el fatal resultado de la expedicion de Jaen. Triste y cabizbajo se hallaba el infeliz Reduan, viendo desvanecidas sus lisonjeras esperanzas. Asomado á un ajimez, paseaba su distraida vista por los frondosos cármenes del Dauro, sumido en sus reflexiones.

—Es cierto, se decia interiormente, es cierto que Jarifa me ama, como anoche me

lo juró, aun despues de haber faltado á mi palabra, despues de haber dejado de ser caballero.... ¡Oh! ¡maldicion sobre mí! Pero acaso ¿es eso bastante á calmar mi sufrimiento? ¿La he devuelto su libertad como anhelaba? ¿No se encuentra sometida á la voluntad de quien la manda? ¿Qué he hecho pues? ¡Miserable! agravar su situacion.... la mia.... y.... ¡Oh Alá, Alá! ¡cuánto sufro! Y el desgraciado se oprimia con ambas manos las sienes, que abrasaban cual candente metal.

Entre tanto el rey tambien se quejaba de su suerte.

—Ya lo has visto, decia á Abibdar: no puede haber monarca en quien el destino se encarnice con tanta ansia como en mí. El medio que nos presentó Reduan para la construccion de la cerca, ha desaparecido como la pavesa en el huracan; y hénos aqui en el mismo estado que antes, con una derrota mas y muchos soldados menos.

—En verdad ¡oh rey! que no parece sino que el genio del mal se ha conjurado contra nosotros.

—Esa cerca, esa maldita pesadilla que me persigue sin cesar, que nada es suficiente á distraerla y que no la puedo desechar ¿cuándo la veré desvanecida?

Apenas habia acabado Ismail de hacer esta exclamacion, cuando un musulman se llegó hasta él, y haciendo una respetuosa re-

verencia le entregó un pergamino enrollado.

—¡Mi rey y señor! es un cristiano de Jaen que han dejado subir á este sitio, y que espera tu resolucion.

Desenrolló el rey el pergamino, y lo pasó despues á su favorito.

—Lee, Abibdar, y esplicame qué hay de esto. ¿Dónde están los cristianos cogidos en la batalla de Jaen?

Sorprendido pareció Abibdar con la lectura de aquel escrito, que devolvió á su soberano diciendo:

—¿Será posible que entre esos cristianos...?

—¿Dónde están?

—Reduan los tiene á su cargo, pues á él le pertenecen.

—Hazle comparecer.

Abibdar distrajo las tétricas reflexiones del moro, comunicándole este mandato.

—Acércate, Reduan; le dijo el rey viéndole llegar. Hace dias que ofrecí concederte la gracia que me pidieras, si me facilitabas el medio de hacer una cerca á Granada. Ese medio está en tu mano, dámelo y pídemelo lo que quieras.

Atónito quedóse el moro. Miraba con desencajados ojos al monarca dudando de lo que oia, y no sabiendo si atribuir á mofa las palabras de su soberano.

Conoció éste su embarazo y no quiso prolongar la admiracion de su súbdito.

—Ven acá, le dijo sonriendo, antes de usar de esa prerrogativa facilítame ahora mismo el recurso.

—Pero, señor.....

—¿No te pertenecen los prisioneros de Jaen?

—Tuyos son todos, y hasta yo mismo si ese es.....

—¡Eh! no soy tan ambicioso, me basta con uno, ¿quieres entregármelo?

—Dime cuál y.....

—Don Gonzalo de Stúñiga, obispo de Jaen.

—¡Será posible! ese cristiano.....

—Es uno de los prisioneros; vestia de soldado y tuvo la desgracia (por nuestra fortuna) de caer en tus manos. Eso me dicen en este pliego los cristianos de Jaen, y me suplican ponga precio á su rescate. Ya ves que una ocasion mejor para nuestro propósito de la cerca no podia presentarse.

Pidió Ismail una pluma y puso al pié del escrito:

«Se pondrá en plena libertad al obispo don Gonzalo de Stúñiga, si se obligan los cristianos de Jaen á concluir el lienzo de muralla que circunda á toda Granada; entendiéndose, que solo se cumplirá aquello, cuando esté terminada la obra de un todo.—Ismail, rey de Granada.»

Ahora, dijo dirigiéndose á Reduan, te toca á tí hablar, ¿qué deseas?

Embriagado de placer y loco de júbilo

por aquella transición tan repentina, que al par que su honor le devolvía, poníalo en posición de quebrantar la esclavitud de su amada, Reduan se precipitó á los piés del rey.

—Rey piadoso: nunca usara de la gracia que tu munificencia me concede, si lo que hubiere de pedir fuera para mí: mas, señor, adoro á una mora, á una hija de reyes, que los azares de la fortuna han venido á apresarla con pesados eslabones, é imploro su libertad. Dásela á Jarifa, á la esclava de vuestra esposa, y es el mayor bien que puedes hacer á tu humilde súbdito.

—Levanta, Reduan, contestó Ismail: tuya es Jarifa; tuya su libertad: ¿estás contento?

—Bendígate Alá, señor.

Dos dias despues, libre Jarifa de los hierros de la esclavitud, era mujer de Reduan.

El rey Ismail vió tambien su deseo cumplido. El rescate del obispo de Jaen, que no quiso en un principio revelar su clase por parecerle mas fácil su libertad creyéndolo simple soldado, le valió su cerca tan apetecida. En el cerro donde existe la ermita de San Miguel, antes torreón morisco llamado del *Aceituno*, se ven aun algunos vestigios de ella; la cual empezaba en la Puerta de Elvira, seguía por detrás del convento de la Merced (hoy cuartel de infantería) con dirección al de San Diego, *Puerta de Fajalauza*, cerro de San Miguel, hasta la dicha torre del Aceituno, y bajaba al camino

del Sacromonte, enlazándose con parte de la cerca anterior en el *Barrio del Hajeriz*, hácia la *Cuesta del Chapiz*.

El viajero que visita á San Miguel está muy lejos de creer que aquellos carcomidos é informes murallones que se presentan á su vista, traen su origen de tan curioso acontecimiento.



La Torre de los Siete Suelos.



CORRIAN los años de 15...¹ Don Mendo de Alcaraz, alcaide en este tiempo de la fortaleza de la Alhambra, estaba casado con doña Mencía de Sanabria, de cuyo matrimonio tenía siete hijos, el mayor de ocho años. Felices vivían, al parecer, sin que ninguna amargura turbara el reposo de su existencia; empero bien distantes estaban de creer los que aquello suponían, el verdadero estado de su

¹ Esta tradición está sacada de los papeles de una antigua casa de..... donde se conserva la historia de la causa seguida por los tribunales.

situacion. don Mendo de Alcaraz, era de un genio tan vivo y soberbio, que algunas veces degeneraba su rabia en locura, siendo de temer en tales momentos cualquier violento esceso. Era ademas de un carácter débil, inclinado á pensar mal de todo el mundo, y á dar incremento á chismes y sospechas, que á fuerza de reflexionar en ellas las creia realidades, figurándose la cosa mas natural del mundo lo que jamás pudiera suceder por la inverosimilitud de que se hallara revestida.

Nueve años llevaba de union con doña Mencía, y en todo este tiempo, ni la mas leve queja habia salido de los labios de su esposa, á pesar de las continuas reyertas y malos tratos que le proporcionaba el endiablado genio de don Mendo. Ligada á éste por razon de intereses, y sin profesarle el amor mas mínimo, llevaba una vida de mártir, sin tener otros placeres que el cuidado de sus hijos, cuya inocente sonrisa y halago recompensaban en algun tanto sus pesados sufrimientos.

Vino por entonces á Granada un antiguo conocido de don Mendo, quien á instancias de éste se habia alojado en su casa. Don Hiscio Riaño, que asi se llamaba el amigo, era un viejo de una libertina conducta, gastado por sus desastrosas costumbres y asaz mal intencionado. Vió á doña Mencía que apenas contaba veinte y siete años, prendáronle sus hechizos, y resolvió añadir una nueva conquista

al catálogo de las suyas, creyendo encontrar en esta mujer la fragilidad que en las demas que tratara.

Vanos fueron sus intentos. Rechazado por doña Mencía con un teson digno de elogio, era por la primera vez burlado en sus esperanzas, y por la vez primera despreciado de una mujer.

De este contratiempo nació en su corazón dañino y cruel, una horrible idea, que fijándose cada día mas, concluyó por determinarse á ponerla en práctica. Aborreció entrañablemente á doña Mencía, y quiso vengarse. Su larga amistad con don Mendo le habia hecho conocer lo débil é irascible de su genio, y pensaba aprovecharse de esta circunstancia para el logro de su proyecto. Tal era el estado de las cosas cuando empezamos esta tradicion.





EN una sala amueblada con elegancia y lujo de la casa del alcaide en la Alhambra, estaban fumando despues de comer don Hiscio y don Mendo, sentados en muelles sillones de pluma. Un balcon abierto en el testero del Mediodia, dejaba ver las frondosas copas de algunos árboles que se levantaban hasta allí, y el hermoso azul del cielo, sembrado de algunas blancas nubecillas. Al lado del balcon estaba doña Mencía durmiendo en sus brazos al hijo menor, y rodeada de los seis restantes que se entretenian en inocentes juegos.

—¡Magnífica tarde para pasear! dijo Don Mendo despues de haber tirado su cigarro: ¿qué te parece Hiscio?

—Mejor fuera cazar, contestó éste mirando al soslayo á Doña Mencía, y sobre todo para el ojeo del ciervo.

—Ganas tengo de proyectar una salida, respondió el alcaide; y antes de que te marches, hemos de hacer con el correspondiente tren de caza, una batida en los montes comarcanos.

—Siento que no me sea posible, Mendo.

—¿Cómo es eso?

—Asuntos de importancia me llaman á Madrid, y mañana parto; pero antes quiero, siguiendo la idea que has propuesto, dar un paseo por esas alamedas, pues la tarde no puede ser mas deliciosa.

Esto diciendo, levántose Don Hiscio y se aproximó al balcon.

—Por última vez, señora, ya habeis oido, mañana parto..... respondió..... dijo entonces bajo á Doña Mencía, pero mirando á otra parte.

—Nunca, caballero, nunca, respondió con noble entereza.

—¡Miradlo bien!

Una mirada de desprecio fué la contestacion de Doña Mencía.

—Basta, señora, bien, continuó don Hiscio con amenazadora voz: y luego volviéndose hácia don Mendo que se aproximaba á este

tiempo al balcon, dijo señalándole á su esposa:

—No quiere acompañarnos por mas que se lo he rogado: pensaba disfrutar esta tarde, que es la última que me hallo en Granada, de vuestra grata compañía, pero ¡habré de tener paciencia!

—¡Bah! no le hagas caso, amigo: tiene la falta de ser caprichosa como todas las de su sexo, contestó el de Alcaraz que, siendo un poco celoso, se alegraba en su interior de que no les acompañase su esposa.

Saludó cortesmente don Hiscio á doña Mencia, y salió de la casa acompañado de su amigo. Pocos pasos habian dado, cuando encontraron á un chicuelo de algunos ocho ó nueve años, sucio y andrajoso, que se les acercó á pedirles una limosna.

Paróse don Hiscio y alargó una moneda al muchacho, haciéndole una inteligente señal que no percibió don Mendo. Deshízose el mendigo en gracias, y los amigos continuaron su paseo.

Vivo como el rayo marchó el muchacho hacia la casa del alcaide, dijo algunas palabras al oido de una mujer que estaba parada á su frente, y llamó despues á la puerta. La mujer habia desaparecido de aquel sitio.

—¿Qué quieres, avestruz? exclamó abriendo un sirviente, al ver el asqueroso aspecto del que llamaba.

—Buen caballero, contestó llorando, quisiera ver á la señora.

—¿Y qué tienes tú que ver con la señora? ¿he?

—¡Señor! hacedlo por el amor de Dios, que ya os recompensará este beneficio.

—Si es una limosna la que quieres, toma y vete, dijo el criado poniéndole en la mano algunos maravedises.

—¡Dios os lo pague! contestó guardándose el dinero, pero es preciso que yo vea á la señora, hacedlo señor caballero; mirad que es una obra de caridad que no os pesará en el otro mundo.

Tanto instó, que fué al fin el criado á pedir permiso á doña Mencía, y obtenido á poco trabajo de su benéfico character, introdujeron en el salon al mendigo, quien al verla corrió hácia ella, y arrojándose á sus piés, dijo con una voz plañidera y ahogada por el llanto:

—¡Señora, favorecedme por Dios! ¡Tengo un padre anciano casi moribundo por la necesidad, y cinco hermanos pequeños estenuados por el hambre! ¡Tres dias hace que no hemos sido socorridos, y tres dias que no ha entrado en mi cueva miserable, ni un pedazo de pan! ¡Amparadnos, señora, por la Virgen! ¡Tened compasion de nosotros; no creais que os engaño; venid conmigo y os convencereis del horrible estado de nuestra situacion! Y al decir esto el muchacho con un acento que traspasaba el alma de la mujer del alcaide, regaba el pavimento con sus lágrimas.

Sensible en extremo doña Mencia, despertóse en su alma un sentimiento de caridad. Presentábase un caso en que hacer bien á aquellos desgraciados, y una voz interior, sin duda la de su ángel malo, le aconsejaba no desperdiciarlo. Quería hacer las veces de la Providencia con aquellos infelices, entrando por sus puertas los auxilios que por tanto tiempo hacia estaban privados.

No reflexionó mas; llamó á su doncella y pidió su manto.

—¿Dónde vives, hijo mio?

—Cerca de los *Siete Suelos*.

—Pues vamos; conducíme á tu casa, dijo poniéndose el manto que le habian traído, y ambos salieron.

Aquella misma tarde, poco despues de que don Hiscio diera la limosna al muchacho, y cuando ya el sol comenzaba á declinar, una mujer, la misma con quien hablara el mendigo niño, salia al encuentro de los dos amigos, y dando una carta á don Mendo, desapareció por entre las alamedas de la Alhambra.

Abrió don Mendo el pliego, y leyó á la luz del crepúsculo lo siguiente:

«Cáusame compasion, don Mendo, vuestro estado, y pesa á mi conciencia teneros por tanto tiempo encubierta vuestra desgracia. La mujer con quien la mala estrella que os persigue os ha unido, deshonra vuestra heróica nobleza muchos años ha. Antes de que os conociera tenía

un amante, y aun sigue sus amores á pesar de los deberes que mas tarde contrajo con vos. Ninguno de los hijos á quienes alimentais son vuestros; fruto es de su adúltera pasion, y son otras tantas trompetas que publican á la faz del mundo la infamia que os cubre. ¡Pobre don Mendo! os tengo lástima, y eso me mueve á descubriros vuestra situacion, para que no seais por mas tiempo el ridiculo de toda Granada. Si creis esto una calumnia hija de algun rate-ro enemigo de doña Mencia, id á las oraciones de hoy, ó de cualquier dia, pues esta es la hora que no estais en vuestra casa; id os digo, á los *Siete Suelos*, y juzgareis entonces del crédito de este papel.”

Ya que no nos es desconocido el genio iracundo de don Mendo, fácil es figurarse la impresion que le causaria el anónimo terrible. Una revolucion espantosa se operó en toda su máquina. Subiósele la sangre á la cabeza y se oscureció su vista. La cólera lo poseia, y estrujaba entre sus manos el fatal escrito. Pero contuvo la esplosion. Lo veia su amigo, y para no participarle su deshonor era preciso fingir, mas tambien era preciso cerciorarse aquella misma noche de la verdad de la acusacion.

—¿Qué es eso? preguntó don Hiscio: ¿qué te dicen en ese pliego, que tanto efecto te ha producido? ¡Estás temblando como un azogado!

—¿De veras? contestó don Mendo con

una sonrisa violenta, mucho mas pavorosa que el acceso de rabia: ¡bah! será aprension tuya: no es nada, nada absolutamente.... Me llaman para cierto negocio á donde tengo que marchar en seguida.... por lo que te ruego vuelvas á casa.... ¿estás?.... alli esperarás mi vuelta.... muy poco tardaré, muy poco.

Y sin esperar respuesta de don Hiscio se alejó rápidamente.

Una sonrisa diabólica apareció en los labios de don Hiscio, quien siguió á lo lejos á su amigo.





El sol habia desaparecido completamente del horizonte, arrastrando en pos de sí los arboles que esparciera al hundirse en lontananza. Iban ya borrándose los objetos, y acercándose las tinieblas de la noche, mas indicadas en la Alhambra por las espesas copas de los álamos que impedian la tenue claridad del crepúsculo. Habia sonado el toque de oraciones en Santa Maria, y las puertas de la fortaleza se habian cerrado tras del último valetudinario que subiera á recrearse en aquella postrera mansion de moros. Solitaria y si-

lenciosa se hallaba la Alhambra, cuyas alamedas sombrías en semejante hora tenían un aspecto lúgubre y melancólico. Los pájaros no cantaban y la brisa no movía las flores. Un hombre tan solo precipitadamente avanzaba en dirección de la *Torre de los Siete Suelos*. Al cabo de algunos minutos, presentose á sus ojos el negro torreón, que se dibujaba apenas cual fantástica sombra en la azulada bóveda del cielo, sembrada de tibias estrellas. Apresuró su marcha el caminante, subió á un montecillo que distaba pocas varas de aquella terrible mole, y quedó parado ante el espectáculo que dominara desde allí.

Un hombre y una mujer estrechamente abrazados estaban al pié de la torre; sus cabezas juntas, juntos sus pechos, sus manos entrelazadas.... Un vértigo espantoso se apoderó de don Mendo. Zumbábanle los oídos, y sus pupilas se inyectaron de sangre. Había reconocido á su mujer. La sorprendía con su amante.... su deshonor era cierta. Precipitóse hácia el grupo.... no veía....

Al ruido de sus pisadas desprendiose el hombre de su compañera y desapareció con una rápida huida. La mujer cayó desplomada. Llegóse á ella don Mendo, sacó un puñal y hundió cien veces su acerada hoja en el pecho de la desgraciada: la sangre brotaba á borbotones. Su vista aumentaba su delirio.... y hería.... hería sin cesar. Hartóse de sangre. El

cuerpo de doña Mencia estaba acribillado á puñaladas. Buscó luego don Mendo por todo el terraplen á su cómplice; pero nada veia... á nadie encontró. Entonces volvió al sitio del asesinato, y levantando el ensangrentado cuerpo de su esposa, penetró en lo interior de la torre, habitada solamente por buhos y murciélagos, acercóse á la horrenda entrada de los *Siete Suelos*, y lo arrojó con violencia en sus profundas regiones.

Marchó despues á su casa, llamó á sus hijos, y, encerrándose en su aposento, tornó á leer el anónimo.

—¡No son mis hijos...! es verdad. ¡No son mis hijos! esclamaba acometido de un nuevo delirio... ¡Son las trompetas que publican mi deshonra...! Pronto callarán.... No mas infamias.... Desaparezcan esas manchas que envilecen mi existencia.... pero aun no es hora; esperemos. Y empezó á dar grandes carreras por la estancia.

Los niños, apiñados unos contra otros y llenos de miedo, miraban á su padre con espantados ojos. El mayor de ellos llevaba en sus brazos al que estaba aun en mantillas. Asi lo habia ordenado don Mendo.

Pasaba el tiempo. Eran las doce de la noche. Entonces mandó con imperio á los niños que lo siguiesen. Salieron por una puerta secreta, y al cabo de pocos minutos llegaron á la fatal y tenebrosa torre. Un sentimien-

to de compasion despertóse en el alma de don Mendo. Erizáronsele los cabellos y miró á sus hijos. Un grito de pavor exhalaban éstos al ver el gesto de su padre; y temblando de miedo, se agrupaban esclamando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

Aquellas voces, que retumbaban en las bóvedas de la caverna, presentaron en la demente imaginacion de don Mendo la escena que habia presenciado en aquel lugar pocos momentos antes.

—¡No son mis hijos! espresó con balbuciente voz por la cólera que le dominaba, y en un estado de locura casi completo, dió de puñaladas á los pobres niños, arrojándolos como á su madre en aquella formidable garganta. Uno de ellos pudo escaparse, y saliendo de la torre echó á correr llorando por el terraplen; pero oyó sus lamentos el feroz alcaide, y alcanzándolo prontamente le asió por los cabellos y arrastrólo á los *Siete Sueños*, donde sufrió la misma suerte que sus hermanos.

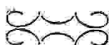
—¡Ya está cumplida la justicia! exclamó con bronca voz: ¡nadie queda de esa raza maldita! ¡Estoy vengado...!

Un ¡ay! tremebundo resonó en aquel momento, que repitieron los huecos de las torres de la Alhambra, y un hombre deslizóse por entre los matojos que cubrian el terraplen. Era don Hiscio.

Corrió hácia aquella sombra don Mendo, pero se le fué de entre sus manos; y rugiendo como una hiena á quien arrebatan su hijo, dirigióse á su casa esclamando:

—¡Será el amante! ¡pero que el cielo me confunda si antes de tres dias no bebo toda la sangre de sus venas!

Y entró en su habitacion por la escalera secreta.



IV

TRASCURRIERON algunos días. Don Hiscio se habia marchado á Madrid; don Mendo quedó solo en su casa. Pasado aquel arrebató que oscureció su discernimiento, entró la reflexion con sus aterradoras luces. Una voz le gritaba desde el interior de su pecho: «¡Asesino, asesino!» y ya sentia los atroces efectos de una conciencia cargada de crímenes. Verdad que procuraba hacer frente á esta acusacion, presentando á doña Mencía en el lleno de su falta; ¿pero era acaso igual la culpa al castigo? Y los inocentes niños, ¿qué parte tenian en los deslices de una madre cruel é impura? Estos pensamientos maceraban la imaginacion del alcaide, sin dejarle un momento de repo-

so. El sueño huyó de sus párpados, y la intranquilidad reinaba en su espíritu. Además, el crimen podía descubrirse. Algunas hablillas circulaban entre el vulgo sobre la desaparición de doña Mencía y sus hijos; podían formalizarse y llegar hasta los jueces, á quienes tendria que dar cuenta de su familia: ¿y qué hacer en tan apurada situación? Lo primero ante todas cosas era impedir la entrada en los *Siete Suelos*, que siendo visitados por algunos extranjeros, infaliblemente encontrarían los cadáveres; y.... entonces, ¡desgraciado de él! Pensando en este asunto, tuvo una idea que puso en ejecución desde luego.

Como descendiente de una de las mas ilustres casas de Granada, la afición dominante en aquellos tiempos, que era la caza del jabalí, habíansela trasmitido sus antepasados, y tenía en su poder una brillante y numerosa jauría. A las once de la noche, cuando dormían todos sus criados, bajaba al establo donde estaban los lebreles, y salía por la puerta secreta á la Alhambra rodeado de todos ellos. Llegaba á los *Siete Suelos* y se escondía detras de un hueco. Si por casualidad algun miserable habitante de los que poblaban las cuevas que existen mas allá del *Campo de los Mártires*, acertaba á pasar por aquellos contornos, silbaba á sus perros el toque de acometida, y salían como centellas ladrando y persiguiendo al extraviado transeunte, que miedoso como todo el vul-

go de aquella época, creía ver en los perros espíritus del mal en figura de canes, y corría despavorido á encerrarse en su choza, donde pálido, jadeante y con el cabello erizado refería á su familia el espantoso peligro á que había estado espuesto. Estos sucesos fueron corriendo de boca en boca; y al poco tiempo toda Granada creía sin la menor duda, que de los *Siete Suelos* salían caballos *descabezados* y enormes perros *lanudos*, que perseguían y acosaban al insensato que tuviera la osadía ó desgracia de pasar cerca de aquel medroso sitio á media noche; dando esto lugar á inverosímiles anécdotas de cerebros vacíos, que aun se conservan entre algunas personas de los tiempos que alcanzamos.¹

La conciencia de don Mendo cada día le fatigaba con mas ahinco. La gente no cesaba de hablar de la desaparición de su familia, y ya iba este suceso hallando eco en los tribunales.

¹ Creían antes con la mejor buena fe, que todas las noches á las doce en punto salía de los Siete Suelos un caballo sin cabeza y un perro todo de lanas sin cuerpo material alguno, á los que llamaban *el Descabezado* y *el Lanudo*, quienes paseaban corriendo toda la Alhambra bajando á veces hasta la ciudad. Estos eran los guardianes de los tesoros que escondieron los árabes al tiempo de su espulsión, con la esperanza de volver á reconquistar á Granada. La torre de los Siete Suelos fue demolida en parte cuando se hicieron las fortificaciones en 1836, estando reducida en el día á una especie de plataforma. La bajada á estos suelos está completamente inaccesible, por los escombros é inmundicias de que se halla llena.

Era un día de riguroso invierno. Estaba don Mendo solo en su habitacion á vueltas con sus remordimientos, tomando con inapetencia una jícara de chocolate.

Un criado se le presentó y entregole una carta con sello negro. Rompe al instante el sobre y abre el pergamino. Era de don Hiscio. Hallábase cercano al sepulcro, y queria depositar en don Mendo el peso que oprimia su alma, pidiéndole perdon de un gran delito. Contábale que los amores de su esposa doña Mencía eran falsos: que habiéndole parecido hermosa y no pudiendo vencer su obstinacion en ser fiel á sus deberes, habia manejado toda la intriga de que fueron víctimas doña Mencía y sus hijos, valiéndose al intento de una familia de gitanos, quien por algun dinero ofreció hacerlo de modo que no quedase la menor duda del adulterio de doña Mencía, tomando á su cargo el llevarla á la torre, y presentar las cosas bajo la impúdica apariencia que fascinara al alcaide: que conociendo se acercaba su última hora, y arrepentido verdaderamente de aquella falacia, pedia misericordia á Maria Santísima y á él su perdon.

Imposible es pintar el anonadamiento en que cayó el infeliz don Mendo al leer el fatal escrito del pérfido don Hiscio. Permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos, y no salió de aquel estado sino para caer de rodillas elevando las manos al cielo y orar. Des-

pues se levantó un poco mas tranquilo; habia tomado una resolucion irrevocable. Pidió su capilla y sombrero, y se fué á la Alhambra. A poco de haber salido de su casa, lo detuvo un alguacil acompañado de varios corchetes, quien le preguntó:

—¿Sois don Mendo de Alcaráz, alcaide de esta fortaleza?

—El mismo soy, respondió el alcaide con voz firme.

—Tened entonces la bondad de seguirmos.

—¿Á dónde?

—Á la prision de estado.

—¿De qué se me acusa?

—De haber hecho desaparecer á vuestra familia.

No preguntó mas don Mendo, y siguió tranquilo á los alguaciles á la cárcel de corte, donde fué puesto en prision. En la primera comparencia que tuvo ante los jueces, confesó su crimen con todos los detalles, declarándose culpable.

Sacáronse los mutilados cadáveres, á los que se les hicieron unas suntuosas exequias; se instruyó el competente proceso, y el alcaide fué condenado á la pena capital. Sus parientes solicitaron de los tribunales una próroga para representar al rey impetrando su perdon, y detuvieron un mes la ejecucion de la sentencia.

AMANECIÓ uno de los nebulosos y frios días de enero. Las primeras personas que acertaron á pasar por la *Plaza Nueva*, vieron no sin asombro el espectáculo que se ofrecía á su vista, quedándose paradas por algun tiempo. En el costado del Poniente se levantaba un tablado de diez varas de largo y seis de ancho, forrado de un paño negro que bajaba hasta el suelo. Un tajo había en el centro, tambien enlutado, y un hacha cerca de él. En el extremo opuesto al de las escaleras, que eran catorce, y sobre un pequeño altar, tambien cubierto de

negro, estaba un mediano crucifijo alumbrado por cuatro hachones de cera amarilla. Un piquete de guardias del rey custodiaba el tablado, viéndose á los centinelas que mústios y sombríos paseaban por los ángulos.

Pronto cundió por Granada la noticia de este extraño incidente, y á las diez del día era imposible transitar por entre el inmenso gentío que ocupaba la plaza. Todos se preguntaban quién era el reo, y nadie sabia contestar. Los balcones y ventanas aparecian tambien llenos y los muchachos, encaramados sobre los marcos salientes de las puertas y algunas rejas, ponian en movimiento á la multitud con el alarmante grito de «ya vienen, ya vienen.” Arremolinábase esta prontamente, empujábanse los hombres estirando cuanto mas podian la cabeza, y nada les era posible ver. Los muchachos entonces prorumpian en grandes carcajadas y silbidos, y la gente burlada tornaba á rehacerse y á aguardar refunfuñando, hasta que otra vez las voces de los pilluelos volvian á ponerla en movimiento.

Serian mas de las once cuando el sonido de unas destempladas trompetas pusieron en grande agitacion á todos los espectadores cansados de tanto esperar, y ocho guardias de á caballo entrando de improviso en la plaza, abrieron calle hasta el tablado, no sin que esta brusca acometida dejase de producir sendos pisotones y puñadas en la estrujada multitud.

Hecho ya este camino, un fúnebre cortejo entró por él con lento paso, procediendo de la calle de Elvira. Un piquete de soldados con su oficial á la cabeza, abría la comitiva. Seguían de dos en dos y á caballo los ministriles de la justicia vestidos de negro.

Detras iban á pié hasta doce sacerdotes con sus hábitos y sombreros de canal en la mano. Á continuacion marchaba la parroquia con luces y manguilla, llevando cuatro monaguillos una enlutada caja, á la que seguían gran número de curas con sobrepellices cantando el salmo *De profundis clamavit*. Una carroza cubierta, tirada por cuatro caballos negros iba despues, cercada por dos hileras de guardias, y detras caminaba á pié el ejecutor de la ley acompañado de sus ayudantes, cerrando la marcha un escuadron de la misma tropa.

Al llegar los primeros al tablado hicieron alto, y formando calle la comitiva dividiéndose en dos alas, avanzó hasta allí la carroza y el ejecutor. Abriose la portezuela. Los soldados formaron un gran cerco, callaron las preces, y todas las miradas se dirigieron entonces hácia aquel lugar esperando conocer á la víctima. Un hombre de rostro enjuto, pálido y macilento, vestido con una ropilla de terciopelo negro, salió del coche seguido de un cura. La mayor parte de la concurrencia no le conocía. Era don Mendo de Alcaráz, alcaide de la fortaleza de la Alhambra. Subió con resuel-

to paso las escaleras del patíbulo. El sacerdote iba á su lado. Dirigióse don Mendo al altar, y postrándose de hinojos ante el crucifijo, permaneció largo rato en oracion.

Entre tanto ya estaban encima del tablado el verdugo y sus ayudantes disponiendo aquellos terribles preparativos.

Levantose el reo, é hizo una seña al sacerdote, quien se le acercó en seguida.

—¿Teneis algo que declarar, hijo mio? preguntó con dulce y afligida voz.

—Una cosa tan solo, contestó firmemente don Mendo. Cuando mi cabeza haya sido dividida del tronco, desabrochad mi ropilla, y hallareis junto á mi pecho un pergamino. Leedlo en alta voz y entregádselo á mis jueces. Nada mas deseo. ¿Lo hareis tal como lo digo?

—Sí, hijo mio, se cumplirá tu última voluntad.

—Gracias, padre. Ahora dadme vuestra bendicion, el verdugo me aguarda.

Postrose de nuevo don Mendo, y recibió del sacerdote su bendicion. En seguida se puso á disposicion de los sayones. Ejecutaron éstos sus repugnantes maniobras, y á los pocos minutos solo quedaban en el centro del tablado el verdugo y su víctima. Levantó aquel el hacha, la hizo girar al rededor de su gorro describiendo un círculo en el aire, y cayó sobre el tajo con una fuerza brutal. La cabeza de don Mendo rodó por el tablado. Un grito de

terror salió del pueblo, y los sacerdotes volvieron á entonar los salmos. Entonces el clérigo que acompañó al alcaide, se acercó á su tronco ensangrentado, desabrochó su ropilla, y sacó un pergamino doblado; mandó subir á los ministriles, reclamó silencio de la multitud, y dijo con firme y sonoro acento:

—Es la voluntad del alcaide don Mendo de Alcaráz, que lea este documento en alta voz y despues de su muerte, para que sea notorio al pueblo de Granada: oid.

Y en seguida abriendo el papel, leyó lo siguiente:

«Nos don Felipe II, rey de Castilla, de Leon &c. En vista de la causa formada en la Chancilleria de Granada contra don Mendo de Alcaráz, alcaide de la fortaleza de la Alhambra, por el asesinato cometido en la persona de su esposa é hijos, y atendiendo á las circunstancias que le impulsaron á tamaño crimen y al estado de su salud próximo á la demencia, siendo en uno de los vértigos que padecía cuando hizo el daño, por el que ha sido condenado; en uso de nuestras reales facultades, indultamos al referido don Mendo de Alcaráz de la pena capital que le ha sido impuesta, mandando en su lugar la prision perpetua en una de las torres de su alcaidia.=Firmado, etc.»

Una exclamacion general de asombro respondió á esta lectura; el mismo sacerdote casi pudo concluir. ¡El perdon rehusado por la víctima!!

Pero aun tenia mas escrito el documento. A continuacion de la firma del rey, seguian del puño y letra de don Mendo estas palabras:

«Mi familia, por evitar la mancha que caeria sobre su nobleza, si uno de los miembros de su claro linaje pereziese en un patibulo; y por librarme de muerte tan ignominiosa, ha conseguido de la clemencia del monarca el perdón, á que no soy merecedor. Logré no sin muchos esfuerzos que se me entregase esta real cédula, en vez de que lo hicieran al presidente de la Chancillería, porque de este modo se frustraba mi objeto: quiero morir, pues solo veo esta expiacion en la tierra á tan bárbaro crimen. Dios graduará si es suficiente en su infinita misericordia. = Mendo de Alcaráz.»

Acabó el sacerdote su lectura, hizo una breve oracion y bajó del tablado, incorporándose á la fúnebre comitiva que marchó con el mismo órden que viniera. El cuerpo de don Mendo y su cabeza fueron recogidos y colocados en el féretro que traian.

La muchedumbre fué retirándose mustia, silenciosa y acongojada, y al cabo de una hora quedó solo y desamparado el colosal patibulo.

Al dia siguiente y en el mismo sitio de la ejecucion apareció una grande cruz de piedra, cercada de un cuadrilongo enrejado de hierro de igual dimension que los ángulos del tablado. Esta cruz tomó el nombre de la plaza en que estaba colocada, y fue destruida en 1836.

El Sacristan del Albaicín.



SEPARÉMONOS, lectores, un momento de los edificios y recreos de la Alhambra, que no tardaremos en volver á ellos, y vamos ahora á buscar en otra parte recuerdos, sino tan caballerescos, al menos gratos y populares. Venid con nosotros primeramente á la *Plaza del Triunfo*, vasto campo, adornado ahora con paseos, alamedas y jardines, debidos al celo de uno de los alcaldes de este ayuntamiento en 1846, y que en tiempos atras era un grande egido, cementerio de los musulmanes. Penetremos por la antiquísima y famosa *Puerta de Elvira*; siga-

mos adelante, y pasando por otra puerta que hay en frente llamada de *Bib-Alacaba*, nos encontraremos al pié de una cuesta escabrosa y pendiente. Subamos por ella, y mirad (por si de este modo no os parece tan incómodo el camino), mirad, os decimos, en aquel cerro de la izquierda la iglesia de *San Cristobal*, cual se en señorea, levantando al cielo su vetusta torre é infundiendo místicas ideas su solitaria vista. Girad ahora los ojos conforme vamos subiendo hácia la derecha, y ved aquel negro torreón coronado de algunas almenas que asoma su arco de herradura por entre zarzas y matorrales, como observando todos aquellos contornos. Es la *Puerta Monaita* ó de la *Bandera*, así llamada porque en ella colocaban los reyes moros, cuando habitaban en la inmediata *Casa del Gallo*, una señal para reunir en caso de necesidad á los soldados aventureros que estaban á su servicio, y vivían al pié de la colina en el barrio que nombran hoy del *Zenete*. Sigamos la cuesta adelante, y ved también á la derecha los cubos y lienzos de muralla del castillo de *Hinznarroman*, fundación de los primeros alarbes que vinieron á España, y cuyos restos continúan hasta la *Plaza Larga*, donde se halla la puerta y torreón que daba entrada á esta fortaleza que sirvió de asilo al viejo rey Muley-Hacen cuando le arrebató el reino su hijo Boabdil.

Pasemos la referida *Plaza Larga*, y sin de-

tenernos en recordar las escenas de que fué testigo cuando la rebellion de los moriscos, entremos en la *Calle de Panaderos* que nos conducirá á la *Placeta del Salvador*, donde se encuentra la iglesia de este nombre. Aqui concluye nuestro paseo, pues aqui es adonde hemos querido llevaros, caros lectores, despues de haberos hecho dar tan larga vuelta; y aunque nunca estaria de mas que observáseis el templo que fué mezquita mayor del Albaicin, y de la que todavia quedan vestigios en el patio de una casa próxima á dicha iglesia, consagrada por el cardenal Jimenez de Cisneros, el dia 16 de noviembre de 1499, en que tambien empezó la conversion general de los moriscos; no es este el principal objeto con que os hemos traído á este sitio. Asi como en casi todas las tradiciones anteriores habeis examinado el lugar donde sucedieron los acontecimientos, no hemos querido referir esta sin que conozcais la iglesia, de la que segun cuentan, era sacristan el héroe que vamos á presentaros, y cuya fama en otros tiempos, despues de estenderse en todo el círculo del Albaicin, llegaba hasta algunos barrios de la poblacion moderna; si bien en el dia se ha recogido tan estremadamente, que es necesario buscarla de noche en alguna pobre casa y en el crudo invierno, donde para entretener á los chicos, con el fin de que dejen quieta la candela, sale á relucir nuestro sacristan envuelto en su mis-

teriosa tradicion, y con su pavoroso sueño que hace llorar de miedo á los muchachos; todo lo cual refiere una abuela mientras hila ó un viejo ínterin se calienta.

Y en tanto que descansamos de nuestra prolongada excursion, para marchar luego en busca de otro monumento histórico que nos proporcione algun grato recuerdo, vamos nosotros, sin que necesario sea qua haya tinieblas ni que hiele y á presencia de la misma iglesia (aunque poco figura en el asunto) á transmitirlo tal como ha llegado á nuestra noticia.





EN una linda sala de una casita situada en la cuesta que llaman del *Pilar Seco*, estaba una hermosa jóven como de diez y ocho años sentada en una modesta silla leyendo á la luz de un velon colocado en cercana mesa, un paso de la Sagrada Biblia. Retrepado en un viejo sillón de terciopelo roto por algunas partes, escuchaba con atencion la lectura de la jóven, un anciano religioso, cuya blanca cabellera resaltaba sobre los negros hábitos que vestia. Á larga distancia de estos y arrimada á una claraboya cubierta con espeso cortinaje, hila-

ba una vieja, paseando con frecuencia sus miradas desde el huso á la rueca y de la rueca al eclesiástico.

No habia sucedido aun en la época de esta tradicion la rebelion de los moriscos de las Alpujarras, y cada dia contaba la Fe Católica nuevos secuaces, pues desde aquella insurreccion aminoraron mucho las conversiones de los moros, dando ocasion á que vacilasen en abjurar del todo sus creencias. Una morisca abandonada fué recogida por don Anselmo de^{***} abad de la colegiata del Salvador, y las santas palabras de este sacerdote llenas de uncion y virtud, se grabaron en el corazon de la pobre niña, que entreviendo la grandeza y majestuosa verdad de la Religion Católica, se hizo cristiana recibiendo las aguas del bautismo, donde tomó el nombre de Inés, y es la que vemos ahora leyendo la Sagrada Historia al cura su bienhechor.

Grande misterio guardaba éste sobre la existencia de su protegida. Tenia pensamiento de hacerla religiosa, como se lo habia manifestado, toda vez que consintiese ella gustosa, y le dispuso aquella casita donde vivia acompañada solamente de la señora Gertrudis, dueña sesentona en quien confiaba por desgracia ciegamente el buen párroco; pues la señora Gertrudis, á pesar de su laboriosidad y gesto avinagrado, no cumplia sus obligaciones con la escrupulosidad que requería su destino, segun

luego se verá y como creía el protector; pero puede disculparse esta infraccion de sus deberes en gracia del cariño que profesaba á su jóven ama.

Á nadie habia confiado el abad la existencia de la doncella. Todas las noches, de ocho á diez, hacia una solitaria visita á las dos mujeres, obligaba á leer la Biblia á su protegida, la espli-caba despues los misterios de la nueva fe que habia abrazado, exhortándola á que en sus cui-tas se dirigiese á Dios..... y marchaba despues á su parroquia.

Sin embargo, el secreto que con tanto afan guardaba el religioso, fué sorprendido por su sacristan.

Era éste un buen mozo, robusto y bien tem-plado, temor de los vecinos del Albaicin, y objeto de miedo de los padres y maridos, y de horror de todas las viejas que lo creian poseído de Satanás, sin mas razon que figurárselo; y con tanta destreza manejaba el chafarote como el hisopo, vistiendo con igual soltura la cota de malla que la sobrepelliz, protector de los débiles, azote de los malandrines, y no escapaba victorioso quien se la hiciese, sin pagársela con usura. Tenia una voz como un jilguero, y nadie se las apostaba con él á pulsar el laud. Semejante gavilan descubrió el nido de la cándida tortolilla.

No se sabe como se vieron; pero lo cierto es, que se vieron y que se amaron, y que doña

Gertrudis, habiéndole dicho su vigilada que iba á morir de pena si no veia á Lucas, que este era el nombre del sacristan, consintió en que Lucas entrara á las once todas las noches en la casa, donde á presencia de la dueña, pasaban juntos los amantes una hora, sin que el buen párroco sospechase nada de cuanto sucedia.

Este estado tenian las cosas la noche en que llevamos á nuestros lectores á la casita de..... Serian ya las once y media. Hacia un viento terrible y amenazaba una tempestad violenta.

El abad despues de haber sacado repetidas veces la mano por la claraboya, único agujero que introducía la luz en aquella habitacion, y puéstose en cuclillas para mirar el cielo, que podia verse por tan reducido conducto, resolvió quedarse en la casa toda la noche, no atreviéndose á arrostrar la cólera de los elementos para irse á su iglesia. «Bien estamos aqui, habia dicho volviendo á su sillón; creerán en la parroquia que no me han dejado salir en alguna casa, y mañana temprano nos iremos hácia ella y afirmaré lo que hayan pensado: ¡bah! todo es una mentirilla.

—Pronto pasará el chubasco, respondió la dueña, que temia si se quedaba el cura oyera la serenata con que Lucas avisaba su llegada y la pusiera en un compromiso.

—Sí, sí, pronto, y aun no ha empezado, contestó don Anselmo. ¡Teneis unas cosas, doña

Gertrudis....! Sigue, hija mía, sigue tu paso de los isrealitas; decías que Faraon....

La pobre niña mas muerta que viva, pero sacando fuerzas de flaqueza, prosiguió su lectura.

Agitada la dueña en demasia, pensando iba quizás á descubrirse su falta, hilaba tan apriisa que enmarañaba continuamente la hebra.

El viento acrecía, y entrando una ráfaga por la claraboya, levantó la cortina haciendo oscilar la luz y los blancos cabellos del anciano.

—¡Digo, digo, si es broma! exclamó encasquetándose apresuradamente un elástico gorro negro que sacó del bolsillo.... ¡Canastos! ¡si me hubiera ido, me lleva esa manga de viento!

Apenas habia acabado de decir estas palabras, cuando llegó á sus oidos los armoniosos sonos de un laud. Poco despues una voz dulce y sonora, entonó la siguiente trova, que contrastaba notablemente con el terrible resoplido del viento.

Flor oculta del desierto:

yerto

te busca aquí un corazon,
que solo con ver tu cara,

pára

su tremebunda afliccion.

—

Aun cuando en la noche infame

brame

con estrépito el terral,
la borrasca es á mi alma
calma,
si te ve, luz celestial.

—
Cuando se acerca el momento,
viento
soy al dirigirme aquí:
y al divisar tu cancela,
vuela
el mal que ausente sufrí.

—
Basta de penar, querida;
vida
de Granada la gentil;
gala de su Alhambra hermosa;
rosa
de su morisco pensil.

—
Mitiga este atroz desvelo,
cielo;
cálmalo por compasion:
mira que un alma á tu puerta,
muerta
te espera, y un corazon.

Calló la voz. Pálida como la muerte se hallaba la jóven; las palabras se ahogaban en su garganta y con dificultad podían salir. La dueña había enredado de tal manera la hilaza, que tuvo que dejar la rueca. Temblaba como una azogada. Iba á descubrirse el pastel. Aquella voz, que semejante á un acento de magos, resonaba en medio de la noche, era del sacristan. Así anunciaba su llegada. La única esperanza que sostenía á doña Gertrudis pensando que con semejante noche sería imposible

el arribo del amante, acababa de desvanecerse. Era Lucas demasiado galan y tenia sobrado corazon para que una revuelta de los elementos pudiera impedirle el ver á su amada.

—Enamorado debe andar ese mancebo, exclamó el abad luego que aquel concluyó su canto, que habia estado escuchando con atencion. ¡Caramba! ¡estar con la noche que hace echando coplas al aire, como si estuviera en una tarde serena de mayo....! Bien dicen, que no hay hombres mas fuertes que los que andan bebiendo los vientos por alguna dama..... Ja, ja, ¡el demonio son los jóvenes! Pero segun parece ya lo habrá oido su amor, pues ha callado..... Vamos, niña, á leer hasta el fin del capítulo nada mas, porque ya te encuentras cansada, y despues á acostarse; yo pasaré la noche en este sillón.

La cuitada jóven, con el pecho desgarrado figurándose lo que sufriria su amante espuesto al rigor de la intemperie, no tuvo mas remedio que continuar la lectura.

Doña Gertrudis, no sabiendo qué resolucion tomar para enterar á Lucas del contratiempo que impedia aquella noche su entrada en la casa, se rascaba la frente mirando á Inés, que de cuando en cuando la dirigia á hurtadillas algunas espresivas miradas como implorando su proteccion.

Entre tanto el enamorado músico, impaciente como es de presumir, no atinando el objeto

de aquella tardanza, paseaba apresuradamente la calle, llegando hasta el corazón de la joven el ruido de sus pasos, y sin saber qué determinar, volvió á repetir su trova.

—¡Diablo! exclamó otra vez el abad, parece que no se ha ablandado el corazón de la doncella..... Mas..... ¡es singular....! ¡Vaya, qué tontería! ¡Eh! no puede ser..... ¡Pero es mucho....! Á no creer, como creo, que Lucas se hallará durmiendo á estas horas, dijera que esa es su voz..... ¡Se parece tanto....! Pero veo que te cansas demasiado, hija, basta de lección por hoy..... Anda, retírate á dormir.

—Buenas noches, señor, dijo la joven besando la mano del sacerdote.

Rellanose éste en su sillón, y se dispuso á pasar la noche: al cuarto de hora dormía profundamente.

Lista como el rayo encendió una bujía la dueña, y salieron de la habitacion las dos mujeres.

—¡Un medio, por Dios, doña Gertrudis, para hacerle conocer nuestra posición á ese joven, no nos comprometa! dijo Inés mientras subían la estrecha escalera que conducía á sus dormitorios.

—¿Qué medio....? como no baje callandito, callandito, y por las rendijas de la puerta le diga.....

—Sí, sí, bajad, señora, y el cielo os lo premiará.

—¡Demonio de casa, no haber ni una ventana!.... ¡Tengo un miedo de ir sola...!

Bajó la dueña y dió dos golpecitos.

—¡Loado sea Dios! respondieron desde afuera.

—Señor caballero, dijo doña Gertrudis; sabed que esta noche no podeis entrar: le ha temido el señor abad al tiempo y no se ha marchado; arriba está.... con que idos.... sino nos queréis buscar un lance.... Mañana será otro día.

Y sin aguardar respuesta, volvió á subir la dueña las escaleras mas ligera que una corza, á pesar de sus sesenta.

Un hondo gemido se oyó despues en la calle, y el ruido de unos pasos que se alejaban.





OSCURA en verdad estaba la noche: negros nubarrones se estendian sobre el horizonte, como gigantescas montañas, amenazando confundir al universo. Un fuerte huracan silbaba entre las encrucijadas del Albaicin, abriendo con estrépito las ventanas y haciendo vibrar los vidrios de algunas ricas casas. No habia alumbrado, y las calles aparecian lúgubres y solitarias. Retumbaba el trueno á lo lejos, anunciando que se acercaba la tempestad, y la luz del relámpago, que iluminaba repentinamente el firmamento, hacia notar cuál avanzaban

las nubes, queriendo envolver al mundo en su tenebrosa capa. Era una noche infernal.

Todas las puertas y ventanas, y hasta la menor rendija de los edificios del Albaicín, estaban herméticamente cerrados. Sin embargo, en una calleja sucia y angosta, conocida hoy por la *del Almés*, y en una casa de asaz pobre apariencia, se veía luz por entre el hueco que dejaba la puerta entornada, oyéndose en su interior el murmullo de algunas voces. Era la taberna del tío Miguel, morisco convertido, la que, á pesar de estar cerca la media noche, aparecía aun abierta. Sentado detrás de un carcomido mostrador, sobre el que habia algunos jarros y medidas, estaba el tío Miguel medio dormido, echados sobre aquel los brazos y escondida en ellos la cabeza. Dos ó tres hombres de mala catadura habia en la parte de afuera, arrimados á una mesa, despachando un eminente jarro de vino, que se encontraba á la sazón próximo á quedarse vacío.

Un farol, cuya luz era ahogada por el grueso y cobrizo clavo de la torcida, señal de lo mucho que habia ardido, derramaba una tibia claridad en la habitacion.

En el testero fronterizo al mostrador se encontraba una mesa cubierta con un sucio mantel, sobre el cual habia un panecillo tostado con aceite, una redoma y un vaso. Una silla, un poco separada de la mesa, y di-

chos objetos, indicaban claramente que estaba preparada aquella pitanza para alguno que sin duda no había aun venido.

El aire que entraba de cuando en cuando por la entornada puerta, sujeta por una cadena á la pared, hacia columpiar fuertemente el farol, suspendido del techo por una gruesa cuerda. En uno de estos vaivenes salióse la candileja de su sitio, escurriéndose hácia una esquina, y estuvo próxima la taberna á participar de las tinieblas de la calle.

—¡Maldita noche, Juan! dijo uno de los bebedores vaciando de un golpe su vaso.

—¡Endiablada! contestó el interpelado: no parece sino que todos los demonios andan revueltos por esas calles.

—Mira ¿ves? (en este instante se iluminó la habitacion por un vivo relámpago, oyéndose despues un espantoso trueno) la tempestad se acerca, y por las trazas es de creer, si tardamos media hora mas, que no nos proporcione muy buen camino para llegar á nuestras viviendas; con que despacha y vámonos.

—Eso mismo digo yo, exclamó un tercero, casi ebrio, que no bebia ya y que estaba tendido en un banco: vamos pronto, si no queremos aguar el vino: y acompañó este chiste grosero con una larga risotada.

—Pero calla, dijo el primero que hablara: no habia reparado.... Camaradas: nosotros hemos olvidado esta noche á Lucas; mas mi-

rad.... mirad como al tio Miguel no se le pasa, y seguro está que deje una sola noche de prepararle la cena.

Y esto diciendo señalaba á la mesa del mantel, que aparecia triste y abandonada al extremo de la taberna.

—¡Pues es verdad! contestó el calamocano: pero á mí me parece que lo que es esta noche.... esta noche, como no se trague el panecillo el tio Miguel.... lo que es.... Lucas... lo que es Lucas.... lo que es el Sacristan.... (y cada vez que repetia alzaba mas la voz) ¡como no cene con las lechuzas!

—¿Quién habla del Sacristan? exclamó el tio Miguel, despertando sin duda por las voces del que acababa de hablar. ¿No ha venido? continuó frotándose los ojos.

—Como no venga por los aires.... me parece que esta noche....

—Él vendrá, interrumpió el tio Miguel, volviendo á reclinar la cabeza.

—Sí, sí, aguárdalo, renegado, dijo levantándose con torpeza el tendido en el banco. Muchachos, continuó dirigiéndose á los otros, que ya estaban en pié y disponiéndose á marchar; muchachos, qué os parece á vosotros ¿vendrá ó no vendrá? Lo que es á mí....

—¡Qué ha de venir esta noche cuando ya no lo ha hecho! ¿Está loco acaso? contestó Juan.

—Si yo no hubiera venido, dijo el otro compañero, seguro estaba que lo intentase.

—¡Eh! ¡no vendrá!

—¡Miente quien tal diga! volvió el tabernero á esclamar levantándose.

—Apuesto doble contra sencillo, dijo Juan.

—Y yo, y yo, añadieron los camaradas.

—A que sí.

—A que no.

Tornó un relámpago á iluminar la taberna, y dibujó en el umbral la sombra de un hombre. Sonó un trueno, el que fué seguido de un desaforado golpe que dieron en la puerta.

—Ahí está, dijo el tío Miguel yendo á quitar la cadena: faltaria primero el relámpago al trueno, que él á cenar aquí todas las noches.

Abrióse la puerta de par en par, y entró un embozado en la habitacion.

—¡*El Sacristan del Albaicin!!!* exclamaron admirados los tres camaradas.

Nada dijo el embozado, pero se dirigió con paso firme á la mesa del testero, donde se sentó.

—Estos mandrias, repuso el tabernero encarándose con el recién venido, afirmaban que no vendriais esta noche; pero á mí que me consta vuestro character, sabia que aunque cayeran rayos no dejariais descuidada vuestra cena.

Tampoco dijo nada el Sacristan.

—Ya lo veis, prosiguió el tío Miguel dejando al embozado y yendo á los primeros,

que apiñados junto al mostrador no quitaban ojo del Sacristan, estupefactos de miedo: ya lo veis; poned en duda la firmeza de costumbre del señor Lucas, y vereis lo que os pasa. ¿Quereis apostar ahora?

—Me mantengo en lo dicho, contestó palideciendo el medio embriagado: ese hombre.... ese hombre..... no es Lucas.

—¿Pues quién ha de ser, imbécil?

—¡El diablo!!!

—¡Ave Maria Purísima! contestaron lívidos los camaradas de aquel, haciendo la señal de la cruz.

Los truenos continuaban y gruesas gotas se oían caer.

—Vaya, idos á acostar, contestó el tabernero: mas estais para eso que para otra cosa.

—Asi supiera despeñarme por esos balates.... lo que es yo.... ni un minuto mas permanecería aquí.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Adios, Miguel.

Y corriendo, cual si tuvieran piés de corzo, salieron de la taberna los tres espantadizos compañeros.

El tabernero y el silencioso Sacristan quedaron solos.

El panecillo tostado habia desaparecido de la mesa, y el llamado Lucas apuraba con frecuencia lindos tragos.

—¿Quereis alguna otra cosa mas? preguntó con timidez Miguel.

—Nada, déjame; contestó lacónicamente el otro.

Volvióse el tabernero á su mostrador, tomando su favorita posicion ya conocida.

Y verdaderamente que el Sacristan se encontraba bastante preocupado aquella noche.

No habia podido ver á su adorada Inés, á quien estuvo esperando hasta aquella hora; y este contratiempo daba pábulo á una idea que hacia días bullíale en la cabeza. Pensaba robar á su querida, mal que le pesase al abad, su protector; llevársela fuera de Granada y ser felices para toda la vida estando juntos. No era hombre que le arredraban los obstáculos de tamaña empresa; pero respetaba mucho á su bienhechor, y fluctuaba entre lograr su objeto y darle una pesadumbre al abad, que miraba á Lucas como á un hijo.

—Sí, decia interiormente mientras daba fin á la redoma: yo la adoro con todo mi corazon; ella me corresponde.... y fácilmente consentiria en seguirme... y seriamos dichosos y... pero.... no: esto equivaldria á dar la muerte al anciano.... Jamás me lo perdonaria... Por otro lado, si accediera éste á dármela por esposa.... Si yo osara declarar este secreto.... ¡Qué simpleza! ¿Cómo habia de querer cuando la destina á un convento? Tal vez si yo fuese algun gran personaje, podria ser.... mas

á su Sacristan. ¡qué disparate!... No.... pues como se me ponga en el moño....

Estas ideas atormentaban terriblemente la imaginacion de Lucas. Acabó de cenar; el vino se le subió á la cabeza; lióse bien en la capa; se encajó el sombrero; puso el codo sobre la mesa; la cabeza en la mano.....

.....
Sale con firme paso de la taberna. La tempestad arrecia y la noche sigue tenebrosa.... horrible. Brama el huracan con toda su fuerza.... estremécense los edificios... estallan aterradores truenos sobre su cabeza.... y empieza á llover; pero la furia de los elementos no le acobarda, y atraviesa impávido las calles. Llega á la de su amante; se acerca á la casa; empuja la puerta y ésta no cede, pero desencájanse los goznes á impulsos de una fuerte patada, y cae: pasa por encima del tablon, sube la escalera y entra en la alcoba. Una mustia lamparilla alumbra la estancia y estiende sus rayos á un lecho cercado de flores donde reposa una vírgen.... Es Inés, es su amada: embriagado por el ambiente de felicidad que se respira en torno de aquel paraíso, coge en sus brazos á la jóven y sale de la casa.

Desciende á mares el agua: conoce entonces que el aire hiela..... pero nada lo detiene, y apresura el paso..... Atraviesa sin direccion calles y calles..... y se encuentra frente á un

colosal edificio..... El es, el Salvador..... es su parroquia..... Flotan á merced del viento los blancos pliegues del traje de su querida..... y tocan á muerto las campanas. Aquel sonido lo llena de espanto y queda clavado en tierra. Sus ropas están caladas..... Hace un esfuerzo increíble para andar; logra mover un pié..... cuando siente una mano que le agarra por el hombro..... erízanselo los cabellos..... vuelve la cara y ve al pié de la torre del Salvador la figura de un religioso..... es el abad..... Giran unos ojos de fuego sobre unas rojas órbitas..... ¡Desgraciado! le dice con lúgubre voz, ¡deja á mi hija...! ¡seductor...! ¡deja á mi hija...! Un sudor frío baña con el agua el cuerpo del Sacristan. Pasa una nube por sus ojos.... la mano lo oprime cada vez mas..... tal vez le obligue á dejar su preciosa carga. No es dueño de sí, saca un puñal y lo clava en el corazon del anciano.... Oye cual rasga las carnes el filo de su acero.... y una voz agonizante que esclama..... «¡Asesino! el diablo te lleva....!» Las campanas tocan á agonía.... crispados sus músculos se precipita por la *Cuesta del Chapiz*.... Sigue la tempestad.... Un caudaloso torrente se despeña por la cuesta; la lluvia que arrecia lo engruesa. Á los pocos pasos no baja un torrente, es un furioso rio que arrastra al Sacristan en pos de sí.... Quiere salvar á su querida, la estrecha contra su corazon, pero un frío intenso lo penetra. Mira á Inés á

la fosfórica luz de un relámpago..... ¡Dios Santo! ¡Está muerta! Abraza un cadáver..... El torrente lo ha llevado á un caudaloso rio..... Es el Dauro: sus aguas están negras..... Siente entonces que se hunde y quiere nadar, mas el brazo con que sostiene á su amada se lo impide. Hace esfuerzos desesperados.... Descoyunta sus miembros..... Es en vano..... Ya le entra el agua por las narices..... Ya se sumerge del todo..... Se ahoga.....

Despierta el Sacristan. Estaba pálido como la muerte y bañado de sudor. Todo aquello no fué mas que un sueño, pero un sueño terrible, horroroso. El dia empezaba á clarear. La tormenta de la noche habia pasado. Se encontraba en la taberna del tio Miguel, con el codo apoyado sobre la mesa en que cenara, y sosteniendo la mano su cabeza.



CONCLUSION.

—VAMOS allá y ¡qué sueño habeis echado, compadre Lucas! dijo el tabernero que estaba componiendo y limpiando sus chismes. Ya os iba á despertar.... porque es hora de abrir la iglesia..... Pero antes de que se me olvide: ¿sabeis que dormís de una manera capaz de infundir miedo al mismo Gonzalo de Córdoba? ¡Válgame Dios y qué resoplidos dais! ¡Y qué patadas! ¡qué gritos....! ¡Ya, ya!

—¿De veras, Miguel....? ¡He tenido un sueño....!

—Grillesco ha debido ser.... ¿Mas se os

pasó ya la mosca de anoche...? ¡Caramba! con nadie quisisteis hablar, dando lugar á que os tomasen por el diablo!

—¡Por el diablo....! ¿Por el diablo decis...? y volvieron á erizársele sus cabellos; tal le había preocupado la pesadilla.

No dijo una palabra mas; salió de la taberna del tio Miguel, sin hacer caso de las expresiones de éste que se desgañitaba gritando:

—He, no hagais caso, estaban como cubas, no les hagais daño..... Hasta la noche, ¿no es verdad....? ¿He.....? Sí, échale un galgo.

Entre tanto Lucas llegó á la porteria de la iglesia del Salvador; le abrieron y entró en la sacristia. En ella estaba ya el abad....

—Me gusta, señor caballero, le dijo en tono de reprension; ¿no basta el que háyais pasado la noche fuera de casa, sino que venis cuando deberia estar ya abierta la iglesia una hora hace? Ya reprimiré tales escándalos.... ¿Pero qué haceis?

El Sacristan, tan luego como vió al eclesiástico, sumamente preocupado por su desastrosa pesadilla, lo palpaba por todo su cuerpo, concluyendo por abrazarlo estrechamente. Refirióle en seguida, en extremo acongojado, el sueño que habia tenido y sus amores con Inés, pidiéndole perdon de su conducta.

—¡Cómo! ¿eras tú, perillan, el de las coplas de anoche? respondió don Anselmo sonriéndose: bien te conocí.... eres el diablo: pe-

ro ¡cómo ha de ser! Si has descubierto mi secreto habrá sido por disposicion del Señor. Lo que importa es que sea para vuestro bien.

El buen religioso lo culpó despues por el silencio que observara en el asunto, y desistiendo de su proyecto de claustro, prometió unirlo á su amada. Pero habiendo referido á ésta el Sacristan su tremendo sueño, creyeron ambos que era un aviso del cielo, que les pronosticaba grandes males para él porvenir, y casarse era obrar contra la voluntad de Dios, que habia señalado á Inés para las vírgenes de su rebaño: por lo que, algun tiempo despues, Lucas, que no podia ya amar á mujer alguna en el mundo, se hizo fraile cartujo, y su amante tomó el hábito en las religiosas de santa Isabel la Real.

Aun hay viejas, como dice Gimenez-Serrano en su *Manual del Artista en Granada*, cuyo libro hemos consultado para la presente tradicion, que se espeluzan de frio cuando se les pregunta por el *Sacristan del Albaicin* y recuerdan su espantosísimo sueño.



El Señor de Castril.





SUBIENDO la *Carrera de Darro*, á cuya derecha serpea el rio de este nombre, se llega á la parroquia de san Pedro y san Pablo edificada en su mismo cauce. Como unos seis pasos antes y en frente de la verja de hierro que forma un costado del atrio, se ve una casa cuya fachada antiquísima se halla adornada con emblemas de guerra y labrados caprichosos. Encima del recuadro y en primer término, hay dos escudos de armas sostenidos por gé-nios y figuras, y en el centro de la fachada un águila imperial, á cuyos lados se ven dos leo-

nes con las lenguas de fuera. Esta casa contrasta notablemente con las demas de la acera, tanto por sus relieves cuanto por un alto balcon que á la izquierda del principal aparece en una esquina, cuya puerta está cegada por una tapia, en la que sobresalen los hierros, teniendo encima, y debajo del alero del tejado que en otro tiempo sería cornisa, un grande letrero con estas enigmáticas palabras:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

En mil fantásticas conjeturas se pierde la imaginacion del viajero al leer semejante mote, que unido al aspecto sombrío y grave de la fachada, le hace desde luego concebir la historia de algun suceso ó terrible acontecimiento, habido luengos años ha en aquel misterioso balcon. Siguiendo el objeto que nos hemos propuesto al publicar estas tradiciones, vamos á presentar la que se cuenta de esta casa, diciendo primeramente que la llaman *de los señores de Castril*, por haber pertenecido á don Hernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos; que el motivo por el que se tapió el balcon, lo conocerá quien ojee esta leyenda, y que desde entonces no ha sido derruida en ningun tiempo, segun cuentan, la tapia que hoy se mira, que causa estrañeza á quien ignora su historia y terror al enterado en los tremendos pormenores de ella.



RECOSTADA Luisa en un romano sillón de terciopelo azul, tachonado de clavos de oro, sonreía dulcemente jugando con su pajecillo Luis. Muy bonita era Luisa, y los negros cabellos que en ondulantes bucles caían sobre sus nevadas espaldas medio descubiertas, aumentaban el atractivo de sus hechizos. Sentado el paje á sus piés, entregaba su linda cabeza á discrecion de su señora, la que se entretenía en deshacer con sus blancos dedos los rubios rizos de la cabellera de Luis.

Tendría Luis de 14 á 15 años, pero su pequeño y esbelto talle, lo hacían al parecer

muy niño. Hijo de una antigua servidora de los señores de Castril, en la casa habia nacido, en ella pasado su infancia y era muy querido de todos.

Su grande atractivo y gracias le granjearon el cariño de Luisa, hija única del señor actual de Castril don Hernando de Zafra, y lo quiso por su paje.

Semejante deseo no le costó poco trabajo conseguir. Era el caballero don Hernando de áspero genio, ceñudo y caprichoso, al que jamas le habian visto una sonrisa, y temian como la víctima al verdugo. Bastaba su nombre para poner en conmocion á toda la servidumbre. Su presencia infundia pánico terror en todos los ánimos, y á su voz se estremecian los corazones. Rara vez hablaba: su mayordomo anciano servidor, procuraba que nada le hiciese falta, adivinando sus mas recónditas intenciones..... porque ¡ay de aquel á quien tuviera que repetirle por segunda vez una orden!

Solamente un dia á la semana veia á su hija, á la que sacaba de su habitacion para que le acompañase el domingo á oir la primera misa, que se decia en el oratorio de su casa por su primer capellan. Concluida la ceremonia, volvía á dejarla en su cuarto, donde la entregaba á una cejijunta y barbuda dueña, que le habia designado por compañera y vigilante.

Solo á fuerza de ruegos consintió en que

Luis fuese paje de su hija, aunque con la condicion de que no entrara en el cuarto sino cuando lo necesitase. Luisa, que si pretendió al niño fué por tener un compañero con quien divertir sus ocios, aceptó resignada esta restriccion.

Era en un helado dia del mes de diciembre, cuando empezamos esta tradicion. Uná niebla húmeda y densa embargaba el espacio, sin permitir al sol dirigiese sus rayos sobre Granada, y estaba la mañana triste y sombría.

La dueña á cuyo cuidado habian puesto á Luisa, dos dias hacia que se encontraba atacada de violentas convulsiones en un aposento inmediato al de la hija de don Hernando, y á esta dichosa enfermedad debia la jóven el extraordinario placer de estar con su paje aquella mañana. Bien es verdad que no era esta la primera vez, como se deducia del diálogo entablado entre ambos.

—¿Sabeis en lo que pienso, ama mia? decia Luis pasando la mano por la cabeza de un horrible mico que estaba en el suelo, mientras entregaba la suya á los caprichos de su señora.

—No por cierto, contestó riendo estrepitosamente Luisa; diñe, querido, ¿adivino yo por ventura?

—Pues es el caso..... ¡quieto, Orfeo...! que he tenido esta noche un sueño..... ¡ay que sueño, señora! ¡Mirad el vello de mi mano como se eriza!

—¿Tan horroroso ha sido, Luis?

—Figuraos que la dueña sorprendió nuestro secreto..... que lo dijo á vuestro padre..... á vuestro padre, que tiemblo solamente al oír su nombre..... y viniendo á deshora á esta habitacion, descubrió.... y por mi condescendencia estrema me agarró por el brazo y me tiró al Dauro que corria á la sazón hinchado y borrascoso..... ¡Eh! ¿qué tal...? ¿es bonito el sueño?

—Verdaderamente no es muy lisonjero.

—Á no teneros tanto cariño, creeria que era un aviso del cielo para que me arrepintiese de mis faltas; y de aquí en adelante rehusara el serviros.....

—¡Y serías capaz.....!

—Reniego de mi corazón, sí señora, porque de pensar á lo que me espongo.... Vaya si es necesario estar loco..... para desafiar la cólera de vuestro padre.....

—No te pèse, Luis; don Antonio el capellan, que sabe nuestro amor, y que lo consiente, ha prometido unirnos dentro de poco..... y entonces se hará tu felicidad..... ¡Es tan bueno mi Alfonso....! Ya le hubieran á mi padre declarado nuestras voluntades y pedido mi mano, pero nadie se atreve á hacerlo.... Todos temen su carácter iracundo y feroz.....

—Y eso es tambien lo que yo temo.... ¡Qué os parece sería capaz de hacer si supiera, que constándome la entrada en vuestro aposento todas las noches de un amante, mientras duer-

me la señora Serafina, no he corrido á contárselo....! Vamos, ni aun maquinarlo quiero.

—No pienses en eso, Luis. No atormentes tu imaginacion y la mia con augurios, que si bien es posible se cumplan, no han sucedido todavia..... Déjame en paz. Doña Serafina tolera que entres algunas veces, y cree engañada, que la persona que vió ya hace noches en mi cuarto eras tú; ya ves que por ese lado nada hemos de temer; se encuentra ademas tan achacosa.....

—No temo á la dueña, eso no.....

—Pues esa es nuestra principal enemiga....

—No lo dudo, pero respondedme á lo que voy á decir. Ya sabeis con qué condiciones otorgó vuestro padre tuvieseis paje..... Pues bien, ¿qué diriais si de pronto se abriese la puerta y se presentase.....

No pudo Luis acabar. Abriose con estrépito la puerta del aposento, y entró con firme paso el señor de Castril.

Era alto, seco, de alguna edad, y un largo bigote entrecano, que resaltaba sobre la palidez de su rostro, le daba un aspecto fiero. Vestia una ropilla cenicienta con botas anteadas.

Estáticos de terror y de sorpresa, ni Luisa ni el paje se movieron de la postura en que estaban. El mico dió un chillido y corrió hácia el aposento inmediato. Lívido cual la muerte se hallaba Luis, sin atreverse á levantar los ojos

del suelo. Las manos de la jóven temblaban fuertemente en la cabeza del paje.

Atravesó don Hernando lentamente el cuarto, dirigiendo al pasar una mirada fiera sobre el grupo, pero no dijo nada. Entró en la habitacion de la dueña. Descansaba ésta sobre un blando lecho. Encontrábase entonces entregada á un profundo letargo. Una sirvienta estaba al pié de la cama. Inclínose el de Castil sobre el rostro de la enferma, la contempló silencioso algunos instantes, y volvió á entrar en el cuarto de su hija. El grupo se habia deshecho. Luisa leia un libro cerca del balcon: Luis no estaba.

Don Hernando salió de alli sin mirar á su hija. Á la puerta de la habitacion estaba el paje.

Fijó su vista en él don Hernando, y parose. Luis desfallecia de miedo..... Iba ya á pronunciar alguna palabra el feudal..... cuando partió precipitadamente llevándose las manos á la cabeza y exclamando:

—¡Jamás....! jamás....! ¡mi honor se resiente..... Llegó á su departamento y empezó á dar grandes paseos.

—¡Oh! ¡maldita imaginacion...! ¡maldita...! decia acaloradamente. ¿Será posible que mi hija con un..... paje....? no, no puede ser; la sangre que corre por sus venas la libertan de semejante infamia..... ¿Pero no lo solicitó ella? ¿no los he sorprendido juntos....? ¡Y bien....!

¿qué prueba eso....? Si tal fuera..... si tal fuera..... ¡Dios mio...! ¡pedazos lo haria con mis uñas....! En fin..... veremos..... vigilaré..... ¡y pobres de ellos....! Mi honor antes que todo.

Entre tanto el paje hacia una oracion á la Virgen de los Desamparados, á quien se encomendara en aquel trance, por haberlo librado de la cólera de don Hernando.





No refiere la crónica á qué clase de la sociedad pertenecia el galan de la hija del señor de Castril; pero lo cierto es, que todas las noches, mientras la dueña, que mas estaba para que la cuidasen que para vigilar, dormia profundamente, entraba por un balcon que daba á un jardin de la feudal casa, y segun se cuenta, se llamaba don Alfonso, muy cumplido caballero, y protegido por el capellan de don Hernando, quien aguardaba la conclusion de ciertos asuntos para casarlos clandestinamente y marchar con ellos á donde no pudiera alcanzarles el furor del burlado padre.

Tampoco dice la crónica cómo se vieron y se amaron Luisa y don Alfonso; pero como esto no sea interesante para el principal objeto de la tradicion que narramos, conténtense los lectores con saber lo que ya no ignoran, y es que existia un galan que amaba á Luisa, que se veian por de noche en el cuarto de aquella, que ponian en continuo conflicto al pajecillo Luis, porque sin ser cómplice en estos amores, los consentia sin delatarlos, y que se levantaba una tormenta formidable contra el pobre Luis, amenazando la realizacion del fatal sueño que á su señora contara.

Era la noche del mismo dia en que don Hernando sorprendiera á su hija con el paje. Negro y pavoroso aparecia el horizonte. Caia con violencia el agua, y la caudalosa corriente del Dauro mugia sordamente. Una lámpara suspendida del techo rielaba su opaca luz por la habitacion de Luisa. Tendida ésta en su lecho sufría los efectos de una fiebre devorante. Fué tanta la impresion que hizo en su tierno pecho la vista de su padre en este dia, que á poco de haber salido la acometió un frio espantoso, contrajéronse horriblemente sus músculos, y despues sobrevino la calentura que en aquel momento la dominaba. Un ángel del paraíso, un niño encantador velaba á su cabecera, fijos sus ojos, tristes y abatidos en el semblante de la jóven. Era Luis.

Al saber la enfermedad de su señora, no

hubo fuerzas bastantes á separarlo de su lado. Esponia su vida si por segunda vez le veia el de Castril en el cuarto de su hija; pero toda reflexion desapareció ante el pensamiento único que atravesaba su alma: peligraba la existencia de Luisa, á quien amaba con el fuego de un amante y con el respeto de un hijo.

Un profundo silencio habia en la estancia. La agitada respiracion de Luisa era lo único que se oia, si bien algunas veces llegaba hasta alli el mugido del rio.

Luis parecia el ángel que el Señor enviaba para alivio de la que padecia en este mundo de miserias. Inclinado sobre el rostro de Luisa, caian sobre su hechicero rostro las rubias melenas de su cabeza ocultando sus mejillas.

Hizo la enferma un movimiento, sacó un brazo fuera del embozo y miró á Luis. La fiebre se desvanecia. El rostro del paje espresó un gozo inefable y grande.

—¿Quereis algo, señora? preguntó con cariñosa voz, ¿quereis algo?

Fijó Luisa sus ojos en los del paje, dilatáronse sus facciones, y una débil sonrisa vagó en sus labios.

—Una poca de agua, Luis, dijo con vacilante acento.

Listo como una pluma corrió Luis á una mesita colocada del otro lado del lecho. Tomó un frasco, vertió alguna cantidad de líquido en un pequeño vaso y lo acercó á Luisa.

Tomó el vaso la enferma, lo acercó á sus labios y empezó á beber con ansia; pero apenas lo hubo gustado, cuando arrojó lo que tenia en la boca, devolviendo el vaso á Luis.

—Esto no es agua.... ¡no lo quiero! espresó con triste voz.

—No es agua, respondió dulcemente el paje, pero esto es lo que os pondrá buena, esto es lo que ha mandado el médico; bebed, señora, bebed.

—¡No quiero! contestó rechazando el vaso que nuevamente le presentaba.

—¡Por Dios, bebed por Dios! mirad que esto os devolverá la salud.... ¿no quereis vivir?

Dame agua, Luis, te lo pido por favor; agua, me quema la garganta..... mis labios arden. ¿Serás tan cruel que me prives de ese beneficio? ¡Agua, Luis, agua...!

—No me habéis así que me atravesáis el corazon..... Mi sangre os daría si me la pidiéseis..... si fuera bastante á satisfacer vuestro capricho..... Pero cómo daros lo que terminante ha prohibido el médico....? ¡Oh! me asesináis..... Si no os fuera perjudicial..... y aquí no hubiera agua..... de la Alhambra la traería, á pesar de la noche que hace..... porque complaceros es mi existencia... Con que.... no seáis tenaz..... bebed esta medicina, que es la salud.... La tomareis, ¿no es verdad?

La respuesta de Luisa fué volverse del otro lado, dando un doloroso gemido y cerrando los ojos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó el paje desesperado de aflicción.... ¡qué hacer....! ¿y voy á dejarla así...? ¿no cumpliré su gusto...? La quiero tanto, que no puedo rehusarle nada... Perdonadme, Señor, si se va á empeorar con esta condescendencia.

Volvió de nuevo á la mesa, llenó otro vaso de un agua pura y cristalina que habia en una blanca botella, y se aproximó rápidamente á Luisa.

—Vaya, tomad agua... aquí la teneis, mirad, mirad.

Abrió los ojos la jóven, vió el vaso que le presentaba Luis, quiso asirlo de pronto, pero se detuvo.

—¿Me engañas otra vez?

—Bebed, Dios es testigo que traigo lo que habeis pedido.

Asió entonces con fuerza el claro vaso, y bebió ansiosamente hasta apurarlo.

—Gracias, dijo despues, gracias, eres muy bueno.... ¡cuánto te debo...! Y dime.... Alfonso.... ha venido, ¿no es verdad?

—Yo mismo le he manifestado como os encontrábais.

—¡Cuánto te debo, buen Luis....! ¿y se habrá marchado?

—Sí; pero me encargó os entregase esta

carta desesperándose de que no pudiérais hacer cuanto ella indica.

—Léemela.

—Va á causaros daño... Os hallais en un estado que temo....

—No, buen Luis, lee, su contenido me aliviará, créelo.

Acercose el paje á la lámpara, y abriendo el escrito, leyó á su tenue claridad:

«Luisa: nuestro buen protector don Antonio, todo lo tiene dispuesto para nuestra union. Mañana al toque de oraciones entrará por tí. Vístete una ropa de paje, y aguarda su venida: cuatro caballos están preparados para conducirnos á Málaga, á donde nos acompañará el sacerdote y Luis. Animo y resolución.—Alfonso.»

Concluyó de leer el paje, y volvió á acercarse al lecho.

—¡Cuán desgraciada soy, buen Luis! exclamó la jóven, ¿cómo he de arrostrar los peligros de esa empresa en el estado en que me hallo....? Pero, ¡qué tontería! mañana estaré ya buena, completamente buena, ¿no lo crees tú así?

—Dios, señora, Dios dispondrá. Lo que importa en este momento es que desecheis esa idea; puede haceros mucho mal, si la reteneis en vuestra imaginacion.

—Y tú vendrás con nosotros, prosiguió Luisa exaltándose cada vez mas; sí, y á mi

lado presenciarás la dicha que me aguarda. Alfonso me adora, iremos á los cármenes del Dauro, y en ese recinto de delicias, bañado por el manso rio, entre el susurro de sus aguas y las brisas de la tarde, renovaremos nuestros juramentos y dormiré tranquila; mi sueño será el de los justos..... ¡Oh! ¡cuánta ventura me espera! ¡cuánta felicidad! Dime, Luis, ¿no es muy hermosa la vida cuando se entrevee la aurora de un risueño porvenir? Responde.

—Calmaos, señora, procurad el reposo por Dios, dijo el paje abatido, mirando tristemente los ademanes con que Luisa acompañaba sus palabras. La fiebre le ha vuelto con mas fuerza.... delira.... ¡Virgen Santa, qué va á ser de ella!

—¿Quién hay allí? preguntó con medroso acento la jóven señalando con su blanca mano un rincon del aposento.

—No hay nadie, señora, estamos solos, contestó Luis despues de haber mirado al sitio que le indicaba.

—¡Mientes! respondió Luisa. Crispáronse sus músculos, volvieron á contraerse sus facciones, y balbuceó con ronca voz.... Mira.... ¿no lo conoces? es... el señor de Castril... ¡es mi padre...! Ocúltame, ocúltame, por Dios...

—¡Dios mio! volvió á repetir el paje, ¡cómo se apodera la fiebre de ella! y se puso á llorar amargamente. Una leve oscilacion de la luz iluminó de lleno el semblante de Luis, en

el que brillaron algunas lágrimas suspendidas en sus mejillas.... Estaba encantador, parecía la copia de una de las Magdalenas de Ticiano.

—¿Qué fué de mi ventura? continuaba entre tanto la delirante; ha sido marchita como la flor por el cierzo... ¡Alfonso... huye.... huye, infeliz...! ¡Nos alcanza mi padre...! ¡No corren estos caballos...! ¡No mires atrás...! ¿Lo sientes....? ¡Ya está encima...! ¡Ya veo un puñal en su mano, sus ojos brillan...! Alfonso...! sálvame...! Ya me ha aprisionado...! ya levanta el fatal brazo...! perdon, padre mio...! piedad..!

Y al decir esto, la enferma se retorcia los brazos, enroscándose violentamente en el lecho.

El paje seguia llorando, y sujetaba las manos de Luisa, que parecian querer hacerse pedazos. De cuando en cuando llevaba la tempestad que mugia por afuera algunos ecos á la habitación; sonaba con violencia el grani- zo al caer en los vidrios de un balcon que tenia la sala, que daba al rio Dauro.

Serian las once.... Ábrese repentinamente como por la mañana la puerta de la estancia y aparece un hombre en el dintel. Absorto el paje en su afliccion, no advirtió el ruido de los goznes.

—¡Señora, señora! decia con anhelante acento: volved en vos....

Una mirada de fuego desprendióse de los ojos del aparecido al ver aquella escena. Acer-

cóse lentamente al lecho por detrás del paje. Llegó al sitio, y una fría y muscúlosa mano apretó con fuerza el hombro de Luis. Volvióse este repentinamente y exhaló un grito de angustia y de horror.

Habia reconocido en aquel hombre al señor de Castril.

Preocupado don Hernando, que ignoraba la enfermedad de Luisa, pues no le había avisado el capellan, por la idea que concibió aquella mañana, viendo á su hija en compañía del paje Luis por quien tanto habia instado, salió á la tarde para dar su cotidiano paseo.... El cielo amenazaba tempestad y se retiró á su casa antes de la hora acostumbrada. Entró en su despacho, donde volvió á empezar sus carreras de por la mañana, á vueltas con el agravio que le presentaba su imaginacion. El honor de su alcurnia, por tantos años puro é ileso, veíalo arrollado; cubiertos de oprobio sus blasones y escarnecido por toda la nobleza. ¿Y á quién debia tamaño ultraje? ¿Quién lo precipitaba en la deshonra....? Un sirviente de su casa, un miserable pajecillo.... Mesábase los cabellos al hacer tales reflexiones, bien ajeno de sospechar la causa verdadera del atentado que fraguaban contra su honor. ¡Miserable destino el de este mundo! El culpable no parecia y solo al inocente se acusaba.... Don Alfonso no existia para don Hernando, y sola una aparien-

cia atrajo la cólera del ofendido padre contra Luis. Hé aquí una de las cosas que causan las mas veces nuestra infelicidad: las apariencias.

Latia con violencia el corazon en el pecho del de Castril por penetrar segunda vez en el cuarto de su hija, deseando cerciorarse de la verdad de su sospecha, pues pensaba que en el abandono que tenia á Luisa debia infaliblemente verse á deshora de la noche con su amante.

—Aun no es tiempo, se habia dicho muchas veces retrocediendo de la puerta á donde marchara en alas de su imaginacion. Figurándose por último llegado el momento de verificar su sorpresa, rebujóse en su capilla, salió de su cuarto, atravesó corredores y salas, llegando al fin á la puerta de la estancia de Luisa.

Una pequeña habitacion, destinada al paje Luis, se encontraba antes de llegar á la de su hija. Empujó la puerta de ésta, registró con su mirada el lecho y hasta los mas recónditos rincones, y exhaló un rugido semejante al de la hiena. No estaba el paje en su cuarto. Sus sospechas iban á realizarse. Demudado y temblando de cólera, levantó el picaporte de la puerta del aposento de Luisa, y lo primero que se presentó á sus fieros y espantados ojos fué Luis inclinado sobre su hija y asidos cariñosamente de las manos. Que-

dó como clavado en el dintel, el pecho se le dilataba horriblemente; su boca estaba seca; una nube sangrienta cubrió su vista. Sus sospechas eran ciertas. El honor de su ilustre casa estaba vendido á un pajecillo que podía escarnecer sus canas respetables.

Empero supo contenerse.

Un vértigo se apoderó del pobre Luis al ver en su presencia al temido don Hernando, y cayó en una silla desplomado, sin pronunciar una palabra.

Quedó un momento reflexivo el de Castril: una diabólica sonrisa desplegó de pronto sus facciones contraídas por la cólera, y dirigióse á la puerta, por donde desapareció.

Al delirio de la enferma no tardó en suceder un grande letargo. Inmóvil Luis en la silla, miraba con asombrados ojos el sitio por donde saliera don Hernando. Era como una estatua; ni siquiera pensaba en sustraerse al furor de su dueño, que necesariamente caería sobre él.

Abrióse nuevamente la puerta y apareció otra vez el señor de Castril, acompañado de un extraño personaje. Llevaba un tabardo de bramante y una gorra negra en forma de boina: su color era tostado; y sobre las toscas facciones de su rostro resaltaban sus verdes ojos, que giraban entre unas órbitas rojas. En el brazo derecho colgaba un lio de gruesa cuerda de cáñamo.

Así que entraron en la estancia, volvióse el de Castril y cerró cuidadosamente la puerta, guardándose la llave: fué en seguida á la del cuarto de la dueña é hizo la misma operacion.

El hombre del tabardo de bramante quedó parado á la entrada: don Hernando marchó hácia el paje.

—Niño ingrato, dijo asiendo de nuevo por el brazo á Luis: murió tu madre que prestaba los mas bajos servicios en mi casa, y hubieras quedado abandonado á la pública caridad, si yo no te hubiera recogido. Crecistes y te eduqué, te di una instruccion superior á tu calidad, hice en fin un hombre de quien estaba destinado á ser un esclavo. Y tú, en recompensa de tantos beneficios, ¿qué has hecho? di, ¿qué has hecho, miserable alimaña? Sembrar la agonía y la deshonra en los últimos años de mi vida.... Pero sabe, niño infame, que no impunemente se agravia á los señores de Castril; que son señores de horca y cuchillo, y pueden libremente disponer de las vidas y haciendas de sus vasallos; y sería yo el primero, y una eterna mancha de oprobio caería sobre mi nombre, si no castigara el atroz atentado que pesa sobre mi honra. Paje, haz tu última plegaria, porque vas á morir.

—¡Cielos! exclamó Luis á quien las últimas palabras de don Hernando lo habian vuelto á su completo conocimiento.

—¡Por el Dios que nos escucha, juro que no saldrá de estas paredes el secreto que me mata! Aquí se cometió el delito, aquí debe castigarse. Paje, te advierto que no acostumbro á repetir mis órdenes; si tienes algo que implorar del cielo, hazlo antes de mas tarde, porque te espera el verdugo.

—¡Señor, contestó Luis con las lágrimas en los ojos, es imposible que por una apariencia engañadora, queráis condenar á un inocente! Es cierto que amo á mi señora, pero como á una hermana.

—Silencio, villano, no insultes mi paciencia, pronunciando el nombre de esa vil criatura, que tambien le llegará su hora.

—¡Piedad para ella, señor...!

—¿Y aun osas....? Sayon, haz tu deber, exclamó don Hernando volviéndose al que le siguiera.

Dirigiose el verdugo con torpe paso á Luis. Arrojose éste en el suelo abrazando las piernas del de Castril; su rubia melena barria el pavimento.

—¡Perdon, señor, perdon....! ¡Soy inocente! ¡Lo juro por lo que tengais mas sagrado...! ¡Soy inocente! ¡No es posible que me quiteis la vida! ¡Ah! ¡No quiero morir....!

—Suelta, gritó don Hernando sacudiendo los piés.

—¡Piedad, señor! ¿No es verdad que esto es solo una amenaza?... ¡Vos no quereis que

muera tan joven....! y ademas..... sin culpa, ¡gracia..... señor... gracia!

Y el pobre niño bañaba con sus lágrimas y besaba los zapatos del señor de Castril, abrazando cada vez mas sus rodillas.

—Suelta, te digo, ruin criatura.

—¡Piedad...!!

No pudo concluir el paje. Un fuerte puntapié de don Hernando, le hizo rodar por la habitacion.

—¡Verdugo! prosiguió señalando con la mano á Luis tendido en el suelo.

Acercose el hombre siniestro al pajecillo. Púsole un pié sobre el pecho, y empezó á desatar con calma la cuerda que traia en el brazo. Hecha esta faena, asió con brutal fuerza los brazos del paje y se los ató á la espalda. Despues juntó sus piés, y los ligó fuertemente. En seguida volviose al de Castril y preguntó solamente:

—¿Dónde?

—Alli, contestó don Hernando, y señaló con el dedo el balcon de la estancia.

Abriolo el verdugo. La noche seguia en la mas terrible oscuridad. El Dauro que corria casi al pié precipitaba su ida sordamente, como esquivando el presenciar la escena que iba á verificarse ante sí. La lluvia habia cesado. Un viento frio penetró en el cuarto moviendo las colgaduras del lecho de Luisa, que seguia alestargada.

Fijó el verdugo con solidez en la baranda del balcon el extremo de la cuerda. Despues volvió hácia el paje.

—¡Piedad! tornó á repetir Luis con desfallecida y acongojada voz.

Hizo el sayon un nudo escurridizo en el otro extremo de la cuerda que atara á la baranda. Levantó la cabeza del paje, y colocó su cuello en el centro del nudo.

Entonces hizo Luis esfuerzos desesperados para librarse, pero era tarde. Solo consiguió hacer crujir sus miembros prensados por las ligaduras.

Levantolo en sus brazos el verdugo, y se encaminó al balcon.

—¡Justicia, Dios mio, justicia! dijo el agonizante paje elevando al cielo sus afligidos ojos.

—Bien haces en dirigirte á Dios, contestó con impasibilidad don Hernando que presenciaba friamente aquel lance; no esperes justicia de los hombres.

—Por eso la espero del cielo, exclamó con desesperacion Luis.

—Verdugo, exclamó con hueca voz el feudal, cuélgalo al instante, al instante; y despues de ahorcado, que esté todo el tiempo que quiera *esperando la del cielo*¹.

Asomose al balcon el verdugo, y arrojó con violencia el cuerpo del pobre Luis hácia el espacio. Dió la cuerda de sí cuanto tenia, y

¹ Gimenez-Serrano, *Manual del viajero*.

quedó luego pendiente del balcon. Á los pocos momentos no existia el infortunado paje. Luisa nada habia visto de cuanto pasara en su derredor.

—Que tapien en seguida ese balcon, exclamó despues don Hernando: no debe el sol alumbrar jamás el sitio de mi deshonra.

A la mañana siguiente vieron con asombro los habitantes de Granada tapiado el balcon de la casa de los señores de Castril, con un tosco letrero encima que decia las mismas palabras que espresara don Hernando al paje: *Esperando la del cielo*; y un ahorcado pendiente de su baranda.

CONCLUSION.

NUESTROS lectores tendrán sin duda deseos de saber de la suerte de la desdichada hija del señor de Castril y de su verdadero amante, aunque éste no ha llegado á presentarse en escena, como igualmente si llevaron á cabo el proyecto del clandestino enlace; mas es tan sucinta en hechos la crónica de donde sacamos esta tradicion, que solo se espresa con palabras ambiguas en este punto, concretándose únicamente á demostrar el hecho que

llevamos referido; pero por no dejar tan incompleta la relacion, pues no nos sería perdonado por nuestras jóvenes lectoras, interesadas, como es de presumir, en los amores de Luisa y don Alfonso, debemos decir, que enterado su padre despues de la muerte de Luís, del estado en que se hallaba, aplazó el castigo á que se habia hecho merecedora, para su restablecimiento; próroga á la que debieron su felicidad, saliendo una noche por las puertas de Granada, Luisa, don Alfonso y don Antonio el capellan, librándose asi de la venganza del tirano padre, y marchando á Málaga, donde los unió el religioso, y donde vivieron sin tener noticia del señor de Castril.

Y es fama que ambos esposos consagraban todas las noches una hora de recuerdo y oracion por el alma del infortunado niño cómplice de sus amores, que á costa de su vida, atrayendo inocentemente hácia sí las sospechas del feudal, hizo la dicha de los dos amantes, y que entonces llevaba por nombre el paje Luis.



La Casa de Gallinas.



EN un día claro y despejado del mes de Abril de 1491, un grupo de personas aparecía sobre una baja colina, desde la cual se divisaba un encantador y risueño panorama. De un lado veíase á Granada con sus mil y trescientas torres, que velaban cual otras tantas impasibles centinelas por la seguridad de sus moradores. Del centro de esta rica joya musulmana, sobresalian las arabescas cúpulas de las mezquitas y palacios, formando caprichosos y enredados laberintos, destacándose cual regio é imponente dosel la magnífica fortaleza de la Alhambra, cuyos gigantescos y pardos torreones

aparecían en lontananza sobre un cielo de azul turquí, prestando seductora altivez á este mágico cuadro. Del lado opuesto de la colina mirábase esa inmensa faja de armiño, que confundíéndose entre el celaje, parecía prestar abrigo á la fértil vega con su siempre verde alfombra, sus espesos olivares y sus cristalinos arroyuelos cubriéndolos con su manto de nieve.

Al frente de la colina divisábase la falda agreste de un promontorio de montañas, sembrado de espantosos barrancos, que en ascenso gradual parecía llegar al cielo por la parte del Norte, y formando cordillera por la de Oriente se enlazaba con los montuosos lugares de las Alpujarras, y este árido sitio hacia resaltar con mas fuerza las bellezas de la vega, que entonces contribuían á aumentar multitud de tiendas de campaña, sobre cuyas blancas cupulillas se elevaban encarnados banderines que hacia oscilar el viento de la mañana.

Era el campamento de los Reyes Católicos de España, don Fernando V y doña Isabel I.

El grupo de la colina se componía de tres ó cuatro mujeres y dos caballeros que vestían pavonadas y elegantes armaduras, y en cuyos cascos relucientes reflejaba el sol sus dorados rayos. Eran la reina doña Isabel, parte de sus damas, el valeroso don Alonso de Aguilar y el jóven don Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Habia querido doña Isabel dar un paseo ma-

tinal, y encontrándose á los apuestos caballeros, solicitaron el honor de acompañarla, que les fué concedido. Despues de haber admirado el brillante cuadro que se les ofrecia desde aquel punto de vista, y al que daban mayor animacion los soldados cristianos, que defendidos por las silenciosas centinelas del campamento, descansaban formando corrillos sobre la fresca yerba, llamó la atencion de la reina un objeto que haciéndolo notar á su acompañamiento, fijáronse sobre él todas las miradas.

Era éste un palacio árabe, situado al pié del promontorio de rocas de enfrente. Dividia este sitio de la colina el *Rio Genil*, que corriendo en una profundidad cubierta de espesas alamedas lo resguardaba de toda tentativa de sorpresa.

—¿Qué es aquella masa sombría y medrosa que yace escondida entre aquellas montañas? Preguntó la reina con algun afán.

—No he reparado hasta ahora en ella, contestó don Gonzalo, y por cierto que ocupa un lugar delicioso en estremo.

—Es el *Palacio Darluet* ó *Casa del Rio*, una recreacion de Abul-Khatar, dijo una de las damas, moro de grande pujanza y valentia, segun cuentan.

—¿Qué, sabes tú algo de él? interrogó la reina.

—¡Vaya si sé! Es una historia rara, de las mas raras que puede haber. No ha muchos

días que estando en vuestra tienda la oí contar á unos soldados que se hallaban cerca de ella, y puedo aseguraros que pasé un rato divertido. Hay encantamientos y magos... y, en fin, es una verdadera tradicion de los descendientes de Agar é Ismael.

—Pues refiérrela, Sol, contestó doña Isabel, y proporciónanos ese buen rato. ¿No es esto, caballeros? continuó dirigiéndose á ellos, ¿no tendreis como yo un placer en oirla?

Una respetuosa inclinacion fué la respuesta de los guerreros, y á una señal de la reina comenzó la dama la historia de esta suerte.



«EL moro Abul-Khatar pertenece al linaje de los Gazules. Su padre hace veinte años que habitaba en un arrabal de Granada que llaman el *Albaicin*, teniendo entonces diez hijos varones, de los cuales el mayor es el dueño de ese palacio. Estaban sumidos en la mas espantosa miseria, y apenas el escaso jornal que haciendo cestos ganaba Bey-Kal, era bastante para la subsistencia de sus hijos y una vieja esclava egipcia que consigo tenian. Esta esclava, que hizo para con Bey-Kal las veces de madre, y del que nunca se habia separado, gozaba de un singular prestigio sobre el moro y toda su familia, recibiendo sus palabras como

si viniesen de la boca del Profeta. Setenta y cinco lunas de Argeb ¹ habian reflejado sobre su cabellera blanca como sus rayos, y aun brillaban sus ojos en el centro de sus órbitas, como viva llama en lo interior de caverna tenebrosa. Ziula se llamaba, y este nombre era repetido todas las mañanas por Bey-Kal y sus hijos en las oraciones que elevaban al Profeta.

Era una noche del crudo invierno; un frio intenso helaba la sangre en las venas de los ateridos hijos de Bey-Kal, que apiñados en torno de un consumido hogar, procuraban en vano calentar sus entumecidos miembros. Ziula en un rinçon de la estancia cruzadas las manos al pecho, cerrados los ojos é inclinada la cabeza parecia dormir. Bey-Kal no habia vuelto aun de su trabajo. Un hambre espantosa acosaba á los niños; no habian comido nada en todo el dia, y esperaban á su padre con un creciente afan, pues debia traerles como todas las noches el acostumbrado y mísero sustento, pero Bey-Kal no venia. Dos horas se pasaron en este estado, dos horas de angustia y dolor. Aguijoneado por el hambre levántose el mayor de los niños y se dirigió á Ziula, iba á despertarla para pedirle socorro.

El rojo fulgor de algunos tizos medio encendidos que iluminaba confusamente la estancia, coloraba de una manera pavorosa el semblante de la egipcia, apareciendo lívido y cadavérico,

¹ Enero.

Retrocedió el niño á su vista lleno de terror, y corrió presuroso á esconderse entre sus hermanos señalando con el dedo á la esclava. Fijaron todos sus ojos en ella, y volvieron el rostro por un simultáneo movimiento cubriéndolo con sus manos. Un silencio de tumba reinaba en el aposento.

Las horas pasaban y no se oía el rumor de los pasos que anunciaba siempre la llegada de Bey-Kal. Ziula permanecía en su letargo. Volvió á hacer un esfuerzo Abul-Khatar que era el mayor de los niños, y asidas sus manos á las de sus hermanos, se acercaron nuevamente á la anciana. Cogió uno de ellos con temblorosa mano la borla que pendía del jaique de Ziula, y tiró suavemente..... pero la egipcia no despertaba. Sacudieron su brazo, moviéronla del suelo, animáronse algun tanto los hijos de Bey-Kal y la abrazaron con violencia; pero en sí no volvía aquella, continuaba en la misma insensibilidad..... parecía muerta. Un agudo grito se escapó de las bocas de los niños, y corrieron desalados por la habitacion. Este grito ha penetrado el corazon de la anciana, y abre repentinamente los ojos. Un brillo extraño destellaban, produciendo un sombrío contraste con el rojizo color del hogar. Incorporose lentamente Ziula, miró á una y otra parte con asombro, levantóse al fin, y preguntó á los niños, que repuestos de su temor la cercaban como el saúco á la morera.

—¿Dónde está mi hijo? ¿dónde está Bey-Kal?

—¡Aun no ha venido! contestaron con afligida voz, Ziula..... tenemos hambre, mucha hambre; dadnos por Alá algo que comer!

—¡Desgraciados! exclamó con destemplada voz la egipcia levantando las manos al cielo, ¡desgraciados hijos de Kal....! vuestro padre no existe..... Oid, oid la revelacion que he tenido del ángel de mi destino, durante pocos instantes..... Oid primero el brillante porvenir que os espera, para que sintais con mas resistencia el dolor que voy á causaros al mismo tiempo. Teneis hambre..... y hambre tendreis hasta mañana, que es el día de vuestra resurreccion, el día en que la casa de Bey-Kal levante orgullosa su emblema de poder, abatido tantos años, y en que vuelva á brillar con el esplendor que merece esa robusta rama del encumbrado linaje de los Gazules del Oriente. Al decir estas palabras, el acento de la egipcia tenia un tono tan raro y maravilloso, que los hijos de Bey-Kal inclinaron sus cabezas sojuzgados por aquel poderoso ascendiente, y escucharon á la anciana con sumiso ademan.

Mahamud-el-Azid, dijo al cabo de un momento de reflexion, primer vástago de vuestra ilustre rama, era un moro de gallarda presencia, arrogante en demasia, y valiente como el águila de los bosques. Habitaba un palacio suntuoso distante pocas varas del Genil, y nu-

merosa falange de esclavos y juglares se disputaban el favor de divertirlo en sus ocios. La opulencia reinaba en torno suyo, y el fausto y esplendor formaban la existencia de este feliz creyente. Una tarde del caluroso estio, pareciéndole templada el agua que le tenían dispuesta en sus marmoreos baños las odaliscas de su harem, quiso buscar la frescura que la sangre ardorosa de sus venas anhelaba, y salió de su palacio sin mas séquito que un anciano negro, dirigiéndose á la ribera tapizada de esmeralda, cerca de la que susurraban con paso majestuoso las ondas del Genil. Llegados á un sitio, donde juntándose las copas de los frondosos álamos que crecían en las opuestas orillas, formaban una pintoresca y encantadora gruta, mandó á su esclavo lo despojase de sus vestiduras y se arrojó al río. No bien su cuerpo hubo roto la cristalina superficie, cuando un nacarado pez salió del centro de las ondas perseguido por una monstruosa serpiente, y siguieron con precipitación el curso de las aguas. Un compasivo sentimiento despertose en el corazón del benéfico Mahamud, y viendo que la tremenda serpiente iba á dar pronta caza al infortunado pececillo, arrojóse tras ellos con la velocidad del delfín, y logrando sujetar á aquella por la cola, tiró hácia sí con tal fuerza, que dividiéndose en dos la serpiente, sumergiéndose de espaldas en el Genil. Creyendo tocar pronto con su mano el arenoso

lecho, la alargaba por debajo de las ondas, cuando siente que otra mano ase la suya precipitándolo hácia dentro. Entumecido todo su cuerpo con este contacto, cerró los ojos creyendo llegada su última hora: ¡pero cuál fué su sorpresa, oyendo una dulce voz que le dijo: «Abre los ojos y nada temas, estás en mi palacio!» Obedeció Mahamud á la irresistible influencia de este acento, y hallóse en un senador vistosamente adornado de mosaicos y piedras preciosas, embalsamado por el delicioso aroma de multitud de flores que colocadas en chinescos jarrones abrian sus pétalos á juguetonas mariposas, cuyas alas brillaban al resplandor de una claridad maravillosa que penetraba en aquel sitio de delicias sin saberse de donde provenia.

Una mujer, bella cual la rosa de los pensiles del Egipto, estaba mirándolo con cariñosa espresion, teniendo aun entre las suyas la mano de Mahamud, quien creyéndose presa de un sueño fascinante fijaba su vista con asombro en el espectáculo que le rodeaba.

--Mucho te debo, generoso moro, díjole la jóven, me has salvado del poder de un maldito etiope, mago famoso que me tenia hechizada en venganza de no haber querido corresponder á su amor; pero en ese mismo beneficio hallarás la recompensa. Soy hija de la Noche, protegida por los espíritus del lóbrego reino de las tinieblas. Apenas el Sol se

hundia bajo el potente dominio de mi madre, salia á disfrutar de las dulzuras con que me brindaba su deleitoso seno; pero incanta como todos los secuaces de las sombras, dirigia mis pasos por do quier sin evitar los peligros que me amenazaban. Ese infernal etiope que convertido en serpiente acabas de destruir, salia á la mitad de la carrera, del nocturno reinado de mi madre, de la espantosa laguna, que existe en una hondonada de la sierra que corona á la Alhambra, y á la que con el tiempo llamarán el *Albercon del Negro*. Viome una vez que hácia aquel sitio me condujera mi impresion, y prendado de mis hechizos, me tomó entre sus robustos brazos antes de que tuviera tiempo para huir de su espantosa vista; y sumergiéndose conmigo por entre las cenagosas aguas de la laguna, me llevó á su descomunal caverna, rodeada de flamígeros y penetrantes rayos, que lastimaban mis delicados ojos acostumbrados, cuando mas, á esta tenue claridad. No pudiendo alli vencer la desesperada resistencia que oponia á secundar sus designios, dejome atada con fuertes ligaduras, amenazándome, que si á su vuelta no consentia, trataba de tomar una terrible venganza por medio de una repugnante transformacion. Asi que me ví sola, llamé en mi auxilio á la Noche. No tardó mucho tiempo en acudir á los lamentos de su hija, y contándole mi quebranto, me respondió con afliccion: «No son mis fuerzas bastan-

tes para luchar con el mago que te aprisiona protegido por el Sol: pero escrito se halla que el feliz mortal que te liberte de su poder, sea cual fuese la forma en que su rencor te convierta, volverás á tu primitivo ser; y tu salvador en virtud de este anillo, que le entregarás en muestra de recompensa, será invencible y toda su descendencia, en cualquier lucha que emprenda contra sus enemigos: pero si alguno de ellos abjurase de sus creencias religiosas, perderá el anillo toda su virtud, y no podrá recobrarla hasta que otro individuo de su raza sea alevosamente asesinado por algun crimen que cometa." Estas palabras espresó mi madre, y dejándome el talisman, desapareció de la caverna. Al cabo de algun tiempo volvió el gigantesco etiope, y hallándome afligida al contemplar el escaso auxilio que la Noche podia prestarme, creyó que me conformaba con sus terribles intentos; mas conociendo despues su engaño en vista de mi inaudita resistencia, creció á tal punto la cólera del mago, que agarrando con brutal fuerza mis sueltos cabellos, y profiriendo un espantoso conjuro, me convirtió en un blanco pez, y sacándome de la cueva, me arrojó al Genil, donde transformándose en serpiente, todos los dias me hacia padecer los mas crueles dolores, hasta que viniendo tú á bañarte en aquella parte del rio, pusiste, matando al fiero mago, término á mi quebranto.

Asombrado quedó Mahamud con la relacion de la hija de la Noche, y no salió de aquella especie de éstasis agradable en que parecia hallarse sumergido, respirando aquel delicioso perfume, hasta que sintió en su dedo anular la presion de la sortija que le puso la hermosa jóven diciéndole: «Toma; con esta sortija serás invencible en todos tus combates con los cristianos, invencibles tus descendientes y próspera tu fortuna; pero ¡guay de aquellos que sucedan á quien quebrante su ley, porque serán miserables todas sus generaciones y frágiles como el cristal! Ya que te he recompensado el servicio que por mí has hecho, es necesario separarnos. Nunca volverás á verme, pues así lo ordena mi destino. Torna á tu palacio y recomienda á tus hijos la constancia en su religion.»

No dijo mas aquella mujer misteriosa; y arimándose á un jarron de clavellinas, tronchó un tierno capullo, produciendo un metálico crujido, á cuya sonora y penetrante vibracion tuvo Mahamud que cerrar á su pesar los ojos, viéndose cuando los abrió encima del Genil y en el sitio que eligiera para bañarse: el esclavo negro estaba en la orilla teniéndole sus ropas, sin espresar su semblante asombro ni extrañeza. Preocupado Mahamud por la rara aventura de que habia sido héroe, salió del agua, pidió sus ropas, y vistiéndole prontamente el anciano, dirigiose á su palacio, du-

dando de aquello mismo que habia visto; pero sintiendo opresion en su mano, levantola en alto, y mirando un mohoso anillo que ceñia su dedo anular, tuvo que dar crédito á aquel extraño é increíble suceso.

Al llegar aqui la vieja Ziula, interrumpió su narracion para cobrar nuevos alientos: miró con una especie de ternura y alegria á los hijos de Bey-Kal, y continuó despues de un momento de pausa.

—Á tres generaciones fué trasmitido el famoso anillo de la hija de la Noche, y tres generaciones vivieron en el colmo de la prosperidad y de la dicha. El mismo palacio donde habitaba Mahamud, dió abrigo á sus descendientes, que marchaban á los lugares en que se aposentaba la guerra contra los cristianos, y siempre vencedores, su brazo era la espada del espíritu exterminador, que donde quiera que alcanzaba, iba sembrando la desolacion y la muerte, sin que nunca la mas insignificante lesion dañase alguno de sus aceros miembros. La mansion que servia de asilo á estos formidables moros, tomó el nombre de *Casa de los Leones*, y el poderoso rey de Granada Abu-Abdalá Jusef, los hizo nobles, dándoles los honores de visires cerca de su real familia. La fama, corriendo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, llegó á inmortalizarse entre los verdaderos creyentes, y eran deseados por todos los monarcas del Oriente y

Mediodia. No se empeñaba una accion en que alguno de ellos se encontrase, sin que fuesen completamente victoriosos los musulimes; y ¡ay del soberano que fiasse en sus numerosos y aguerridos soldados sin contar entre los mismos un solo *Leon*....!

Las palabras de la protectora de Mahamud fueron ciertas en la era de ventura que profetizó á su posteridad; mas por desgracia, verdaderas fueron tambien al augurar la espantosa suerte en que aquella se trocaria si abjurase su religion algun muslim de esta familia.... Sí, hijos de Bey-Kal.... la pura flor que abria su sonrosado cáliz á la brisa de la mañana, cayó de su vástago marchita y sin aroma, seca y deshojada.

Del nieto de Mahamud, último y venturoso Leon de Granada, nació un débil y mezquino musulman llamado Abd-el-Nayar, para oprobio y vergüenza de toda su raza. Legole al morir su padre el anillo que tan religiosamente habia conservado, y le hizo dueño del secreto que formaba su felicidad, exhortándole á conservar el lustre de su casa, secundando los esfuerzos de sus antecesores. Y este hombre, mengua del nombre agareno y baldon de todos los creyentes, viéndose libre de sus acciones con la muerte de su recto padre, tuvo la villana pasión de dejarse arrastrar del amor impuro de una esclava cristiana que estaba al servicio de su palacio. Aun hizo mas; no con-

tento con infamar así sus doctrinas, puso el colmo á su falacia, sometién dose á las exigencias de su amada, rompiendo con sacrilego deseo los lazos de su religion, haciéndose cristiano, y desposándose en seguida con aquella mujer infame. ¡Maldicion eterna al impio nieto de Mahamud! Pero..... ¡desdichado! creia una ficcion el secreto revelado por su padre, y tarde conoció la fuerza de su verdad. La misma noche de su matrimonio, cuando se preparaba á gozar las delicias con que le brindaba el voluptuoso nudo en que se habia aprisionado, una espantosa tempestad estalla de improviso. Cúbrese de negro humo la habitacion nupcial, y el anillo de la perseguida del gigantesco etiope que se miraba en un rincon despreciado y solitario, toma poco á poco las formas de un terrible dragon. El humo se hace cada vez mas negro y compacto. Los truenos dan violentos redobles sobre los minaretes del palacio, sus cimientos tiemblan, y los esposos de un dia, trémulos y horrorizados, miran con vidriosos ojos al dragon acercarse lentamente á ellos. Una voz fúnebre óyese en el momento en que repuestos un poco de su espanto quieren huir. «¡Deteneos! les dice, en vano será que procureis, pareja maldita, evadiros del castigo que os aguarda; ¡tiembla, miserable Abd-el-Nayar, por haber desoido la condicion que impuse á tu antepasado Mahamud, cuando le entregué el anillo que ha causado su gran-

deza y tu ruina! ¡Tiembra! vuelvo á decirte, pues sufrirás, no solo el castigo de tu vileza, sino el que mereces por el daño que has de ocasionar al sucesor que vuelva á tu casa el lustre de que la has desposeído, pues que para ello ha de ser vilmente asesinado por un delito vergonzoso que cometa, impulsado por la miseria en que los has sumido...!” Calló la tenebrosa voz, y la sucede un horrible estallido: desaparece el humo, y deja en su lugar una corona de vivas llamas que cercan á los esposos..... El dragon que ha ido siempre acercándoseles, llega á ellos, abre una enorme boca, y..... las llamas cubren en este instante toda la habitacion..... Solo se oye un horroroso grito, pero nada se ve mas que fuego.....

El dia que siguió á esta noche de catástrofe, vieron en aquel sitio los musulmanes que acertaron á pasar por la ribera del Genil, un monton de escombros, encima del cual lloraba un niño de tierna edad. Unas caritativas mujeres lo envolvieron en un jaique, y lo llevaron á su morada: era el hijo de Abd-el-Nayar, fruto anticipado al enlace que contrajo con la cristiana. Este niño creció en casa de mi madre, pues fué quien lo recogió, y juntos pasamos nuestra infancia. Nos amábamos con el cariño de hermanos, y juntos hubiéramos vivido siempre, á no haberme robado á los quince años un viejo cadí para su harem. Pero pasó

el tiempo, los años gastaron mi juventud, arrugando mi semblante, y el cadí me despidió al mirar lo ajado de mi rostro. Libre entonces como la paloma de los bosques, corrí á buscar á mi adorado hermano; corrí mucho, pero lo encontré al fin. El precepto de la maga seguia cumpliéndose. La miseria habia tomado asiento en su derredor. Estaba casado, tenia un hijo tierno como el tallo de la amapola, que se llamaba Bey-Kal. Era vuestro padre. Juré entonces no separarme de mi querido hermano hasta que la muerte cayese sobre alguno de nosotros y lo cumplí. Poco despues de mi encuentro, murió la madre de Bey-Kal y yo la reemplacé.... La desgracia perseguia de continuo al hijo de Abd-el-Nayar; todo plan lisonjero que formaba para su porvenir, desvanecía-se como los sueños, y no pudiendo sacudir el fatal yugo de la pobreza exhaló en mis brazos su postrimer suspiro.

¡Hijos de Bey-Kal! la misma suerte acosó á vuestro infortunado padre, de quien no me he separado un solo instante.... En su varonil edad, casose con vuestra madre, que al dar al menor de vosotros la vida, perdió la suya.... Habiéis salido de la infancia en medio de la desolacion mas completa. Vuestro padre se ha afanado aunque en vano para procuraros una precaria subsistencia; ha trabajado desde sol á sol, desde luna á luna, y nunca ha podido ganar un estipendio suficiente á cubrir sus ne-

cesidades.... Siempre zumbaban en sus oídos los agudos y penetrantes clamores de sus hijos pidiéndole alimento. ¡Ah! El decreto de la hija de las tinieblas se ha cumplido.... La falta del impio Abd-el-Nayar ha caído sobre la cabeza del infortunado Bey-Kal. ¡Maldición eterna á su memoria! ¡Persígale mi anatema hasta la consumacion de los siglos!

Otra vez volvió á callar la anciana agitada por la fuerza de su emocion. Empero bien pronto brilló un fuego extraño en sus relucientes ojos, atrajo hácia sí á los niños que la rodeaban, y les dijo con un acento sentencioso y como inspirada:

—Acercaos..... prestadme aun mas atencion á lo que me resta decir.... Es vuestro sino. Esta noche se encontraba Bey-Kal en aquel rincon inquieto y desazonado. Tenia colgando sus brazos hácia el suelo, la cabeza baja y la mirada feroz. Los rayos del sol habian penetrado por ese ajimez..... la luna los reemplazó en seguida; y en todo este tiempo no habian comido sus hijos..... Faltábale trabajo.... Vosotros os acercásteis á él, os subísteis sobre sus rodillas, le acariciábais la barba como el necesitado lebel lame al dueño que ha de sustentarle, y tú, Reqki, posaste tus labios sobre su oído, y con tembloroso é imperceptible acento, como para evitar que le oyesen tus hermanos, le dijiste: «¡Pan!» Contrájose espantosamente vuestro padre, y levantose arrojándoos al suelo, to-

mó luego su gumia, y salió..... Una somnolencia pesada se apoderó entonces de mí, quise seguirle, mas mis piernas se doblaron, y caí.

.....
.....
Mis ojos vieron un magnífico palacio á las orillas del Genil..... Sobre su vistoso y principal minarete, una hurí se posaba rodeada de vaporosa nube que despedía celestes resplandores..... Fijó sobre mí su mirada preciosa, diciéndome con armoniosa voz : «Anciana Ziula: el vaticinio que por mí se comunicó al libertador de mi encantamento Mahamud, acaba de realizarse completamente. Levántate, y anuncia á los hijos de Bey-Kal la llegada de su dicha. Esta noche ha robado el triste Bey para mantener su familia, y ha sido asesinado por las guardias del monarca. Esta víctima se necesitaba para que volviera á su esplendor la *Casa de los Leones*. Desde este instante cesan todas las penalidades que acosaban á esta noble descendencia; otra vez levantará su cabeza para ser el terror de la cristiana grey. Cuida esta misma noche de dar sepultura al cadáver de tu hijo adoptivo, que hallarás cerca de la *Puerta Monaita*, y ven despues á tomar posesion de este alcázar que pertenece á los hijos de Bey-Kal.....

.....
.....
Vuestros esfuerzos para despertarme disipa-

ron este sueño, pero semejante revelacion no es una quimera.... Venid, hijos, venid á cumplir las órdenes de la maga, y tomándolos de la mano salió de su casa con direccion á la *Puerta Monaita*, donde hallaron el cadáver del malogrado musulman. Habia sido muerto por una descomunal herida que le atravesara el pecho.

Postráronse de hinojos ante él la egipcia y sus hijos, y rezaron en voz alta y entre amargos sollozos fervientes oraciones. Despues cargó la anciana sobre sus hombros el inanimado cuerpo, auxiliada por aquellos, y le dió religiosa sepultura.

El sol comenzaba á teñir de escarlata los montes de risco que ciñen por Levante á Granada, cuando la anciana y los niños llegaron al sitio donde existiera antes el palacio de sus mayores. Un pintoresco alcázar se destacaba á corta distancia del rio, y en un ameno y risueño prado

—Entrad, les dijo Ziula estendiendo su brazo hácia las abiertas puertas del palacio; entrad y tomad posesion del señorío que os pertenece y del que habeis estado privados.

Obedecieron los hijos de Bey-Kal, y entraron con la vieja. Protegidos aquellos por la poderosa influencia del anillo de la hija de la Noche, que hallaron en una caja de oro, fueron invencibles en cuantas guerras despues se encontraron, volviendo á tomar su palacio el

orgullosa nombre de *Casa de los Leones*. Los que habitan esa mansion fortificada ahora, y que encierra no corta guarnicion mahometana, son como dije al principio, el moro Abul-Khatar y sus hermanos hijos del infortunado Bey-Kal; y conservando firmemente sus creencias gozan de una vida próspera y feliz, siendo el terror de los cristianos que conocen sus maravillosos antecedentes y huyen despavoridos á la sola presencia de cualquiera de ellos.

Tal es la rara historia de esa casa que vemos desde aqui, segun escuché á los soldados del campamento, y que ha llamado vuestra soberana atencion.”





DE este modo concluyó doña Sol su relato que escucharon atentamente la reina y demás personas que allí se hallaban.

—Hasme proporcionado notable solaz; dijo doña Isabel á su dama, y por cierto que es bien estraña y fantástica la historia de ese albergue de moros. ¡Qué tradiciones tan estupendas se conservan entre los árabes!

—Ahora recuerdo, exclamó don Alonso de Aguilar, que dias pasados me señaló un soldado aventurero de mi hueste, ese recinto, y por cierto que lo vi palidecer al mirar la cabeza

de un moro que asomaba sobre el pequeño parapeto.

—¿Y qué te dijo? preguntó con curiosidad la reina.

—¡Ved, señor! exclamó casi aterrado, ¡ved un *Leon*! —¿Qué quieres decir, hombre? le interrogué con asombro.—Que aquel perro que allí se divisa pertenece á una casta que tiene de hierro los miembros, y no hay espada que los hienda.—¡Bah! contesté con indiferencia, creyendo sería un bobo engañado por algun tuno.—Preguntad, insistió el soldado, preguntad á los compañeros y conoceréis la verdad de cuanto he hablado.—Yo no le hice caso, y lo dejé con sus creencias. Mas ahora veo que es preocupacion mas arraigada en la soldadesca de lo que creia.

—¿Y tú qué dices á esto, Gonzalo? preguntó al cabo de algun tiempo doña Isabel.

Tan pensativo se hallaba el ilustre guerrero que no oyó la voz de la reina.

—Segun parece, continuó ésta, te ha hecho bastante sensacion la anécdota de doña Sol: ¿tanto te impresionas, Gonzalo?

No hubiera respondido tampoco éste á la segunda pregunta de la reina, á no habérselo advertido el de Aguilar que se hallaba á su lado.

—Dispensadme, señora, contestó prontamente, pero..... sí..... es verdad.... ha llamado mucho mi atencion ese extraño suceso.... y tanto, que si me dais permiso....

Detúvose un momento el caballero, como si temiese decir demasiado, mas viendo que la reina esperaba acabase de explicar su pretension, exclamó con interés:

—Señora, dadme licencia para adelantarme un poco, pues ardo en deseos de reconocer mas de cerca esa *Casa de Leonés*.

—Cuidado con lo que pedis, mirad que es arriesgada la bajada por este sitio, no os vaya á recibir el Genil, y tenga yo el disgusto de ver mojado un guerrero mio.

—¡Oh! descuidad.... Si acaso solo se mojará el acero de mi coraza.

—Bien, pero no os acerqueis tanto que pueda alcanzaros la garra de esas fieras.

—Llevo á mi izquierda, un remedio para embotarla.

—Id, pues, ya que tan provisto estais; pero de todos modos observad donde sentais el pié.

—¡Oh! gracias, señora.

—Advertid que aqui aguardo, Gonzalo.

—Seré con vos dentro de unos instantes.

Hizo un gracioso saludo á la reina, y se alejó el de Córdoba bajando la colina con direccion al rio.

—Mucho siento no vaya á despeñarse por este endiablado cerro. ¡Qué caprichosos son mis soldados! dijo doña Isabel siguiendo con la vista la marcha del caballero.

Los rayos del sol, cayendo sobre la bruñida armadura del jóven castellano, hacíala relum-

brar como si reflejase en un cristalino lago.

Aquel pequeño grupo estaba absorto en la contemplación del audaz guerrero, que habiendo conseguido despues de peligrosos descensos llegar al rio, lo pasó con valeroso denuedo, y llegando á la opuesta orilla, se dirigió resuelto hácia el *Palacio Darluet*.

—¡Qué veo! exclamó de repente la reina, ha pasado el rio y desenvaina su larga espada que reluce como una franja de fuego; se vuelva hácia nosotros; hace una cortesía con ella.... y..... ¡gran Dios! se dispone á saltar la muralla!

En efecto, despues de haber saltado el pequeño parapeto, se introdujo el de Córdoba por una especie de claraboya que en la fachada meridional tenia el palacio, desapareciendo de la vista de su reina.

—¡Ay! ¡bien me temia alguna imprudencia! dijo ésta con amargura; ved por qué niñería, por qué temerario capricho, voy á verme desposeida de una de mis mejores lanzas y de mis mas leales pechos..... ¡Oh! ¡no saldrá vivo de esa infame guarida!

Asombrado de aquella audacia, ni el mismo Aguilar acertó á responder á su soberana.

—Ve, Aguilar, ve, continuó doña Isabel, no pierdas tiempo, tal vez tu ayuda le sea necesaria; y tú, Sol, vuela al campamento, y dí que su reina necesita cincuenta valerosas lanzas. No os detengais un momento, marchad.

Iban á partir dama y caballero para cumpli-

mentar las órdenes que les daban, cuando un grito de sorpresa y alegría que exhaló doña Sol, hizo poner en movimiento á doña Isabel, y detuvo en su ida á Aguilar.

—Mirad, señora, mirad, dijo la dama tendiendo los brazos hácia el palacio de los hijos de Bey-Kal.

Apareció radiante de alegría el rostro de la reina con el espectáculo que se le presentaba.

La casa llamada de los *Leones* vomitaba moros por todas sus puertas y ajimeces, los que apenas se vieron en el campo, corrían como galgos diseminándose en todas direcciones por aquellas áridas montañas. Confiados los árabes en la segura posición de su palacio, vivían tranquilos, á pesar de la proximidad del ejército cristiano, sin pensar en precaverse de cualquiera sorpresa; mas al ver de improviso y cuando mas descuidados se hallaban, un guerrero cristiano en sus mismos aposentos, fué tal el temor que experimentaron, creyendo sin duda la ciudad perdida, que procurando solamente salvar sus vidas, huyeron despavoridos, sin volver por algún tiempo del tremendo susto que recibieron á la impensada vista del soldado. Detrás del último salió un gigantesco guerrero con la visera echada y espada en mano, repartiendo á diestro y siniestro mandobles de buen aire y mejor temple, y haciendo brotar rayos de su anchurosa hoja. Era Gonzalo de Córdoba.

Á los pocos momentos y despues que hubo parado en su faena, no quedó un solo moro en el campo. Parecia que la tierra se los habia tragado.

Envainó entonces aquel héroe su formidable tizona, levantose la celada, volviendo á pasar el rio, y se dirigió al sitio de donde poco antes habia partido.

—¡Reina de Castilla! dijo al llegar, sabed que desde hoy, la *Casa de los Leones* ha cambiado su pomposo nombre por el mezquino de *Casa de Gallinas*, pues no son otra cosa los miserables que en ella habitan. Cuando os refieran anécdotas como la que hoy os han contado, y en la que pueda haber, no uno, diez de esos perros, que sean capaces de hacer frente á un solo cristiano de vuestro ejército, dadles el crédito que se merecen, acordándoos de lo sucedido con los *Leones* del palacio de *Darluet*. Ahora pido humildemente perdon á mi reina, por haber acometido esta empresa sin su permiso; pero mi corazon español no podia soportar se ultrajase, ni aun en cuentos, el nombre de sus compañeros.

—¡Ah, Gonzalo! no lo merecias por el susto que me has hecho pasar! contestó la magnánima y sensible Isabel. Mas, levanta, añadió viendo á sus piés al ilustre caballero, ¿habia de negar mi perdon á tan valiente soldado?

—Sois tan buena como grande, exclamó el guerrero besando su regia mano.

—¡Cuál corrían! dijo á este tiempo don Alonso abrazándolo.

—Como gallinas, Aguilar, como gallinas, contestó el atrevido guerrero: y todos volvieron al campamento, donde pronto se extendió la noticia de tan temeraria empresa, llevada á cabo por un hombre que aun en sus primeros años dejaba conocer al héroe que mas adelante habia de admirársele en toda Europa, y ser acatado por todo el mundo con el glorioso y bien adquirido nombre de *Gran Capitán*.

De este suceso memorable, data el de *Casa de Gallinas*, que aun conservan las escasas ruinas que se encuentran á tres cuartos de legua de Granada, siguiendo una vereda que comienza en el *Haza de la Escaramuza*, y alli conduce por entre precipicios y barrancos. Las incomodidades de este camino son compensadas por la deliciosa vista que se descubre desde la alta montaña que hay un poco mas allá de dichas ruinas, que tiene su pié en el Genil, y que da frente á la en que miraba la reina el *Palacio Darluet*.





La Sala de Comares.

Uno de los departamentos del palacio árabe de la Alhambra, que enseñan como de los mas raros y preciosos al viajero, es la *Sala de Comares* ó de *Comarech*, nombrada así por las labores que emplearon los artífices en su adorno que llaman los moros *comarragia*. Y efectivamente, no puede darse cosa que revele con mas propiedad el esquisito gusto y fastuoso lujo de los orientales, que esta soberbia habitacion. El original alicatado de sus cenefas, las graciosas labores de las enjutas de los arcos, los caprichosos colores de su artesonado, y las cifras, motes, calados y demas adornos de sus paredes, hacen remontar el alma á los poéticos tiempos en que Boabdil y sus antecesores, ro-

deados de sus hermosas odaliscas, descansarían muellemente sobre cojines de Persia, aspirando el puro ambiente de los *Cármenes del Hazeriz*, que penetra por el ajimez que hoy se mira reducido á una moderna ventana, como casi todos los del palacio y demas monumentos árabes.

Este recuerdo no es el único que asalta la imaginacion al entrar en la Sala. No solo ha sido la pieza favorita de los monarcas orientales, sino que tambien ha servido para salon de corte de los muchos soberanos católicos que han visitado la hermosa ciudad, despues de arrancada al poder agareno, por lo que tambien adquirió el nombre de *Salon de Embajadores*.

Á él os hemos conducido, carísimos lectores, para que luego que hayais admirado todas sus preciosidades, que no juzgamos á propósito referir, por bastar para el objeto una ligera descripcion, y visto el aposento preferente de los reyes de esta tierra, en el referido palacio, conozcais el grande é importante suceso que en él tuvo lugar, y que lo hace aun mas interesante, por las favorables consecuencias y gratos resultados que atrajo al español reino. El corazon de una mujer comprendió el pensamiento que varios hombres de imaginacion habian despreciado como loco é irrealizable. Pero este es el asunto de la siguiente tradicion.



Poco tiempo hacia que el estandarte de la Cruz irguiéndose sobre el musulmico, ondeaba orgulloso en la *Torre de la Vela*: y poco tiempo que el malaventurado Boabdil saliera de Granada, destronado é infeliz, para no volver jamás á ella, cuando en una mañana de las frias y nubladas del mes de enero, costeaba el Gernil con direccion á la capital un hombre con paso vacilante y lento.

Su pálido, enjuto y severo rostro, cubierto de espesa barba negra, y sus ojos vivos y penetrantes como los del águila, contrastaban notablemente con la haraposa y desaliñada ro-

pilla que lo cubria. Á primera vista cualquiera lo hubiera tomado por un vagamundo, que cruzaba de pueblo en pueblo esplotando, á favor de su noble aspecto, la pública caridad.

Su marcha era en extremo fatigosa, y sus piés, que apenas calzaban unos zapatos blancos y rotos, parecian clavarse donde quiera que se sentaban.

Algunos desgarradores suspiros interrumpian de cuando en cuando la silenciosa marcha de este raro personaje, que pudiéndose apenas sostener, continuaba con afan su camino, cubriéndose con el escaso vuelo de su capa, que sujetaba con fuerza á su cuerpo, cada vez que al volver algun recodo soplabá el viento con demasiada violencia.

Dos horas caminara de este modo desde su aparicion en nuestra historia, y ya le iba siendo imposible el seguir mas adelante. Sentia que las piernas se le doblaban, su cabeza se caia hácia todos lados, sus ojos languidecian..... tal vez á los dos pasos mas hubiera caido desplomado en fuerza del cansancio que lo afligia, cuando doblando un montecillo, se apareció á sus ojos como por encanto la ciudad de Granada, que, semejante á una ilusion de óptica, se destacaba sobre el cenizoso pabellon del firmamento. Un grito de júbilo exhaló el viajero, y cobrando instantáneamente nuevos alientos, prosí-

guió su ruta con algunos bríos; pero á medida que se acercaba á la poblacion, una negra nube iba cubriendo su vista, arrugábasele la frente, y una honda tristeza se pintó claramente en todas sus facciones. Al cabo de pocos instantes, y como cediendo á una fuerza superior que lo dominaba, parose repentinamente, fijando una ávida mirada sobre la ciudad. Una enorme piedra se hallaba no muy distante de aquel sitio. Sentóse en ella el viajero.

—Esa es Granada, dijo despues de algunos instantes: sí, Granada; la corte de España en estos momentos: ahí moran sus soberanos, los reyes á quienes busco y por quienes he andado tanto.... ¿Pero así como los hallaré, podré acaso encontrar el auxilio que les imploré...? ¡Ah! Una secreta voz se levanta en el fondo de mi pecho, que me anima á probar esta última tentativa, y una fuerza desconocida me arrastra á Granada, donde creo divisar la aurora de mis esperanzas. Mas ¿deberé fiarme de estas ilusiones, de estos sentimientos? ¡Cuántas veces he formado lisonjeras ideas que despues se han trocado en amargos desengaños.....! ¡Cuántas veces al dirigirme al sólio de los soberanos he creído ver realizado el grandioso pensamiento que nació y se robusteció en mi atormentada mente.... y.... luego convertirse en mísera realidad que destrozaba el alma, cayen-

do en un abatimiento desesperado....! Esas halagüeñas imágenes que acariciaban mi corazón al divisar el pueblo donde creía hallar la recompensa de mis calenturientas noches de insomnio y trabajo, se desvanecían cual las arenosas montañas del desierto al terrible soplo del semoun!.... No concedían á las alas de mi imaginación un poco de espacio para estenderse.... Me creían demente: y con el corazón desgarrado por la pena y la humillación, salía de un reino, en el que entraba con la sonrisa en los labios, alimentado por quimeras que formaban mi ventura..... Ya estoy otra vez con la ansiedad del naufrago, que nada afanoso por asirse al madero que divisa cerca de él.... ¿Se hundirá ese apoyo de salvación y volveré á caer en el espantoso mar de mis desengañadas esperanzas?

Calló al llegar aquí el caminante, y dando otro suspiro, quedó sumergido en profunda meditación. Media hora se pasó de este modo. El sol había desgarrado poco á poco la densa capa que velaba sus rayos, y mostrose repentinamente en medio de un azulado espacio, cubriendo de alegre y vivificadora luz las campiñas y llanuras.

La vista del astro diurno pareció de buen presagio al corazón del viajero, pues cubrióse su rostro de una momentánea alegría; púsose de pié y siguió la ruta que le conducía á Granada.



LA tarde de aquel mismo día presentaba un belicoso y animado aspecto el palacio real de la Alhambra, donde mas de una vez hemos introducido al lector en estas desaliñadas tradiciones. Varios caballeros cristianos, vestidos con sus elegantes y aceradas armaduras, iban y venian por el delicioso *Patio de los Arrayanes*, armando grande alboroto con el sonido de sus espuelas, y las voces y risas producidas por los chistes de sus alegres conversaciones.

No menos animacion reinaba en la famosa *Sala de Comares*, donde se hallaba la reina doña Isabel, rodeada de todas sus hermosas

damas y de varios caballeros. El sol que asomaba sus rayos por un vistoso ajimez, libre de la celosia espesa que antes lo cubriera, hacia resaltar con mas brillo las esquisitas molduras y caprichosos arabescos de sus paredes, y el tinte pálido que difundia en el aposento prestaba una voluptuosa languidez á este lindo retrete, que parecia estrañar la ausencia de las sultanas que tantas veces habian celebrado zambbras dentro de su recinto.

Viérase ahora en él al cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, á su hermano el conde de Tendilla, á don Gutierre de Cárdenas, al marqués de Mondejar, primer alcaide de la fortaleza de la Alhambra, y á otros no menos ilustres personajes que comentaban entre sí la rendicion del último pueblo morisco de España. Afable se mostraba con todos doña Isabel, dirigiendo de cuando en cuando algunas preguntas á sus guerreros cortesanos, con aquella bondad habitual que caracterizaba á la católica reina primera de aquel nombre.

Hallábase á la sazón ausente el rey, y sobre este punto versaba la conversacion.

—¿Hace mucho, cardenal, que os separásteis de él? preguntó doña Isabel al de Mendoza.

—Una hora habrá, señora, que lo dejé en compañía de don Hernando Perez del Pulgar y otros caballeros que se dirigian á esa casa de recreo que llaman *Generalife*.

—Vivos deseos tengo de verla, señores, y mañana pienso dirigirme allá. ¿Hay entre vosotros alguno que se haya adelantado á mi pensamiento? Quisiera me esplicáseis los primores de ese jardin morisco.

—El de Bohorques tan solo, creo, podrá daros noticias, contestó don Gutierre, pues segun tengo entendido, entró en Generalife antes de la conquista. Fué á consecuencia de cierta apuesta, cuando proyectaron la desgraciada invasion de la *Torre de la Cautiva*, para libertar á la mas desdichada aun doña Isabel de Lara.

—Referidme el hecho, don Gutierre, ya sabeis lo aficionada que soy á las aventuras.

—Cuando la precipitada fuga de la torre con los cadáveres de doña Isabel y don Manuel Ponce de Leon, Bohorques que formaba parte del destacamento, al tiempo de rodear el cerro donde se halla ese palacio de amores, dijo al compañero que llevaba á su lado.—El mejor arnés de mi caballo contra la peor silla del tuyo, á que no vuelvo al campamento sin llevar una descripcion exacta de ese palacio que ahí divisamos.—Hecho queda el trato, contestó el otro.—Pues hasta luego, exclamó don Martin; y metiendo espuelas á su bridon, separose de la partida, y tomó el camino de Generalife, á pesar de los moros que acudieron al socorro de la guardia de la torre, y que entonces perseguian á los nuestros. Á las cua-

tro horas un numeroso grupo de caballeros escuchaban la descripcion que de Generalife hacia el de Bohorques.

—¡Bien por los guerreros de mi corte! exclamó la reina entusiasmada. Cada dia que pasa encuentro una proeza, un nuevo florón que añadir á su corona de gloria.

Un ugier de cámara, entró en la sala en aquel momento, y despues de la acostumbrada cortesía

—Señora, dijo, un desconocido de serio rostro y de miserable porte, pretende ver á los soberanos de España.

—¿Es moro ó cristiano? preguntó la reina.

—Cristiano al parecer.

—Que entre.

—Hacia aquí se acerca, repuso el ugier, seguido de todos los caballeros que habia en el patio: entrad..... continuó dirigiéndose al que anunciara: S. A. os da audiencia.

Un hombre se presentó en la sala, con un vestido destrozado y cubierto de polvo. Era el caminante que se abismó en melancólicas reflexiones al divisar á Granada. Los caballeros que lo vieran entrar en el palacio, admirados de su mezquina traza, y sorprendidos de que tan ridículo personaje pretendiera hablar á la reina de Castilla, lo siguieron en tropel por un simultáneo movimiento de curiosidad, permaneciendo apiñados á la entrada de la sala, donde los detuvo el respeto de su soberana.

Con la vista baja, y dando vueltas entre las manos á su vieja gorra de terciopelo negro, estaba el anunciado esperando una señal de la reina para acercarse. Fijó ésta sus ojos en él, y despues de contemplarlo un buen rato:

—Acércate, dijo con majestad.

Hincó una rodilla en tierra el de la malaventurada ropilla ante doña Isabel, permaneciendo en esta actitud hasta que le fué ordenado el levantarse.

—Tu traje indica que acabas de hacer una larga caminata, dijo la reina con benévola sonrisa, ¿de dónde vienes, pues? ¿cuál es tu nombre? ¿qué necesidad te obliga á recurrir al trono de los soberanos de Castilla y Aragon?

—Dignaos, señora, escucharme unos cortos instantes, y quedarán satisfechas vuestras preguntas, al tiempo que habré yo espuesto el poderoso motivo que dirige mis pasos ante el real sólio en busca de la gracia que ansia mi corazon, respondió con gravedad el pretendiente.

—Veamos, ya te oigo, exclamó la reina.

Grande silencio sucedió á estas palabras, todos los circunstantes aguardaban con una curiosidad creciente el relato de aquel hombre misterioso, y no osaban respirar temiendo se les escapase una sílaba de él. Apretábanse mas y mas los que estaban en las puertas, y multitud de rostros se veian salir unos sobre otros, acosados todos del mismo sentimiento.

No tardó el hombre empolvado en dar principio á su relato. Fijó en la reina sus rasgados y penetrantes ojos, y con una majestad de príncipe.

—Mi patria es Génova, dijo, mi nombre Cristobal Colon; desde niño se despertó en mi alma una afición decidida, dominante, inmensa, por el estudio de la astronomia, y he pasado los dias enteros embebido en meditar esa ciencia divina. Las vigiliass han secado mi rostro y marchitado mi juventud, pero no lo sentia, no; mi vida estaba cifrada en el estudio de los astros y solamente para él vivia. Todo hombre nace para llenar la mision á que el cielo lo destina, y dedicando mi existencia al objeto á que me arrastraba un impulso irresistible, llenaba yo la mia. Esta constancia, este empeño, este arrobamiento que minaba mi naturaleza y destruia insensiblemente mi salud, debia producir algun resultado provechoso; y lo produjo, sí, scberana de Castilla, lo produjo; pero fué tan desventurado, que nadie lo ha querido aceptar.

El fruto de mis años de punzantes cavilaciones, de difíciles y estraordinarias pruebas para asegurarme de su infalibilidad.... ha sido despreciado.... Señora: mi pensamiento es grande, es atrevido, lo conozco.... pero tengo señales sacadas de la esperiencia de una vida dedicada á la observacion, que predicen el feliz éxito de mi idea. Existe un mundo nue-

vo, desconocido de nosotros: un mundo que debe alumbrar el sol cuando sumerge en lontananza sus abrasadores rayos: un mundo del otro lado de los mares, porque es preciso que éstos tengan un límite por la tierra, y ese mundo es el que quiero encontrar. Falto por desgracia de recursos para emprender por mí solo este audaz pensamiento, pasé á Venecia ofreciendo mis servicios, para devolver por un miserable auxilio un mundo entero, y mas fertil tal vez que el nuestro.... pero creyéronme un visionario, y se mofaron de mi pretension. De Venecia pasé á Roma, de Roma á Lisboa, y tambien juzgaron en estas capitales escuchar á un demente en el lleno de su delirio. Tuve en este último punto noticia del magnánimo corazon de la reina de Castilla, y no vacilé un instante en dirigirme en su busca, para encontrar el abrigo que me han negado los demas monarcas de Europa... Señora: no ignorais ya mi designio; pertrechadme de lo poco que necesito para mi intento, que yo en cambio, y con la ayuda del Todopoderoso, os daré otra España, ya que la que regis no es bastante para proclamar las altas y grandes prendas que se albergan en vuestro corazon.

Calló al decir estas palabras el llamado Cristobal Colon, y cruzando los brazos al pecho esperó resignado. La reina, absorta al escuchar aquella narracion, quedó por mucho

tiempo pensativa. La primera idea que atravesó su cerebro fué la misma que se despertara en los demas reyes á quienes Colon habia acudido con su demanda: creer todo aquello efecto de una desorganizada cabeza. Pero despues pesando en su imaginacion palabra por palabra todo el relato de aquel hombre, no le iba pareciendo ya tan absurdo ni descabellado. Observaba la tranquila faz de Cristobal, su majestuoso continente, aquella mirada llena de grandeza y de inteligencia; aquella mirada que parecia decirle: «Reina, reina, no soy un loco: reflexiona bien lo que te propongo: auxiliame, que en este mismo auxilio que me des hallarás mas tarde el premio....» Y cada momento de reflexion que pasaba, contribuia á inclinar el ánimo de doña Isabel en favor del atrevido astrónomo.

Entretanto los caballeros agrupados á la puerta comentaban entre sí aquel inaudito suceso, deshaciéndose en pullas y burletas, y mofándose á su satisfaccion de lo que acababan de oir.

—¡Atravesado me vea por la cimitarra de un eunuco, decia uno, si en los años que cuento he oido semejante barbaridad!

—¡Oye! esclamaba otro, dirigiéndose al de su lado: puede que quiera decir el mundo del Eterno Padre, y desee hacer un viaje por el capricho de conocerlo antes de que le mande comparecer.

—Para eso no habia que pedir proteccion á los reyes, ni venir á molestarlos, reponia un tercero: ¿tenia mas que subirse á la *Torre de la Vela* y arrojarse por la mayor de sus almenas?

—Y era un viaje que lo conduciria con brevedad al otro mundo.

—Será un judio, que harto de esperar al Mesías querrá volar en su busca.

Cada una de estas burlas era acompañada de grandes risas, sofocadas en parte para que no llegasen á oídos de la reina. De tantas personas como habian escuchado á Cristobal Colon, solo doña Isabel lo comprendia. Su dulce y agradable voz vino á cortar las bufonadas de los jóvenes guerreros, y á restablecer el silencio en la sala.

—Decidme, buen hombre, dijo al genovés, quien esperaba inquieto en demasia las palabras que iban á salir de aquellos sonrosados labios: ¿si se os facilitara lo que pedis, de qué manera pondriais por obra vuestro plan?

—Embarcándome en el primer puerto que hallase, y navegando á favor de mi brújula hasta encontrar la tierra, contestó sin titubear Colon.

—¿Y emprenderéis solo tan arriesgada navegacion? insistió la reina.

—Pertrechado de los auxilios que necesito, pronto correrá la voz de mi designio y nunca faltarán hombres que me acompañen...

—Mas si nadie os creyese.... tendríais por fuerza que abandonar esta idea, aun cuando estuviérais provisto de lo necesario.

—Dispensadme, señora, interrumpió vivamente Colon: si nadie osase arrostrar conmigo los peligros de semejante empresa, yo solo surcaría los mares gobernando el buque que me condujese.... Cristobal Colon no se arredra por tan nimio contratiempo.

Asi dijo el admirable astrónomo, y el fuego de la inspiracion brilló en sus rasgados ojos.

Una satisfactoria sonrisa apareció en los labios de la magnánima Isabel.

—¡Bien! ¡muy bien.....! dijo conmovida: mi corazon no se ha engañado. En esas expresiones conozco al hombre que tengo ante mi presencia.... Cristobal Colon, desde hoy sois almirante de España..... No quiero que jamas se diga han acudido en balde al trono de los reyes de Castilla y Aragon.

—¡Oh...! ¡Señora! ¡mi gratitud...! balbuceó el genovés, mas.....

—Basta, sé lo que vais á decirme.... Pero advertid que no habia concluido. Disponed los preparativos que juzgueis necesarios para la expedicion naval, que quiero salga cuanto antes con destino á ese nuevo mundo que pensais encontrar. Nada os detenga ya. Desde este momento podeis preparar lo que haya de servir al logro de mi deseo y de vuestro

pensamiento. Nuestros tesoros, por desgracia, no podrán ayudar á los fines..... pero mientras la reina doña Isabel tenga joyas en sus adornos, no han de faltar á Cristobal Colon recursos para su empresa. Id, y que el cielo ayude vuestros esfuerzos.

—¡Ah, reina! exclamó Colon arrebatado por el placer. ¡Os desprendeis de vuestras joyas para socorrerme...! ¡Para proteger mi empeño! Pero el corazon me anuncia en el lleno de su agradecimiento, que con el auxilio del Omnipotente, he de devolveros otra joya que os resarza la pérdida que experimentais y recompense esa accion tan benéfica como sublime.



CRISTOBAL Colon activó sus preparativos auxiliado con los productos de la venta de las alhajas de la reina Católica, y el día 3 de agosto de aquel mismo año de 1492 salió del puerto de Palos una expedición compuesta de tres carabelas españolas á las órdenes del nuevo almirante para descubrir el nuevo mundo, con el que habia de satisfacer Colon á la España la protección que recibiera de la munificencia de su soberana.

Al visitar la *Sala de Comares* no puede menos de resaltar este recuerdo ¹ entre tantas como su vista escita, ni dejar de tributarse cierta especie de veneración á este lugar donde se dió la primera audiencia al hombre eminente, cuyo nombre habia de inmortalizarse en el universo entero.

¹ Gimenez-Serrano, *Manual del Viajero*.

La Plaza de Bib-Rambla

ó el Ciprés de la Reina.

II

¿QUÉ autor de tantos como han escrito sobre Granada, no ha hecho una descripcion minuciosa y divertida de esa linda recreacion morisca que llaman *Generalife*? ¿Quién habrá que ignore los graciosos jardines, voluptuosos recintos y encantadoras fuentes y cascadas que encierra esa fundacion del príncipe Omar? ¿Y qué persona nacional ó extranjera, no ansia al llegar á esta poblacion, visitar el famoso *Ciprés* que se halla en el *Patio de las Fuentes*, árbol que señalaron los denunciadores de la reina Moraima como encubridor de sus adúlteros amores, y de cuyo tronco, aun el mismo

Chateaubriand llevó una astilla como placentero recuerdo de este precioso verjel?

El profundo hueco del árbol, que cada día se hace mayor por los pedazos que arrancan los innumerables viajeros que lo visitan, es una prueba de la fama que ha llevado aun á los mas remotos países, el inmortal recinto de *Generalife*: por consiguiente, inútil es cuanto digamos de sus bellezas y recreos.

Solo nos limitaremos á presentar la tradicion que encierra este antiquísimo *Ciprés*, que aun cuando bastante conocida, es indispensable para llenar el fin que nos hemos propuesto, la cual sale ahora revestida con otras escenas no tan sabidas é interesantes. Únicamente nos resta añadir, por si algunos creyesen algo inverosímiles las zambras que celebraban los moros á estilo casi de nuestros días, juzgándolo incompatible con las costumbres mahometanas, que los caballeros granadinos, tanto por su caracter como por su civilizacion, en poco se diferenciaban de los demas europeos católicos.

Hecha esta ligera manifestacion, vamos, lector, á presentarte el suceso tradicional.





ELEGIDO Boabdil rey de Granada por los de su bando, quiso inaugurar su reinado con fiestas y zambras. Jamás se hicieron en ella las diversiones que entonces. No pasaba día sin que se corriesen cañas en la plaza de Bib-Rambla, en las que lucían sus esbeltos y vigorosos talles los apuestos moros de los diversos y nobles linajes de que se componía su corte. También en el palacio real de la Alhambra, en el de los *Alijares*, labrado por Muley-Hacen con todo el lujo de que es susceptible el orgullo asiático, y en el recreo de Generalife, sucedíanse

con frecuencia las zambras, sin que hasta entonces el mas leve motivo hubiese turbado la fraternidad que reinaba entre los Alhamares, Abencerrajes, Gomeles, Mazas, Azarques, Gazules, Alabeces, Venegas y Zegries, que eran los linajes mas esclarecidos de Granada.

Corría el año de 1491: Boabdil, á quien llamaban el Rey Chico, habia dispuesto una brillante fiesta para celebrar el restablecimiento de las heridas que el maestre de Calatrava don Rodrigo Tellez Giron hiciera á su hermano Muza, hijo bastardo del rey Hacen, en singular combate á que le retara pocos dias antes en la Vega.

Hallábase la flor de la nobleza de Granada reunida en el palacio de la Alhambra. Viérase allí á la reina Moraima esposa de Boabdil, rodeada de sus damas, Fátima, Daraja, Galiana hija del alcaide de Almeria, y gran número de esclavas haciendo todas gala de su hermosura y riqueza.

Conversaban entre sí los musulmanes, excepto Muza, que arrimado á un ajimez, entreteníase en hacer un ramillete de las delicadas y aromáticas flores que habia cogido en los jardines del palacio, fija su vista en Daraja á quien amaba con frenesí, á pesar de que no era correspondido. El Abencerraje Abenamar gozaba los favores de la linda doncella, por cuya causa lo aborrecia Muza en su interior.

Ordenó el rey se principiase la danza; y al

son de chrimias y dulzainas ejecutaron las damas y musulmanes un gracioso baile, en que tomaron parte casi todos los caballeros. Concluido aquel, y apenas Daraja tomó asiento cerca de la reina, cuando presentose un pajecillo y ofreciéndole un bonito ramo de flores.

—Hermosa Daraja, díjole, mi señor Muza me envia para que os entregue este ramo; y os ruega que os digneis aceptarlo, pues que preso va en él su corazon.

Turbose la sarracena al oír aquellas palabras, é indecisa en su resolucion, miró á la reina, quien habiendo escuchado al pajecillo, le indicó con la cabeza que lo tomara. Obedeció Daraja, y tomó de las manos del paje el lindo ramillete. Ufano de su triunfo Muza, que desde lejos habia presenciado esta escena, acercose á los otros moros, y solicitó se volviera á empezar la danza.

No tardó en oirse una grata armonia, y todos se dispusieron de nuevo al baile.

Dirigiose Muza á sacar á la que amaba, pero fué tarde. Se le habia adelantado Abenamar, que celoso de que admitiera el ramo de Muza, solo esperaba una ocasion para hablar á su querida.

—No creyera, la dijo despechado, que una mora bien nacida admitiese finezas de otro que de su amante.

—¿Crees acaso, que obró mi corazon al tomar el ramo? ¡Ingrato!

—¿Pues quién te impidió rehusar?

—La reina me ordenó aceptarlo.

—Necesito una prueba que me convenza.

—¿Está en mi mano?

—Sí.

—Habla.

—Entrégame ahora mismo ese ramillete.

—Tómalo.

Y alargó el ramo al Abencerraje. Pero apenas estuvo en su poder, cuando una robusta mano lo arrancó con furia de las de Abenamar. Era Muza, que todo lo habia visto.

—¡Vil caballero! ¡musulman desdichado! ¿osas tomar un ramo que mis propias manos se han entretenido en tejer, y que yo mismo he dedicado á Daraja? ¡Miserable! desde ahora te declaro cobarde é infame como á toda la raza á que perteneces.

—¡Muza! exclamó pálido de rabia el Abencerraje; ¡no porque corra en tus venas sangre real, has de tener derecho para insultar á un caballero ni á su noble linaje! Sabe que el mas débil de ellos, si es que puede haber alguno, no sufrirá los denuestos de ningun moro ni aun del mismo rey; porque ademas de que siempre han sobresalido en valor y pujanza, es la tribu mas noble de toda la corte.

—¡Miente quien tal diga! interrumpió un Zegrí, gusanos inmundos son los Abencerrajes para nosotros. Nuestra tribu es la mas noble de todas, pues descende de los reyes de Córdoba.

—Sí, sí, exclamaron á un tiempo algunos Zegries que allí estaban atraídos por las voces de los contendientes.

—¡Vive Alá! exclamó con descompasado acento Malique Alabez, moro de gran nombradía, abriéndose paso entre el grupo formado al rededor de Muza y Abenamar: ¡vive Alá que á estos Zegries les hace falta una mordaza, para que no pregonen su decantado linaje á cada paso, aturdiéndonos los oídos con su fiereza y alcurnia! Si descienden de los reyes de Córdoba, nosotros venimos de los de Marruecos y Fez y del gran Miramamolin: y así, punto en boca, caballeros, que mejor está callar ante quien no pueden hacer alarde ni de alcurnia ni de valor.

—¡Qué me place! contestó encendido de coraje el Zegrí, no deseaba sino este momento para dar una lección á esos Abencerrajes presuntuosos, y puso mano á su alfanje.

—¡Por Mahoma que gastan humos esos falderillos! Pero sabe, Zegrí, que los Abencerrajes siempre han lidiado con iguales fuerzas; y que yo, Malique Alabez, en nombre de toda la tribu, siguiendo su costumbre, no me batiré con vosotros, porque todos los que componeis el linaje Zegrí, sois poco para mí; mas id con cuidado de aquí en adelante, no sucumbáis pisados cual reptiles por las plantas de los Abencerrajes.

—¡Mueran los Abencerrajes!

—¡Mueran los Zegries!

Estas voces fueron acompañadas de movimientos hostiles por ambos partidos. Algunos alfanjes habian salido de las vainas y era de esperar un sangriento resultado, cuando el Rey Chico hizo cesar el tumulto con una destemplada voz.

—¡Silencio, lenguas atrevidas! ¡silencio digo! que yo castigaré cual se merece tamaño desacato á mi persona. Guardias de palacio, venga un verdugo al instante, que juro por el Islam, cortar la cabeza del que dé una sola voz, y clavarla cual despojo de ave de rapiña en la *Torre de la Justicia*. Musulmanes, os declaro á todos prisioneros; deponed las armas. Este sitio os señalo por cárcel mientras se os conduce á la torre que determine.

Todos entregaron los alfanjes á los guardias del rey, y permanecieron silenciosos; pero no asi sus corazones, que ardian en deseos de vengarse. La reina y las damas asustadas marcharon á sus aposentos, y Boabdil despechado, salió á respirar las auras de sus bosques.

Tal fué el primer disturbio entre las tribus granadinas, que dió origen á tantas desgracias como se siguieron y á la pérdida del reino.





Dos meses eran pasados de estos sucesos. Los Zegries y Abencerrajes que prendiera el rey en su palacio, habian sido puestos en libertad, y los odios parecian apagados. Muza habia salido con los Abencerrajes á hacer algunas guerrillas con los cristianos de la Vega; y en una hermosa tarde, próximo el sol á su ocaso, se hallaba Boabdil en los *Alijares*, gustando las delicias de la pereza, recostado voluptuosamente en ricos cojines de Persia. Espesos globos de humo salian pausadamente del tubo de una larga pipa de oro con cabo de ambar, que llevaba negligentemente á su boca.

—Alá conserve tus dias, poderoso rey, dijo un moro que entró en la sala seguido de otro inclinándose ante Boabdil. El Zegrí Mahomad desea tener una conferencia contigo y pide se la concedas.

—Acércate, buen Mahomad, contestó el rey dirigiéndose al anunciado, ¿qué tienes que decirme? ¿Te debo alguna reparacion? ¿Has sufrido desman de algun súbdito mio?

—¡Pluguiera al cielo que eso fuese, señor! Alá me es testigo de que si con mi sangre pudiera conjurar la tempestad que amenaza tu trono, y con mi honor lavar el tuyo de la mancha que le han arrojado, no me verias en este sitio con el corazon oprimido por las odiosas y vergonzosas nuevas que mi labio va á espresarte.

Incorporose Boabdil al oir el tono sentencioso y las ambiguas palabras del Zegrí.

—Por el Profeta que me has llenado de confusion, dijo mirando fijamente á Mahomad. Espon desde luego el objeto de tu venida.

—Acabo de saber que los Abencerrajes, enconados contra tí por los sucesos de la última fiesta, tratan en secreto, aliados con los Gomeles y Alabeces, de derribarte del trono quitándote la vida.

—¡Por Alá que la nueva no es muy grata! contestó el rey con majestad: pero si mal no recuerdo, creo que no es solo cuanto tenias que manifestarme. Di lo restante.

—Es una materia muy grave, señor; y como el corazon humano siempre está dispuesto á juzgar mal, y pudiera tomarse este acto de adhesion y lealtad, por un efecto de envidia y rencor, no saldrá una palabra mas de mi boca, mientras no se hallen presentes el Gomel Mahandin y mis sobrinos Mahomad y Alhamut que están enterados del suceso.

—Admírame tanta ceremonia; mas puesto que es necesario como dices, sea: y llamando á un esclavo, dió orden Boabdil para que inmediatamente compareciesen los nombrados por el Zegrí.

No tardaron éstos en presentarse, y mandando el rey que nadie mas entrase.

—Ya estás satisfecho, continuó dirigiéndose á Mahomad, abrevia tu explicacion.

—De púrpura se tiñe mi rostro solo con pensar en ello; y únicamente mi cariño á tí....

—Zegrí, te advierto que no quiero digresiones.

—Señor, la reina es adúltera.....

Palideció Boabdil á estas palabras, quedando como anonadado; pero recobrándose instantáneamente, interrumpió al acusador diciéndole irritado:

—¡Mientes, villano! ¡mientes! Pruébame la verdad de esa acusacion, ó ¡ay de tí!

—No temo tus arrebatos, prosiguió con impasibilidad el Zegrí, pues cumplo con mi conciencia; y cuando me he determinado á dar

este repugnante paso, seguro estaré de cuanto digo. Sabe, señor, que el último día de zambra en Generalife, paseándome á la tarde con este caballero Gómel por sus jardines, vimos debajo del ciprés mas alto del *Patio de las Fuentes*..... ¡el alma se resiste á espresarlo....! á la reina tu esposa, en amoroso deleite con el Abencerraje Aben-Hamet; y tan embebidos estaban en sus caricias, que no sintieron nuestros pasos. Ella decia....

—Basta, exclamó temblando de despecho el infeliz rey, la prueba, la prueba de eso que has dicho.

—Señor, yo lo he visto, respondió el Gómel adelantándose, y aquella misma tarde lo referimos en secreto á los sobrinos del Zegrí. ¿Es cierto?

—Sí, contestaron á un tiempo los tres moros.

Nada replicó Boabdil: pero rechinaba de rabia los dientes, y mesábase con furor los cabellos.

—¡Traidores! exclamó al fin con entrecortada voz. ¡Por mi fe de musulman, juro á Dios que han de morir á mis manos uno por uno esos viles Abencerrajes, y he de chupar la sangre de los adúlteros que así roban mi honor! Vamos, vamos á la ciudad, quiero sangre..... Me ahogo de coraje..... y necesito oír la voz de la venganza.

—Señor, exclamó el Zegrí, si me fuera permitido hacerte presente.....

—¡Qué! ¿aun falta alguna otra infausta noticia?

—Considera que si te dejas llevar de ese ímpetu natural, te espones á perder el trono, y quizás la vida. La reina tiene muchos partidarios, y el mismo Muley Hacen tu padre, te perseguiría de muerte, si cometieses un atentado contra Moraima. Además, los Abencerrajes se pondrían en guardia uniéndose á los descontentos, y quedaría ilusoria tu venganza; pues serías nulo é impotente.

—Tienes razon, buen Zegrí; tus palabras mitigan mi arretrato. Sí, pero en ese caso....

—¿Cuánto mejor sería, continuó Mahomad sin hacer caso de la interrupcion del monarca, que yo acusara públicamente á la reina, y que segun las leyes, se le concediera antes de ser quemada como pérfida adúltera, buscase cuatro campeones dispuestos á sostener su inocencia? De este modo cumplieras para con el mundo y se realizaba tu venganza. Moraima sería quemada. ¿Qué recursos tiene para buscar campeones? ¿Y quién habia de aceptar? Que por acaso el destino los hubiera, aqui estamos mis sobrinos y yo dispuestos á mantener lo dicho, y que no somos tan despreciables lanzas.

—¡Ah! gracias, Mahomad, eres un buen musulman. Pero, ¿y los Abencerrajes? ¿y ese Aben-Hamet no ha de llevar su merecido?

—Para todo hay recurso, señor. Mañana

mandas con gran sigilo á todos los Abencerrajes y á ese Aben-Hamet que se presenten uno á uno en palacio. Tienes un salon preparado con gente armada, y un verdugo, y segun vayan entrando, caigan sus cabezas al golpe del cuchillo. Pocos se te podrán escapar, pues hoy ha vuelto Muza con todos los que le acompañaron.

Al dia siguiente fué acusada públicamente la reina de adulterio, dándole un término de quince dias para que buscasse campeones, debiendo morir quemada, si no los encontraba, ó si vencian los mantenedores de la acusacion.

Tambien aquel mismo dia quitaron la vida en una sala del *Patio de los Leones*, á treinta y seis Abencerrajes, y entre ellos á Aben-Hamet, no siguiendo esta carniceria por haber descubierto la traicion el paje de uno, quien comunicándolo á Malique Alabez, corrió la voz de unos en otros, pudiendo libertarse los demas.



IV

EN un reducido departamento de la *Torre de Comares* estaba la reina Moraima, presa por orden del rey, rodeada de su dama Zeli-ma y de su doncella cristiana Esperanza de Hita, que á fuerza de consejos y perseverancia habia logrado convencerla de lo falso de su religion, y que deseara convertirse á la católica, á cuya obra contribuyó tambien la desgraciada situacion en que la colocara el miserable é impetuoso carácter de Boabdil. Muy agitada parecia Moraima en este momento. Iba de una á otra parte de la estancia, se

acercaba al único ajimez abierto que tenia el aposento, miraba por entre la espesa celosia que lo cubriera, y tornaba á separarse suspirando profundamente.

—¡Cuánto tarda! exclamó con pena una de las veces que se quitaba del ajimez.

—No desesperéis, señora, la contestó Esperanza, aun no hay tiempo para su vuelta.

—¡Cómo! ¡si salió esta mañana al ser de día!

—¿Y quién responde de los entorpecimientos que puede haber encontrado el mensajero?

—¡Qué! ¿imaginas acaso que mi solicitud no podrá hallar cabida en el corazon de esos cristianos? Respóndeme con franqueza, Esperanza.

—Líbreme Dios, señora, de tal pensamiento; eso seria una inculpacion á esos nobles caballeros. Además, ¿no fui yo la que os aconsejé, cuando supe vuestra resolucion de haceros cristiana, si salis bien del juicio, que os pusieseis bajo su proteccion? ¿que ellos son valientes y nobles como españoles, y pronto hallariais cuatro campeones decididos á sostener vuestra inocencia? ¡y quereis ahora que yo sospeche....!

—¡Ah! perdóname, mujer, ¡pero es tanto lo que padezco! Deseo por momentos se efectue el juicio para abrazar tu religion, pues una voz interior me dice sin cesar que en ella hallaré los consuelos que necesito. Tú me has convertido..... ¡Mas qué loca soy, Esperanza!

¡Cuento con el porvenir, teniendo á la vista mi sepulcro!

—Vaya, alejad esas melancólicas ideas. Vivireis, sí, vivereis. Sabed que los caballeros castellanos esceden en valor y brios á los musulmanes; y pondria las manos al fuego, porque solo don Juan Chacon era capaz de vencer á los cuatro acusadores; con que ya veis si con otros tres mas..... ¡Bah! para cuatro caballeros del campo de don Fernando, no son bastantes cuarenta sarracenos. Si os refriese las increíbles hazañas de don Hernando Perez del Pulgar, del conde de Cabra, de Ponce de Leon.... Vaya vaya, vivereis, señora, vivereis.

—¡Me infunden un aliento tus palabras, que el alma se dilata y entrevé una vida llena de calma y delicias....! Hablemos de los cristianos, sí, eso me da la existencia. Dices que es tan buena la reina doña Isabel.... ¡Ay! ansiando estoy por besar sus plantas....

—¡Señora! ¡señora! gritó en este momento Zelima que habia estado mirando por la celosia.

—¿Qué....? ¿es él....?

—Sí, ahí está, lo he visto por el ajimez.

—¡Veis, señora, como tenia razon! dijo Esperanza

—¡Oh! ¡gracias, Dios mio! exclamó la reina levantando las manos al cielo.

Abriose en esto la puerta de la torre, y se

presentó un esclavo. Era el enviado que con el mayor sigilo habia dirigido la reina al campo de los cristianos pidiendo auxilio en su apurada situacion. El mensaje iba encaminado por consejo de la doncella Esperanza á don Juan Chacon, guerrero de don Fernando, en el que le espresaba, que estando su señora injustamente acusada de adulterio, y que habiéndosele concedido quince dias de término para buscar campeones sostenedores de su inocencia, siendo arrojada al fuego, segun las leyes mahometanas, si no los hallaba ó si sucumbian los que escogiese; pedia de él aquel favor, convencida de que triunfaria su inocencia si se dignaba acceder á su súplica.

Á la vista del esclavo, precipitose hácia él Moraima.

—¿Entregaste mi escrito? le dijo con impaciencia.

—Al mismo caballero.

—Y..... ¿te ha dado alguno?

—Aquí está, y presentó un pergamino enrollado.

Arrebatóselo Moraima de las manos, rompió la seda que lo aseguraba, y con balbuciente voz leyó. El pliego se hallaba escrito en árabe, y concebido en estos términos:

«Á tí, Moraima, reina de Granada, é hija del ilustre Moraizel. Salud para que pueda besar tus reales manos, por la singular merced que me haces escogiéndome por tu campeón.

Muchos y muy principales caballeros hay en esta corte, que se darian por muy honrados, en que les mandaras lo que á mí; y puesto que yo soy el escogido en esta ardua empresa, obedezco y acepto, confiando en Dios, en su bendita Madre y en tu inocencia; y asi te digo, que el último dia del plazo, partiremos á servirte yo y tres caballeros mas. Ruega á Dios, el cual te guarde y defienda.=Del campamento &c.=Don Juan Chacon.”

—¡Gracias, Dios mio! exclamó Moraima cayendo de rodillas, y desmayándose por la emocion.

Las damas acudieron á socorrerla.



—Si la reina ha escogido caballeros como dicen, mucho tardan.

—¿Qué ha de haber escogido? ¿de dónde?

—Ella se tiene la culpa; ¿no le ofreció Malique Alabez lidiar por su inocencia y no quiso aceptar? Que muera la orgullosa.

—¡Eh! ¿qué sabes de eso? Tú, como buen Zegrí, quisieras su muerte; pero te llevarás chasco; aun no son las doce, y queda la mitad del día. ¿Quién sabe lo que puede suceder?

—Allá lo veremos.

Esta conversacion tenia lugar entre un gru-

po de moros apiñado en uno de los ángulos de la plaza de Bib-Rambla. Este era el sitio señalado para la celebracion del juicio. En su centro habian construido un palenque, en donde se hallaban los cuatro acusadores esperando á los campeones de la reina desde las ocho de la mañana. Estos eran, Mahomad el Zegrí, quien declarara al rey los impúdicos amores de Moraima, dos de sus sobrinos, y el Gomel Mahandon, los mismos que afirmaron la manifestacion del Zegrí. Montaban todos soberbios caballos, trayendo sobre sus armaduras marlotas verdes y moradas, y en las adargas unos sangrientos alfanjes con una letra en su torno que decia: *Por la verdad se derrama.*

Un tablado cubierto de paño negro, se elevaba junto al palenque, donde aparecia la desgraciada Moraima, acompañada de sus damas Esperanza y Zelima. Debajo del tablado estaban los jueces del campo, elegidos por Boabdil. Eran Muza su hermano, un moro de la tribu de los Azarques, y otro de la de los Almoradies.

Una hoguera se levantaba al lado opuesto de los jueces, custodiada por guardias del rey, donde habia de ser arrojada Moraima si vencian los acusadores.

Numeroso gentio poblaba desde muy temprano los huecos de la plaza, ajimeces y azoteas de los edificios que rodeaban aquel anfiteatro. Todos los corazones latian de impacien-

cia, y aun mas los de los Almoradies, Almohades, Moradines, Gazules, Venegas, Alabeces, y Marines que habian pensado arrancar á la reina de sus enemigos á su tránsito para la plaza; pero desistieron de su generoso empeño, habiéndoles hecho ver, que si bien le salvaban la vida, quedaria manchada su honra, pues creerian que se rehusaba el juicio, haciendo de este modo valedero el dicho de los acusadores.

Los Abencerrajes habian sido desterrados por orden del rey. Corrian las horas y nadie se presentaba. Una sonrisa insultante y de triunfo vagaba en los labios de los acusadores. Moraima afligida, miraba á Esperanza, quien le apretaba la mano señalándole con la vista al cielo. De pronto se oyó un tumulto hácia la puerta del nombre de la plaza, y á poco entraron por ella haciéndose paso entre la muchedumbre con gran donaire y soltura, cuatro caballeros vestidos á la turca, y montados en fogosos corceles, que no tardaron en penetrar dentro del palenque.

Sus ropas eran de color celeste guarnecidas con franjas de oro y plata, y los albornoces de seda azul. Sus turbantes de toca de seda listada de oro y azul, formaban elegantes labores, descollando en ellos vistosas plumas blancas y rojas que hacia ondular el viento.

En el escudo, que con apuesta gallardia embrazaba el primero, aparecia un lobo en cam-

po verde, despedazando á un moro, y encima una flor de lis con esta letra: *Por su mal se devora.*

El segundo llevaba en su escudo un leon rampante sobre campo blanco, teniendo á un moro entre sus garras.

El tercero un águila dorada en campo rojo, abiertas las alas como volando al cielo, y llevando asida por las greñas la cabeza ensangrentada de un musulman: y el cuarto, una espada de cruz sobre campo blanco, atravesando la cabeza de un moro.

Llegáronse los caballeros con marcial continente al pié del tablado, y dirigiéndose uno de ellos á la reina:

—Señora, dijo en arábigo, viniendo nosotros del otro lado de los mares á pelear con los famosos adalides del ejército poderoso del rey don Fernando el Católico, pues que hasta allí llega su fama, y sabiendo el lastimoso estado en que os hallais, hemos corrido á este sitio para defenderos. ¿Quereis aceptarnos por vuestros campeones?

Iba á rehusar la reina diciendo que ya tenía, cuando su dama Esperanza le hizo una significativa seña con la cabeza.

—Acepto, generosos caballeros, contestó Moraima: el cielo os favorezca.

Hicieron una reverencia los turcos, y volvieron sus caballos marchando en direccion á sus antagonistas.

—¿Sois vosotros los acusadores de esa gran señora? preguntó uno.

—Sí, contestó Mahomad.

—Pues mentís como villanos, miserables morillos.

—Ahora lo veremos.

Preparáronse á la liza. Pusiéronse unos frente á otros; enristraron la lanza, y á la señal de las trompetas partieron á galope, viniendo á encontrarse en el centro. Terrible fué este choque. Rompiéronse algunas lanzas, y vivos como la centella continuaron el combate á pié y con espadas los contendientes. Larga y terrible fué la lucha. Mas de media hora hacia que estaban empeñados, sin que se declarase la victoria por alguna de las partes. Si bizarros eran los partidarios de la reina, bravos eran tambien los moros. Por último, al cabo de un cuarto de hora, cubrian la arena tres cadáveres. Eran los dos sobrinos de Mahomad y Mahandon el Gomel. Sus tres adversarios, algo heridos, se hallaban á un lado del palenque.

Pero no estaba aun declarada del todo la inocencia de Moraima. Quedaban todavia lidiando en la arena el caballero que hablara á la reina y Mahomad el Zegrí. En el resultado de esta lucha se cifraban las últimas esperanzas de los Zegries y de la sultana. Aquel debía ser el fallo decisivo.

Ambos adversarios se hallaban á la sazón

muy mal parados. Peleaban á pié, pues el caballo de uno habia sido atravesado por la lanza contraria, y héchose trozos las de entrambos. En el momento en que acabamos de fijar la vista en ellos, se estaban dando tantas cuchilladas y mandobles tan fuertes y repetidos, que las espadas saltaron en mil pedazos á larga distancia de ellos. Viéndose desarmados, y dirigidos por un mismo pensamiento, abrazáronse á un tiempo el uno al otro cual furiosos leones, dándose fuertes sacudimientos sin poderse derribar. En este estado, retira una mano con presteza el Zegrí, y pronto se vió en ella la ancha y reluciente hoja de un puñal que sacó debajo de su armadura. Un grito de dolor resonó en toda la plaza. Creían cierta la muerte del turco. Pero éste habia visto la accion del pérfido Zegrí, y sacando vivo como el relámpago una afilada daga, hundióla tres veces por debajo del brazo izquierdo del moro, con tan buena voluntad, que cayó al suelo revolcándose en su sangre. Un vivo aplauso de los partidarios de la reina fue la señal de su triunfo.

Tan luego como el turco vió tendido al Zegrí, le puso una rodilla encima, y,

—Date por vencido, le dijo: confiesa la verdad y no te haré mas daño.

—Es inútil, contestó con moribunda voz Mahomad: estoy cadaver. Y puesto que me pedís declare la verdad, sabed que tengo bien

merecida la muerte, porque con objeto de vengarnos los Zegries de los insultos que sufrimos por los Abencerrajes en una fiesta del palacio, inventamos esta acusacion..... pero Moraima está inocente....

No pudo concluir el calumniador Mahomad.... habia muerto.

Subió Muza en seguida, como juez del campo, al tablado de la reina, y dijo en alta voz: «Pueblo de Granada: la sultana es inocente.»

Mil vivas estrepitosos resonaron entre la multitud. Los Zegries se retiraron cabizbajos y avergonzados.

Volvieron á montar prontamente en sus alazanes los caballeros turcos, y se acercaron á felicitar á Moraima.

—Gracias, valientes campeones: en mi corazon queda profundamente impreso el inmenso servicio que me habeis prestado.

Inclináronse despues respetuosamente ante la reina, y haciendo una graciosa corte-sia, partieron á galope por el mismo sitio donde vinieran, á pesar de las súplicas de Moraima para que se quedasen en Granada el resto del dia.

—Dime, Esperanza, preguntó aquella luego que hubieron desaparecido: ¿por qué me hiciste seña para que aceptara? ¿Quiénes son esos caballeros?

—El que os pidió permiso para lidiar, y que lo hizo con Mahomad, es el valiente cris-

tiano don Juan Chacon, y los otros, los no menos bizarros don Manuel Ponce de Leon, don Alonso de Aguilar y don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles.

CONCLUSION.

ALGUN tiempo despues se verificó la conquista de esta ciudad, que como todos saben, fué entregada sin que mediase derramamiento de sangre. La reina doña Isabel quiso fundar un convento de religiosas, y al efecto visitó el que habia mandado construir don Fernando de Zafra, caballero de su corte, en un edificio espacioso perteneciente á los reyes granadinos que se hallaba en el Albaicin. Pareciole bien á la reina este local y le tomó para sí, ordenando á su cortesano eligiese otro sitio, como asi lo verificó, levantando el que hoy se conoce con el nombre de *Santa Catalina de Zafra*. Vinieron de Córdoba veinte monjas por orden de los Reyes Católicos, y se establecieron en el convento que eligió doña Isabel, y al que dió por tutelar la santa de su augusto nombre.

Pocos años despues de los sucesos que hemos referido anteriormente, tenia lugar con grande pompa y aparato en la iglesia de Santa Isabel, una solemne ceremonia. Celebraban la conversion de una morisca á la religion cristiana, á quien bautizaron con el nombre de Clara de Granada, siendo la madrina la misma reina de España. Esta morisca fué en otro tiempo tambien reina, y tenia por nombre Moraima. Despues de la ceremonia, se retiró al mismo convento, donde concluyó sus dias en la meditacion y en la soledad del claustro.



La Escalera de Chancilleria.

EL marqués del Salar, uno de los ilustres ascendientes de esta noble familia en el reinado de Felipe II, quiso recorrer la España. Salió de sus dominios acompañado de numerosa servidumbre, y dirigióse primeramente á Granada, ciudad que le habian pintado como la mas bella del universo. Visitó la Alhambra, Generalife y demas lugares dignos de ser admirados, y cuya fama ha tenido eco en los mas recónditos países del globo, y ya se disponia á salir para Madrid, á donde le llamaban con mucha prisa asuntos de interés, cuando uno de los principales señores de la ciudad que le habia acompañado en calidad de *cicerone*:

—Marqués, le hizo observar, si os marchais ahora, podreis decir que habeis visto los mas notables monumentos de Granada, pero muy bien puede ser que en vuestra relacion echen de menos alguno.

—¡Qué! ¿no los he visto todos? exclamó con asombro el del Salar.

—Casi todos, si señor, pero no el templo de la Justicia, la gran Chancilleria.

—Culpa vuestra será en tal caso semejante falta.

—No, marqués, iba á tener hoy el honor de llevaros allá..... pero os encuentro de improviso dispuesto á marchar de aqui.

—Entonces os suplico me lleveis ahora mismo á Chancilleria, no perdamos tiempo; á la vuelta me marcharé.

Salieron ambos señores con direccion á la Plaza Nueva donde se halla la Chancilleria. Llevaba el marqués una sencilla y elegante ropilla de terciopelo azul oscuro, adornada con botones de azabache, una capilla negra, guarnecida de galon de seda del mismo color, y un sombrero pardo de ala ancha, en el que ondeaba una graciosa pluma blanca. A su lado caminaba el acompañante, y á alguna distancia detrás iban cuatro lacayos vistiendo la librea de la casa de que dependian.

Empezó la obra del edificio de la Chancilleria en 1584, y continuó hasta 1587, bajo la direccion de Martín Diaz Navarro y Alonso

Hernandez: su fachada es bonita, con tres puertas; dos columnas de jaspe hay á cada lado de la de en medio, y sobre su entablamento se ve un leon de escultura que tiene en sus garras una tarjeta con una inscripcion en latin del célebre cronista Ambrosio Morales, la que vertida al castellano, dice asi: «Á fin de que la grandeza del tribunal correspondiese á los solemnes asuntos que en él se tratan, el sabio Felipe II determinó engrandecer y adornar con decoro esta regia estancia, siendo presidente don Fernando Niño de Guevara: año de 1587.” Siete elegantes balcones descansan sobre ménsulas, y sus ventanas están adornadas de jambaje de buen gusto. Sobre el balcon principal hay dos estatuas que representan la Fortaleza y la Templanza. Admiró el marqués todos estos pormenores que le hacia notar su acompañante, dió una vuelta alrededor de Chancilleria, y entró por último en ella.

—Por mi fe que es pésima la escalera, exclamó subiendo la del edificio.

—Razon teneis, señor, contestó el guia: pero es solamente provisional. Cuando nuestro augusto monarca don Felipe II despues de la batalla de S. Quintin trató de hacer S. Lorenzo del Escorial, mandó recoger todos los mármoles que estaban destinados á la conclusion del edificio: solamente le faltaba la escalera, y con objeto de hacerlo practica-

ble, fabricaron la que veis, que es bastante mezquina y desdice notablemente de lo demas de la obra.

—Ciertamente: ¿pero qué es eso? ¿hay tribunal? Y al decir esto señalaba el marqués un magnífico salon, cuya puerta abierta de par en par dejaba ver una escena bastante imponente y majestuosa.

Estaban cubiertas sus paredes de un lujo-so tapiz de grana, galoneado de anchas franjas de oro. En el testero de enfrente resaltaba el dorado marco de un magnífico retrato del monarca reinante, cubierto de un suntuoso dosel. Debajo de éste y sobre un piso alfombrado, tres piés mas alto que el resto de la sala, y al que se subia por seis escalones adornados de elegantes balaustradas, estaban sentados en grandes sillones de terciopelo carmesí el presidente y demas jueces, puestas sus negras togas. Una mesa, vestida con tapete del mismo color de la colgadura, y en la que habia una rica escribania de plata, se hallaba en el centro de aquel recinto. Á los lados de ésta, y sobre dos largos escaños, estaban los intérpretes de la ley.

Los seis escalones separaban de este lugar el sitio destinado al pueblo que acudia á presenciar los actos. En el testero opuesto al del retrato del rey, se veia sobre otro cuadro la diosa de la Justicia con la espada y la balanza.

Se hallaba reunido en pleno el terrible tribunal. El aspecto era en verdad grave y tremendo.

—Celebran juicio, llegamos á buena ocasion, dijo el que acompañaba al marqués.

—Me alegro, contestó éste: entremos.

Y así lo hizo seguido de su comitiva. Adelantóse distraído mirando á una y otra parte, parándose un momento observando bien lo que le chocaba, y volviendo á seguir pausadamente.

El pueblo que se encontraba allí reunido, admirado de la audacia del caballero, y juzgándole gran personaje por el séquito de lacayos, se replegaba hácia ambos lados dejándole un ancho espacio.

De este modo siguió el marqués hasta llegar á los escalones. Allí fijó la vista en los jueces. La indignacion se pintaba en sus severos rostros: los labios de algunos temblaban de cólera. Todos los ojos se clavaban con visible espresion de enojo en la persona del marqués.

No se habia quitado el sombrero. La blanca pluma descollaba erguida sobre aquel, como orgullosa de su superioridad. El marqués no parecia notar la tormenta que mugia sordamente en su derredor amenazando confundirlo, y seguia en su minuciosa observacion.

Púsose entonces en pié el presidente, y dirigiéndose al del Salar:

—Caballero, le dijo con imperioso y ofen-

dido ademan: caballero: salid al momento de este sitio; no profaneis con vuestro atrevimiento un lugar sagrado; no insulteis á la justicia.

Volvió de su distraccion el marqués al oír aquellas palabras, miró en torno suyo para conocer á quien fueran dirigidas, y se encontró con las miradas de todos. Alzó entonces la vista y se halló con la fulminante del juez que las profiriera, que asombrado de no verse obedecido, adelantó un paso, añadiendo con terrible voz:

—Repito que salgais, ó usaré de la fuerza: ugières..... gritó con atronadora voz.

—Hasta ahora, señor oidor, no he comprendido que se trataba de mí, contestó con dignidad el marqués, que á haberlo notado antes, no hubiérais tenido necesidad de repetir vuestra orden. ¿En qué he faltado, pues, para que me obligueis á salir...?

—¿Y osais aun preguntarlo, cometiendo la audacia inaudita de presentaros ante este judicial tribunal con el sombrero puesto?

—Sabed, señor togado, que el caballero que á vuestro parecer comete un gran desacato presentándose cubierto en este lugar, usa en hacerlo de una de sus muchas prerogativas. Soy el marqués del Salar, caballero cubierto ante el rey y su corte.

—Marqués, respondió el presidente, si el rey os concedió tal privilegio en su corte, no pudo hacerlo en su tribunal de justicia; y yo, en

representacion del augusto soberano, no toleraré aqui que ningun caballero se cubra cuando se celebra tan sagrado acto; salid ó descubrios.

Encogiose de hombros el marqués, y salió sin quitarse el sombrero.

Detuvo su marcha para el dia siguiente, y antes de partir, llegó á su casa un alguacil con un pliego. Entregolo al del Salar, quien rompió el sello y leyó su contenido.

Era la notificacion de la multa que le habia impuesto el tribunal, por el desacato que cometiera el dia anterior.

—Bien está, contestó al portador, decid á esos señores que salgo al momento para Madrid donde reclamaré á mi soberano y él decidirá.

En efecto, su primer cuidado al entrar en la capital de la monarquia, fué el de ver á Felipe II, á quien le refirió el suceso. Quedó el rey pensativo algunos instantes, y respondió al fin al marqués:

—«Eres caballero cubierto delante de mi real persona, pero no consentiré que nadie se cubra ante la sacratísima Justicia que representan allí mis odores. Paga la multa, y sirva de ayuda de costas para construir la escalera de la obra comenzada.”¹

No tuvo otro remedio el marqués.

Conforme lo habia ordenado S. M. pagó la

¹ Gimenez-Serrano, *Manual del Viajero*.

multa que le impusiera la sala de Granada, con la cual fabricaron la escalera que hoy existe; y al tiempo de facilitar la suma, no pudo menos de esclamar:

¡Miren por qué causa se completa á mi costa el edificio de la Chancillería de Granada!



El Laurel de la Zúbia.



—Por mi vida, conde, que el día es placentero.

—Las brisas de la mañana convidan, don Alonso.

—¿Dónde vais?

—¿Y vos?

—Pts, ni lo sé; pero deseo pasear.

—Vamos pues, don Alonso, puesto que lo mismo anhelo.

Y asiéndose del brazo los dos interlocutores, que no eran otros que el conde de Ureña y don Alonso de Aguilar, dieron la vuelta al real de Santafe, ciudad entonces compuesta de tien-

das de campaña que formaban la misma traza de cruz que aun conserva, donde la Reina Católica habia establecido su campo con toda la nobleza guerrera, y desde cuyo sitio dirigia las maniobras de las fuerzas castellanas que á sus órdenes militaban.

Nuestros paseantes, despues de haber rodeado toda aquella ciudad de lienzo, se alejaban del campo con direccion al sitio donde se encuentra el montecillo llamado hoy *Gotilla de Cartuja*, queriendo prolongar aquel matutino paseo, cuando oyeron á sus espaldas precipitados pasos. Detuviéronse volviendo atrás la cabeza, y vieron á Lope el escudero del conde de Ureña, que no tardó en alcanzarlos.

—¿Qué ocurre, Lope? preguntole éste, ¿por qué corres de ese modo....? ¿Vienes acaso en nuestra busca?

—Precisamente, señor, la reina os llama con urgencia, y á vos tambien, don Alonso; vuestro escudero corre de tienda en tienda para encontraros.

—Vamos, conde, dejemos para otro dia nuestro paseo, pues que la reina nos necesita. Volvamos á Santafé.

Y tomaron el camino de la ciudad.

Llegados que fueron á ella, dirigiéronse á la tienda de la magnánima soberana de Castilla, y encontraron á la puerta al duque de Cádiz, al de Escalona, y á los condes de Tendilla, de Alcaudete y de Montemayor.

Tres palafrenes lujosamente enjaezados, se hallaban en aquel sitio, y los caballeros que tenían las riendas estaban con su uniforme de gala.

Aquellos preparativos indicaban que la reina iba á salir.

Efectivamente, poco tardó en aparecer á la entrada de su tienda. Llevaba un vestido de terciopelo negro de mangas sueltas y abierto por delante, y una gorrita del propio color sujetaba los abundantes rizos de su cabellera caída graciosamente sobre sus espaldas. La banda real cruzaba su pecho, y un bastoncito con puño de oro, señal del mando que usaba con la esquisita táctica del general mas diestro, aparecía en su derecha mano. Sus hijos el príncipe don Juan y la infanta doña Juana, también estaban con ella.

Saludó afablemente á todos los caballeros, y contestaron descubriéndose con la mas respetuosa reverencia.

En seguida la reina les habló en estos términos:

—Caballeros, los mas cumplidos de la corte de Castilla: os he llamado para que me sirvais de escolta, con algunas lanzas que mandará el duque de Cadiz, á quien cometo este encargo, en el paseo que pienso dar por estos alrededores. Desde el dia en que me asustó el arrojado de Gonzalo de Córdoba penetrando en aquella fortaleza, que dijo ser de *Gallinas*, no

he vuelto á gozar de la deliciosa perspectiva que tiene Granada, vista por cualquier parte, y hoy deseo acercarme un poco con este fin. Id, caballeros, disponeos á acompañarme, y disfrutaremos todos del espectáculo.

Inclináronse los capitanes, y partieron á prepararse para seguir á su reina.

El dia estaba, como dijo don Alonso de Aguilar, bello, cual un dia despejado en la vega de Granada. No puede hacerse mejor comparacion. Era el sábado 25 de agosto de 1491. Brillaba el sol sobre un horizonte límpido y hermoso, y el fuego de sus rayos lo templaban frescas brisas.

Á las nueve salió de Santafé la brillante comitiva que habia dispuesto la reina para su escolta. Iban ésta y sus hijos sobre mansas cabalgaduras conducidas por engalanados palafreneros, rodeada de los capitanes que habia escogido, y el duque de Cádiz cerraba la marcha con dos mil caballos.

En este órden se alejaron por medio de la ancha vega.



GRANDE silencio habia en los floridos jardines del real de Generalife. El ardiente sol del estio, obligaba á los gilgueros á esconderse entre el follaje de los naranjos, y las flores cerraban sus tornasolados pistilos, como temerosas de que sus rayos bebiesen el nectar de su cáliz marchitando su frescura.

Sin embargo, habia un sitio donde el espeso ramaje que le cubria vedaba la entrada al diurno planeta. Esta era una gruta formada por el mirto y ciprés, y entretejida de gayombas y enredaderas, en cuyo centro se gozaba

de una suave frescura y del perfume de la flor.

Un plateado arroyuelo murmuraba circundando la gruta, como envidioso de no poder entrar donde las brisas se ocultaban y las flores se abrian.

En el fondo y sobre el blando y fresco cespèd que aquel suelo alfombraba, veíase á Boabdil muellemente recostado y medio dormido; una esclava de tez morena y negros ojos hacíale aire con un abanico de plumas de cisne.

Todo era calma en aquel melancólico paraje, y el rey de Granada, perezoso como un hijo del oriente, aprovechaba las horas mas calurosas del dia, para irse á la gruta que le proporcionaba la estancia mas grata que otro cualquier recinto de su palacio.

Á las diez del mismo dia en que doña Isabel dispuso la salida del real, penetró un moro en Generalife, y se dirigió al sitio que acabamos de describir. No atreviéndose á entrar de pronto en la gruta, aplicó el oido por si percibia algun rumor, y no escuchándolo, dió una palmada, que fué respondida por otra que sonó dentro. Esta era la señal para prevenir á Boabdil que alguien deseaba verlo.

—Están, dijo para sí el árabe, démonos prisa, y entró en la oscura gruta.

Boaddil no varió de postura á la aparicion del moro; pero sus ojos estaban abiertos. La esclava seguia echando aire á su señor.

—Cosa muy urgente debe ser, exclamó este con dejadez, y cuando se me viene á incomodar á este retiro: habla, moro, ¿qué te ha determinado á interrumpir el sueño de tu amo?

—Señor, contestó aquel sin detenerse un momento, tus fieles servidores respetan como deben el descanso de su rey, y no lo alterarían jamás por asuntos frívolos; pero el de que te vengo á hablar, atañe á la monarquía. Dando ahora un acertado golpe, puede levantarse orgullosa é imponente.

—Habla, dijo Boabdil incorporándose, ¿qué golpe es ese de que tratas?

—En tu mano está darlo, y con él vida y esplendor al musulmítico imperio.

—Di, moro, di, y no impacientes á tu señor.

—El vigia de la atalaya frontera á la puerta de Elvira, acaba de llegar presuroso al real alcázar. Trae la importante nueva de que la reina enemiga, acompañada de sus hijos y varios caballeros, con una reducida escolta, ha salido de ese pueblo que han formado á dos leguas de Granada con el nombre de Santafe dirigiéndose hácia la talada aldea de la Zubia. Si dispones que un buen número de soldados les dé alcance antes de que puedan recibir socorros, ni volverse á su campo, essegura la victoria; la reina será tu prisionera, y las cosas variarán de aspecto. ¿Qué decides?

Reflexionó un momento Boabdil, y dijo al cabo:

—¿Cuánta gente, sobre poco mas ó menos, acompaña á la reina?

—Quinientas lanzas, segun ha dicho el vigia.

Volvió á pensar un instante el rey.

—Pues bien, exclamó de repente: que se toque á reunion por los atabales y chirimías; que se dispongan los dos tiros¹ que hay en la *Torre de las Prisiones*, y se apresten para la lucha cuatro mil de mis mejores Almoravides é igual número de los refugiados de Baza y Antequera.... Vuela: dispon lo conveniente para que tenga cumplido efecto mi mandato en el instante; y di al propio tiempo al Zegrí Alhamar, que ponga el arnés de guerra á su mejor caballo y venga á verme. Aquí espero.

Salió el árabe á cumplir las órdenes que habia recibido, y Boabdil, que durante el diálogo con el moro se fué levantando poco á poco hasta ponerse de pié, comenzó á pasearse, agitado con la esperanza de la prision de la reina, que casi veía ya realizada.

La esclava, con el abanico bajo, esperaba las órdenes de su amo en un rincon de la gruta.

No tardó en presentarse el Zegrí: venia ricamente vestido y con el alfanje y gumia que llevaba á los combates.

—¿Sabes que la soberana de Castilla ha salido de su campo? preguntó Boabdid al recién llegado.

¹ Cañones.

—Toda la ciudad se halla enterada, señor, contestó el Zegrí haciendo una reverencia.

—Ocho mil soldados de todas armas, con los dos tiros de la Torre de las Prisiones, estarán dentro de pocos momentos prontos á marchar donde se les conduzca. Á tí te he elegido para que dirijas esta expedicion. Te conozco, buen Alhamar: otras veces me ha sacado tu valor de grandes empresas, y por eso te confío esta, la mas delicada y de la que quizas pende la salvacion de mi reino.

—Juro por la tumba de Mahoma, respondió el Zegrí engreido con las alabanzas de su rey, morir en este lance ó traer prisioneros cuantos cristianos no tiñan el suelo de la vega con su sangre.

—Gracias, Alhamar, gracias. No pierdas momento alguno: sal ahora mismo con tu gente por la *Puerta del Sol*, y dirígete hácia la que en su tiempo fué aldea de la Zubia; de esta suerte sales en su busca.... y nada te digo mas: dame un abrazo y Alá vaya contigo....

A las diez y media de la mañana una division de granadinos, compuesta de ocho mil hombres entre de á pié y á caballo, y dos tiros á las órdenes de Alhamar, salió de Granada con grande grito y alborozo y tocando recios atabales, dirigiéndose con buen paso hácia el sitio donde tambien se encaminaba doña Isabel, ignorando el encuentro que le esperaba.

EN el año de 1485, en una de las correrías que hicieron los cristianos en la vega de Granada talaron las aldeas de la Zubia y los Ojíjares, volviéndose despues á los pueblos conquistados.

Al sitio donde se hallaba situada la primera, de la que aun existian varios restos ahumados por el fuego, llegó doña Isabel con su acompañamiento. Hicieron alto; y apeándose aquella de su cabalgadura, con sus hijos y otros caballeros, se encaminaron á una casa ruinosa que conservaba entero un piso superior. Subió allí la reina, y por una ventana

se puso á mirar, como hizo en la colina de la *Casa de Gallinas*, el pintoresco y halagüeño cuadro que por todos lados presenta Granada. Mas no bien tendió la vista por aquellas llanuras, cuando percibió el ejército enemigo, que rodeado de un grande polvarin, marchaba hácia el mismo sitio donde se encontraba.

Al instante bajó de la casa, y llamando al duque de Cádiz, que ya, como los otros caballeros, había oído el eco de los morunos atabales, le refirió lo que viera desde la ventana.

Pronto cundió por la soldadesca que se las tenían que haber con moros, y todos anhelaban con ansia el momento.

No se hicieron esperar mucho tiempo los granadinos; y aunque la reina mandó que se hiciese cuanto fuera posible para evitar el combate, no pudieron lograrse sus deseos, porque los enemigos, animados por el número, avanzaban prontamente y con las mas hostiles intenciones.

Las tropas castellanas salieron á su encuentro, y les cortaron el paso. Entonces los árabes capitaneados por Alhamar, cargaron con espantosa furia sobre los cristianos, y se trabó una encarnizada y tenaz refriega.

Temiendo doña Isabel los resultados de aquella lucha cada vez mas obstinada y desigual por las superiores fuerzas mahometanas, se refugió con sus hijos en un espeso y grande bosque de

laurel, que á la derecha de la aldea y próximo á la casita se estendia. Hincose alli de rodillas, y elevando las manos al cielo exclamó con religioso entusiasmo:

—¡Padre mio! porque me concedais volver libre y salva con mis hijos y los caballeros que me han acompañado, al real de Santafé, hago voto solemne de no arriesgar mi vida ni la de mis soldados, con caprichos semejantes, y edificar un convento al glorioso san Luis, cuyo dia es hoy, en el mismo sitio donde vi avanzar las tropas enemigas.¹

Despues de esta promesa inclinó doña Isabel su cabeza sobre el pecho, y abrazando á sus hijos, esperó con ciega confianza el resultado de la batalla.

Prolongábase ésta bastante tiempo; pues aunque cada bote de lanza, mandoble de espada y golpe de maza de los castellanos tendia mas de un enemigo, eran éstos tantos, que neutralizaban la ventaja de los otros. Además, los disparos de los tiros, aunque mal dirigidos, no dejaban de causar muchos estragos, y el Zegrí Alhamar animaba continuamente á los suyos con su grande valor y pujanza. Ya los castellanos iban cediendo desalentados al ver que los moros se rehacian y reforzaban continuamente. Ya retrocedian poco á poco no obstante las voces de los capitanes. Ya los árabes con espantosa griteria iban ganando el terreno que

¹ Pedraza: *Historia eclesiástica de Granada*.

dejaban los otros. La lucha tomaba un aspecto fatal para los soldados de la vega: otro impulso de los moros y se logra el proyecto de Boabdil, cuando el conde de Alcaudete, lleno de indignacion al ver la decadencia de espíritu de los soldados, levantó en alto su espada y gritó con voz de trueno:

—Seguidme, soldados: ¡Viva Castilla! y se precipitó en medio de los enemigos, blandiendo á todos lados su terrible tizona, seguido de los demas caballeros. Los soldados llenos de vergüenza hicieron un desesperado esfuerzo y se arrojaron con ímpetu sobre los contrarios. Fué tan impensada la acometida, que sorprendidos éstos de aquel esfuerzo, cuando creian ya segura la victoria, retrocedieron un momento, que aprovechado por el de Alcaudete y los otros, fué bastante á decidir el triunfo en favor suyo; merced tambien á los repetidísimos golpes que descargaban sobre las compactas masas agarenas.

Huyeron por último éstas en completo desorden hácia Granada, hasta donde fueron perseguidas por Aguilar, el de Ureña y demas capitanes y soldados, causándoles la muerte de mil moros y la toma de los dos tiros, con tres mil quinientos prisioneros. Entre aquellos se contaba el Zegrí Alhamar, que cumplió el juramento hecho á su rey, quien cayó en un profundo abatimiento al saber el doloroso fin del ataque.

Esta victoria contribuyó no poco á la conquista de la ciudad.

La reina, que durante el combate habia permanecido abismada en sus pensamientos y en continua agitacion oyendo el espantoso estruendo de las armas y gritos de los soldados, cuando cesó tanta algazara con la huida de los Almoravides, no sabia si salir ó no del bosque, ignorando el resultado; pero no tardó en ir á buscarla el conde de Ureña, quien le comunicó tan increíble triunfo.

Entonces doña Isabel volvió á prosternarse, y mirando fijamente al cielo dió gracias al Todopoderoso y al bendito san Luis por haber atendido su ruego.

Despues volvió á subir á su palafren con los infantes, y tomaron el camino que conducia á Santafe acompañada de su escolta, cubiertos todos de polvo y sangre y en muy mal estado algunos; aunque pocos fueron los que murieron en la refriega.

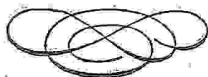
En el camino encontraron al rey, seguido de todo el ejército, que sabedor de aquel lance iba en ayuda de su esposa. Grande fué el alborozo de don Fernando cuando supo lo acaecido, y todos juntos volvieron á entrar en Santafe.

La reina doña Isabel cumplió sus promesas. Algunos años despues se edificó por su orden un convento en el lugar donde estuvo la casa referida, dándole por titular á san Luis,

rey de Francia, en recuerdo de aquel memorable día.

Este edificio, que fue habitado por religiosos franciscanos, ha sido destruido en su mayor parte; y no quedaria el mas leve vestigio de tan histórico monumento, si don Andrés de Montes, rico propietario de la Zubia, con un celo digno de elogio, no hubiera comprado la iglesia, que es lo único que existe en la actualidad.

De los espesos bosques de laurel que se estendian en aquel paraje, solo queda un corto espacio; pero lo bastante para que merezca ser visitado por los amantes de las glorias y gratos recuerdos de su patria; pues á la vista de este laurel es remontada la imaginacion á tan caballerescos tiempos, y goza indefiniblemente el alma del poeta, al pensar que aquellos mismos árboles dieron proteccion á una reina, digna de las bendiciones de todos sus súbditos, y fueron testigos de las hazañas de unos héroes que honran las páginas de nuestra nacional historia.





El Aljibe de la Lluvia.

Romance.



EN extremo descontentos
los moros de Güejar-Sierra,
que dejaron á Granada
poco despues de su pérdida
retirándose á aquel pueblo,
distante lo mas tres leguas,
la esperanza no perdian
de volver á poseerla:
y á influjos de su caudillo,
el valiente Aben-Humeya,
promovieron un rebato
que alarmó sobre manera
al alcaide de la Alhambra
cuando le dieron la nueva.

Salió al punto de su torre,
azorado muy de veras,
buscando á don Juan de Austria,
y con él fin á su pena.

—Buen alcaide, buen alcaide,
¿qué fiero dolor le aqueja?
descolorido venís
y con la faz descompuesta....
¡Por Dios, que señales son
de el alma no estar serena!
Hablad, amigo, sin miedo;
dad rienda franca á la lengua,
que de escucharos he firme
aunque muy funesto sea.

Dijo y callóse el de Austria
esperando la respuesta.

—Señor, contestó el alcaide:
noticias son bien adversas.

Esos moros del infierno,
nuestros vecinos de Güejar,
han dado un grande rebato;
y segun las fieles señas
que mensajeros seguros
hanme traído con priesa,
en un peligro inminente
nuestra Granada se encuentra.

Aconséjeme, don Juan:
dirija bien mis ideas:
oiga su voz: hasta entonces
mis inquietudes no cesan.

—¿Es eso cuanto quereis?

—Eso mi lealtad anhela.

—¿Teneis algo mas que hablar?

—Nada que decir me resta.

—Pues tranquilícese, alcaide;
don Juan se halla en esta tierra,
y conocen ya los moros
los mandobles de su diestra.
Idos, idos sin cuidado;
volved á la fortaleza,
que para acallar rebatos
don Juan de Austria se queda.

Aquella misma mañana,
que del mes de junio era, (*)
una division brillante
salió de la Plaza Nueva
con aire gentil, tomando
de los Gomeles la cuesta.
El ilustre don Juan de Austria
figuraba á la cabeza,
y la temida cruz roja
resaltaba en las banderas.
Atravesaron la Alhambra
y sus verdes alamedas,
y llegando al pié del monte
que de tiempo antiguo lleva
por nombre *Silla del Moro*,
treparon sobre sus breñas.
El sol sus raios de fuego
dejaba caer con fuerza
sobre la cristiana tropa;
y en los petos y cimeras
reverberaba su disco,
sembrando luces y estrellas.
Sin aliento y abrasados,
y de ardor las bocas secas,

(*) 20 de junio de 1369 (Echevarría).

los cristianos ascendían
entre riscos y malezas,
las fatigas de la marcha
soportar pudiendo apenas:
pero aunque algunos se hallaban
casi ahogados y sin fuerzas,
nadie quedó atrás, que el alma
tenían todos bien puesta.

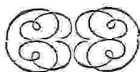
Temiendo el noble caudillo
que el cansancio y sed extrema
de los soldados hiciese
fracasar su grande empresa,
mandó hacer alto en un sitio
desde el cual se hallaba cerca
anchuroso y bondo aljibe,
que aun *de la Lluvia* lo mientan,
por recoger en su centro
las vertientes de la sierra,
absorbiendo cuando llueve
las aguas que traen aquellas,
sin que tengan otra entrada
las que el aljibe concentra,
siempre claras y salubres,
siempre abundantes y frescas.

En el casco de un soldado,
que de vasija sirviera,
bebió toda la partida,
que cinco mil y mas eran,
prestándoles tal auxilio
nuevo impulso y fuerzas nuevas
para llegar aquel día
al final de su carrera,
libertando á la ciudad
de cualquier estratagema

que intentaran los moriscos
en su asonada fiera.

Y es fama, que aunque aplacaron
en el pozo de la sierra
mas de cinco mil soldados
su sed ardiente é inmensa,
no rebajaron sus aguas
una pulgada siquiera;
quedando á la misma altura
que antes de beber tuvieran.
En el instante y á vista
de la division entera,
se sacó fiel testimonio
de tan estraña ocurrencia. (*)

(*) Echevarría: *Paseos por Granada*.—Lafuente Alcántara: *El libro del viajero en Granada*. — Gimenez-Serrano: *Manual del artista y del viajero en Granada*.



INDICE.

Introduccion.	v
El Palacio del Emperador.	1
El Smo. Cristo de los Colegios.	45
La Cuesta del Rey Chico.	55
La Puerta de las Orejas.	85
El Padre Piquiñote.—Primera justicia en Granada.	97
La Torre de la Cautiva.	155
La Cerca de D. Gonzalo , última de Granada. . .	155
La Torre de los Siete Suelos.	177
El Sacristan del Albaicin.	203
El Señor de Castril.	255
La Casa de Gallinas.	261
La Sala de Comares.	295
La Plaza de Bib-Rambla ó el Ciprés de la Reina. .	315
La Escalera de Chancilleria.	345
El Laurel de la Zubia.	355
El Aljibe de la Lluvia.—Romance.	371

lit 34964

1973